

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.º 561 a 563

M. DE CERVANTES

La Galatea

NOVELA

TOMO II Y ÚLTIMO



Precio: 1,50 pesetas

MADRID, 1922

EXCLUIDO DE PRESTARE





M. de Cervantes



LA GALATEA

TOMO II Y ÚLTIMO

MCMXXI

- 5 - + +

2-9-77

x-53-385916-5

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

R. 486522

DP
C 860
CERV
79a
11

M. DE CERVANTES

La Galatea

NOVELA

TOMO II Y ÚLTIMO

Excluído
de
préstamo



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5314120813

MADRID, 1922

X-53-386916-5

"Tipográfica Renovación" C. A.), Larra 6 y 8. - MADRID

CUARTO LIBRO DE GALATEA

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero día para despedirse de Galatea y Florisa y acabar de buscar por todas las riberas del Tajo a su querido Artidoro, con intención de fenecer la vida en triste y amarga soledad si fuese tan corta de ventura que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada, pues, la hora deseada, cuando el Sol comenzaba a tender sus rayos por la faz de la Tierra, ella se levantó y, con lágrimas en sus ojos, pidió licencia a las dos pastoras para proseguir su demanda, las cuales con muchas razones la persuadieron que en su compañía algunos días más esperase, ofreciéndole Galatea de enviar algún pastor de los de su padre a buscar a Artidoro por todas las riberas del Tajo y por donde se imaginase que podría ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedían; antes, después de haber mostrado, con las mejores palabras que supo, la obligación en que quedaba de servir todos los días de su vida las obras que dellas había rescebido, abrazándolas con tierno sentimiento, les rogaba que una sola hora no la detuviesen. Viendo, pues, Galatea y Florisa cuán en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que

de cualquier suceso bueno o malo que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificándola del gusto que de su contento o la pena que de su desgracia rescebirían. Teolinda se ofreció ser ella misma quien las nuevas de su buena dicha trujese, pues las malas no tendría sufrimiento la vida para resistirlas, y así sería excusado que della saberse pudiesen. Con esta promesa de Teolinda se satisficieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algún trecho fuera del lugar, y así, tomando las dos solos sus cayados y habiendo proveído el zurrón de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea a tiempo que ya los rayos del Sol más derechos y con más fuerzas comenzaban a herir la tierra. Y habiéndola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querían volverse y dejarla, vieron atravesar por una quebrada que poco desviada dellas estaba cuatro hombres de a caballo y algunos de a pie, que luego conocieron ser cazadores en el hábito y en los halcones y perros que llevaban; y estándolos con atención mirando por ver si los conocían, vieron salir de entre unas espesas matas que cerca de la quebrada estaban dos pastoras de gallardo talle y brío. Traían los rostros rebozados con dos blancos lienzos, y alzando la una dellas la voz pidió a los cazadores que se detuviesen, los cuales así lo hicieron, y llegándose entrambas a uno dellos, que en su talle y postura el principal de todos parecía, le asieron las riendas del caballo y estuvieron un poco hablando con él sin que las tres pastoras pudiesen oír palabra de las

que decían por la distancia del lugar que lo estorbaba. Solamente vieron que, a poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y habiendo, a lo que juzgarse pudo, mandado a los que le acompañaban que se volviesen, quedando sólo un mozo con el caballo, trabó a las dos pastoras de las manos y poco a poco comenzó a entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba, lo cual visto por las tres pastoras Galatea, Florisa y Teolinda, determinaron de ver, si pudiesen, quién eran las disfrazadas pastoras y el caballero que las llevaba, y así acordaron de rodear por una parte del bosque y mirar si podían ponerse en alguna que pudiese serlo para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciéndolo así como pensado lo habían, atajaron al caballero y a las pastoras, y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacían, vió que torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo más espeso del bosque, y luego por sus mismas pisadas les fueron siguiendo hasta que el caballero y las pastoras, pareciéndoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo que de infinitas breñas estaba rodeado se pararon. Galatea y sus compañeras se llegaron tan cerca que, sin ser vistas ni sentidas, veían todo lo que el caballero y las pastoras hacían y decían, las cuales, habiendo mirado a una y a otra parte por ver si podrían ser vistas de alguno, aseguradas desto la una se quitó el rebozo, y apenas se le hubo quitado cuando de Teolinda fué conocida, y llegándose al oído de Galatea, le dijo con la más baja voz que pudo:

—Extrañísima ventura es ésta, porque, si no es

que con la pena que traigo he perdido el conocimiento, sin duda alguna aquella pastora que se ha quitado el rebozo es la bella Rosaura, hija de Rosello, señor de una aldea que a la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido a ponerse en tan extraño traje y a dejar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas, ¡ay, desdichada!—añadió Teolinda—, que el caballero que con ella está es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto a esta vuestra aldea tiene otras dos suyas.

—Verdad dices, Teolinda—respondió Galatea—, que yo le conozco; pero calla y sosiégate, que presto veremos con qué intento ha sido aquí su venida.

Quietóse con esto Teolinda, y con atención se puso a mirar lo que Rosaura hacía, la cual, llegándose al caballero, que de edad de veinte años parecía, con voz turbada y airado semblante le comenzó a decir:

—En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la deseada venganza. Pero aunque yo la tomase de ti tal que la vida te costase, poca recompensa sería al daño que me tienes hecho. Vesme aquí, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte; ves aquí que ha mudado el traje por buscarte la que nunca mudó la voluntad de quererte. Considera, ingrato y desamorado, que la que apenas en su casa y con sus criadas sabía mover el paso, agora por tu causa anda de valle en valle y de sierra en sierra con tanta soledad buscando tu compañía.

Todas estas razones que la bella Rosaura decía

las escuchaba el caballero con los ojos hincados en el suelo, y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte que en la mano tenía. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su plática:

—Dime: ¿conoces, por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no ha mucho tiempo que enjugó tus lágrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y, sobre todo, la que creyó tus palabras? ¿O, por suerte, entiendes tú que eres aquel a quien parecían cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podían, para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú acaso, Grisaldo, aquel cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazón mío? Tú eres, que ya te veo, y yo soy, que ya me conozco. Pero si tú eres Grisaldo, el que yo creo, y yo soy Rosaura, la que tú imaginas, cúmpleme la palabra que me diste; darte he yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan a gusto tuyo, que eres tú mismo el que la procuras; si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho por venir a estorbar el cumplimiento della; y si tú la puedes hacer verdadera, a tu consciencia lo dejo. ¿Qué respondes a esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas, por ventura, callando lo que por el pensamiento sería justo que no te pasase? Alza los ojos ya, y ponlos en estos que por su mal te miraron; levántalos, y mira a quién engañas, a quién dejas y a quién olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, a la que siempre te

trató verdades, dejas a quien ha dejado a su honra y a sí misma por seguirte, olvidas a la que jamás te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en la bondad del ánimo y en la firmeza de la fe. Cúmpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero, y no te desprecias de cristiano. Mira que si no correspondestes a lo que me debes, que rogaré al Cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, a la tierra que no te sufra, y a mis parientes que me venguen. Mira que si faltas a la obligación que me tienes, que has de tener en mí una perpetua turbadora de tus gustos en cuanto la vida me dure, y aun después de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantaré tu fermentado espíritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos. Advierte que no pido sino lo que es mío, y que tú ganas en darlo lo que en negarlo pierdes. Mueve agora tu lengua para desengañarme de cuantas veces la has movido para ofenderme.

Calló diciendo esto la hermosa dama y estuvo un poco esperando a ver lo que Grisaldo respondía, el cual, levantando el rostro, que hasta allí inclinado había tenido, encendido con la vergüenza que las razones de Rosaura le habían causado, con sosegada voz le respondió desta manera:

—Si yo quisiese negar, ¡oh, Rosaural, que no te soy deudor de más de lo que dices, negaría asimesmo que la luz del Sol no es clara, y aun diría que el fuego es frío y el aire duro. Así que en esta parte confieso

lo que te debo, y que estoy obligado a la paga. Pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido, y tu riguroso desdén imposibilitado, y no quiero en esta verdad poner otro testigo que a ti misma, como a quien también sabe cuántas veces y con cuántas lágrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te había dado; y tú, por las causas que te imaginaste o por parecerse ser bien corresponder a las vanas promesas de Artandro, jamás quisiste que a tal ejecución se llegase; antes de día en día me ibas entreteniendo y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto con admitirme por tuyo. También sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenía de ponerme en estado y la priesa que daba a ello, trayendo los ricos honrosos casamientos que tú sabes, y cómo yo con mil excusas me apartaba de sus importunaciones, dándotelas siempre a ti para que no dilatases más lo que tanto a ti convenía y yo deseaba, y que, al cabo de todo esto, te dije un día que la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casase, y tú, en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dijiste que más no te hablase y que me casase norabuena con Leopersia o con quien más gusto me diese. Sabes también que te persuadí muchas veces que dejases aquellos celosos devaneos, que yo era tuyo y no de Leopersia, y que jamás quisiste admitir mis disculpas ni condescender con mis ruegos; antes, perseverando en tu obstinación y dureza y en favorecer

a Artandro, me enviaste a decir que te daría gusto en que jamás te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasión de quebrar tu mandamiento, viendo también que cumplía el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, o, a lo menos, desposarme mañana, que así está concertado entre sus parientes y los míos; porque veas, Rosaura, cuán disculpado estoy de la culpa que me pones, y cuán tarde has tú venido en conocimiento de la sinrazón que conmigo usabas. Mas por que no me juzgues de aquí adelante por tan ingrato como en tu imaginación me tienes pintado, mira bien si hay algo en que yo pueda satisfacer tu voluntad, que, como no sea casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida y la honra.

En tanto que estas palabras Grisaldo decía tenía la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lágrimas que daban bien a entender el dolor que en el alma sentía; pero viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo y doloroso suspiro le dijo:

—Como no puede caber en tus verdes años tener, joh, Grisaldol, larga y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo que un pequeño desdén mío te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tú conocieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia en que yo más te quisiese redundaban. Mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasión que te imaginaste, descubriste el

poco amor de 'tu pecho y confirmaste las verdaderas sospechas mías, y en tal manera que me dices que mañana te casas con Leopersia. Pero yo te certifico que antes que a ella llesves al tálamo me has de llevar a mí a la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo de cuya alma fuiste siempre señor absoluto. Y por que claro conozcas y veas que la que perdió por ti su honestidad y puso en detrimento su honra tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo pondrá en efecto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fermentido pecho encierras.

Y diciendo esto sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba a pasar el corazón con ella si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo y la rebozada pastora su compañera no aguijara a abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo y la pastora primero que quitasen a Rosaura la daga de las manos, la cual a Grisaldo decía:

—¡Déjame, traidor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida sin que tantas tu desamorado desdén me haga probar la muerte!

—Esa no gustarás tú por mi ocasión—replicó Grisaldo—, pues quiero que mi padre falte antes a la palabra que por mí a Leopersia tiene dada que faltar yo un punto a lo que conozco que te debo. Sosiega el pecho, Rosaura, pues te aseguro que este mío no sabrá desear otra cosa que la que fuere de tu contento.

Con estas enamoradas razones de Grisaldo resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza a la vida de su

alegría, y, sin cesar de llorar, se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiéndole las manos en señal de la merced que le hacía. Grisaldo hizo lo mismo, y, echándole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lágrimas. La pastora arrebozada, viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que había tomado en ayudar a quitar la daga a Rosaura, no pudiendo más sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea y Florisa, pero más lo fué Teolinda, pues, sin poderlo disimular, alzó la voz diciendo:

—¡Oh, Cielos! y ¿qué es lo que veo? ¿No es, por ventura, ésta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? Ella es sin duda alguna.

Y, sin más detenerse, salió de donde estaba, y con ella Galatea y Florisa. Y como la otra pastora viese a Teolinda, luego la conoció, y con abiertos brazos se fueron la una a la otra, admiradas de haberse hallado en tal lugar y en tal sazón y coyuntura. Viendo, pues, Grisaldo y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacía y que habían sido descubiertos de las pastoras Galatea y Florisa, con no poca vergüenza de que los hubiesen hallado de aquella suerte se levantaron y, limpiándose las lágrimas con disimulación y comedimiento, rescibieron a las pastoras, que luego de Grisaldo fueron conocidas. Mas la discreta Galatea por volver en seguridad el disgusto que quizá de su vista los dos enamorados habían recibido, con aquel donaire con que ella todas las cosas decía les dijo:

—No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo y Rosaura, pues sólo servirá de acrescentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viésemos, y en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos, y pues el Cielo los ha traído a término tan dichoso, en satisfacción dello, asegurad vuestros pechos y perdonad nuestro atrevimiento.

—Nunca tu presencia, hermosa Galatea—respondió Grisaldo—, dejó de dar gusto do quiera que estuviese, y siendo esta verdad tan conocida, antes quedamos en obligación a tu vista que con desabrimiento de tu llegada.

Con éstas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda y Teolinda pasaban, las cuales, después de haberse abrazado una y dos veces, con tiernas palabras mezcladas con amorosas lágrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos mirándolas a todos los que allí estaban, porque se parecían tanto que casi no se podían decir semejantes, sino una misma cosa; y si no fuera porque el traje de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea y Florisa no supieran diferenciallas, y entonces vieron con cuánta razón Artidoro se había engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese. Mas viendo Florisa que el Sol estaba hacia la mitad del cielo y que sería bien buscar alguna sombra que de sus rayos las defendiese, o a lo menos volverse a la aldea, pues faltándoles la ocasión de apacentar sus ovejas, no de-

bían estarse tanto en el prado, dijo a Teolinda y a Leonarda:

—Tiempo habrá, pastoras, donde con más comodidad podáis satisfacer nuestros deseos y daros más larga cuenta de vuestros pensamientos, y por agora busquemos a do pasar el rigor de la siesta que nos amenaza: o en una fresca fuente que está a la salida del valle que atrás dejamos, o tornándonos a la aldea, donde será Leonarda tratada con la voluntad que tú, Teolinda, de Galatea y de mí conoces. Y si a vosotras, pastoras, hago sólo este ofrecimiento, no es porque me olvide de Grisaldo y Rosaura, sino porque me parece que a su valor y merecimiento no puedo ofrecerles más del deseo.

—Ese no faltará en mí mientras la vida me durare—respondió Grisaldo—de hacer, pastora, lo que fuere en tu servicio, pues no se debe pagar con menos la voluntad que nos muestras. Mas, por parecerme que será bien hacer lo que dices y por tener entendido que no ignoráis lo que entre mí y Rosaura ha pasado, no quiero deteneros ni detenerme en referirlo. Sólo os ruego seáis servidas de llevar a Rosaura en vuestra compañía a vuestra aldea, en tanto que yo aparejo en la mía algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean. Y por que Rosaura quede libre de sospecha, y no la pueda tener jamás de la fe de mi pensamiento, con voluntad considerada mía, siendo vosotras testigos della, le doy la mano de ser su verdadero esposo.

Y diciendo esto tendió la suya y tomó la de la bella Rosaura. Y ella quedó tan fuera de sí de ver lo

que Grisaldo hacía, que apenas pudo responderle palabra, sino que se dejó tomar la mano, y de allí a un pequeño espacio dijo:

—A términos me había traído el amor, Grisaldo, señor mío, que, con menos que por mí hicieras, te quedara perpetuamente obligada; pero pues tú has querido corresponder antes a ser quien eres que no a mi merecimiento, haré yo lo que en mí es, que es darte de nuevo el alma en recompensa deste beneficio, y después, el Cielo de tan agradescida voluntad te dé la paga.

—No más—dijo a esta sazón Galatea—, no más, señores, que, adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demasiados comedimientos. Lo que resta es rogar al Cielo que traiga a dichoso fin estos principios, y que en larga y saludable paz gocéis vuestros amores. Y en lo que dices, Grisaldo, que Rosaura venga a nuestra aldea, es tanta la merced que en ello nos haces, que nosotras mismas te lo suplicamos.

—De tan buena gana iré en vuestra compañía—dijo Rosaura—, que no sé con qué la encarezca más que con deciros que no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo estando en vuestra compañía.

—¡Pues, eal—dijo Florisa—, que el aldea es lejos y el sol mucho, y nuestra tardanza de volver a ella notada. Vos, señor Grisaldo, podéis ir a hacer lo que os conviniere, que en casa de Galatea hallaréis a Rosaura, y a éstas, una pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen.

—Sea como queréis—dijo Grisaldo.

Y tomando a Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos que otro día enviaría Grisaldo un pastor de los muchos de su padre a avisar a Rosaura de lo que había de hacer, y que enviando aquel pastor, sin ser notado podría hablar a Galatea o a Florisa, y dar la orden que más conviniese. A todas pareció bien este concierto, y habiendo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el caballo; y abrazando de nuevo a Rosaura, y despidiéndose de las pastoras, se fué acompañado de lágrimas y de los ojos de Rosaura, que nunca dél se apartaron hasta que le perdieron de vista. Como las pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda con deseo de saber la causa de su venida, y Rosaura, así mismo, fué contando a Galatea y Florisa la ocasión que la había movido a tomar el hábito de pastora y a venir a buscar a Grisaldo, diciendo:

—No os causará admiración, hermosas pastoras, el verme a mí en este traje si supiérades hasta do se extiende la poderosa fuerza de amor, la cual no sólo hace mudar el vestido a los que bien quieren, sino la voluntad y el alma de la manera que más es de su gusto; y hubiera yo perdido el mío eternamente si de la invención deste traje no me hubiera aprovechado, porque sabréis, amigas, que estando yo en el aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino a ella Grisaldo con intención de estarse allí algunos días ocupado en el sabroso ejercicio de la caza, y por ser mi padre muy amigo del suyo, ordenó de hospedarle en casa y de hacerle todos los regalos que

puadiese. Hizolo así, y la venida de Grisaldo a mi casa fué para sacarme a mí della, porque, en efecto, aunque sea a costa de mi vergüenza, os habré de decir que la vista, la conversación, el valor de Grisaldo, hicieron tal impresión en mi alma que, sin saber cómo, a pocos días que él allí estuvo yo no estuve más en mí, ni quise ni pude estar sin hacerle señor de mi libertad; pero no fué tan arrebatadamente que primero no estuviese satisfecha que la voluntad de Grisaldo de la mía un punto no discrepaba, según él me lo dió a entender con muchas y muy verdaderas señales. Enterada, pues, yo en esta verdad, y viendo cuán bien me estaba tener a Grisaldo por esposo, vine a condescender con sus deseos, y a poner en efecto los míos. Y así, con la intercesión de una doncella mía, en un apartado corredor nos vimos Grisaldo y yo muchas veces, sin que nuestra estada solos a más se extendiese que a vernos y a darme él la palabra que hoy con más fuerza delante de vosotras me ha tornado a dar. Ordenó, pues, mi triste ventura que, en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba, vino asimesmo a visitar a mi padre un valeroso caballero aragonés, que Artandro se llama, el cual, vencido, a lo que él mostró, de mi hermosura—si alguna tengo—, con grandísima solicitud procuró que yo con él me casase sin que mi padre lo supiese. Había en este medio procurado Grisaldo traer a efecto su propósito, y mostrándome yo algo más dura de lo que fuera menester, le iba entreteniendo con palabras, con intención que mi padre saliese al camino de casarme, y que entonces Grisaldo me pidiese por

esposa; pero no quería él hacer esto, porque sabía que la voluntad de su padre era casarle con la rica y hermosa Leopersia, que bien debéis conocerla por la fama de su riqueza y hermosura. Vino esto a mi noticia, y tomé ocasión de pedirle celos, aunque fingidos, sólo por hacer prueba de la entereza de su fe, y fuí tan descuidada, o por mejor decir tan simple, que pensando que granjeaba algo en ello, comencé a hacer algunos favores á Artandro, lo cual visto por Grisaldo, muchas veces me significó la pena que recibía de lo que yo con Artandro pasaba, y aun me avisó que, si no era mi voluntad de que él me cumpliera la palabra que me había dado, que no podía dejar de obedecer a la de su padre. A todas estas amonestaciones y avisos respondí yo sin ninguno, llena de soberbia y arrogancia, confiada en que los lazos que mi hermosura había echado al alma de Grisaldo no podían tan fácilmente ser rompidos ni aun tocados de otra cualquier belleza; mas salióme tan al revés mi confianza como me lo mostró presto Grisaldo, el cual, cansado de mis necios y esquivos desdenes, tuvo por bien de dejarme y venir obediente al mandado de su padre. Pero apenas se hubo él partido de mi aldea y apartado de mi presencia cuando yo conocí el error en que había caído, y con tanto ahinco me comenzó a fatigar el ausencia de Grisaldo y los celos de Leopersia, que el ausencia dél me acababa y los celos della me consumían. Considerando, pues, que si mi remedio se dilataba había de dejar por fuerza en las manos del dolor la vida, determiné de aventurar a perder lo menos, que a mi parecer era

la fama, por ganar lo más, que es a Grisaldo; y así, con excusa que di a mi padre de ir a ver una tía mía, señora de otra aldea a la nuestra cercana, salí de mi casa acompañada de muchos criados de mi padre, y llegada en casa de mi tía, le descubrí todo el secreto de mi pensamiento, y le rogué fuese servida de que yo me pusiese en este hábito y viniese a hablar a Grisaldo, certificándole que si yo mesma no venía, que tendrían mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió, con condición que trujese a Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba, y enviando por ella a nuestra aldea, y acomodándome destos vestidos, y advirtiéndonos de algunas cosas que las dos habíamos de hacernos, despedimos della habrá ocho días, y habiendo seis que llegamos a la aldea de Grisaldo, jamás hemos podido hallar lugar de hablarle a solas, como yo deseaba, hasta esta mañana, que supe que venía a caza y le aguardé en el mismo lugar adonde él se despidió, y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, habéis visto, del cual venturoso suceso quedo tan contenta cuanto es razón lo quede la que tanto lo deseaba. Esta es, pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en contárosla, echad la culpa al deseo que teníades de saberla, y al mío, que no pudo hacer menos de satisfaceros.

—Antes quedamos tan obligadas—respondió Florisa— a la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirla, no saldremos de la deuda.

—Yo soy la que quedo en ella—replicó Rosaura—

y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dejando esto aparte, volved los ojos, pastoras, y veréis los de Teolinda y Leonarda tan llenos de lágrimas que moverán a los vuestros a no dejar de acompañarlos en ellas.

Volvieron Galatea y Florisa a mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decía; y lo que el llanto de las dos hermanas causaba era que, después de haberle dicho Leonarda a su hermana todo lo que Rosaura había contado a Galatea y a Florisa, le dijo:

—Sabrás, hermana, que así como tú faltaste de nuestra aldea se imaginó que te había llevado el pastor Artidoro, que aquel mismo día faltó él también, sin que de nadie se despidiera. Confirmé yo esta opinión en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro había pasado en la floresta. Con este indicio creció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca y de Artidoro, y en efecto lo pusiera por obra si de allí a dos días no viniera a nuestra aldea un pastor que, al momento que fué visto, todos le tuvieron por Artidoro. Llegando estas nuevas a mi padre de que allí estaba el robador tuyo, luego vino con la justicia adonde el pastor estaba, al cual le preguntaron si te conocía, o adónde te había llevado. El pastor negó con juramento que en toda su vida te había visto, ni sabía qué era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de ver que el pastor negaba conocerte, habiendo estado diez días en el pueblo, y hablado y bailado contigo muchas veces, y sin duda alguna cre-

yeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba, y, sin querer admitir disculpa suya ni escucharle palabra, le llevaron a la prisión, donde estuvo algunos días sin que ninguno le hablase, al cabo de los cuales, yéndole a tomar su confesión, tornó a jurar que no te conocía y que en toda su vida había estado más de aquella vez en nuestra aldea, y que mirasen, y esto otras veces lo había dicho, que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él por ventura no fuese un hermano suyo que le parecía en tanto extremo como descubriría la verdad cuando les mostrase que se habían engañado teniendo a él por Artidoro, porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural de la aldea de Grisaldo. Y, en efecto, tantas demostraciones dió y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron más admirados, y decían que tal maravilla como la de parecernos yo a ti, y Galercio a Artidoro, no se había visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicaba me movió a ir a verle muchas veces a do estaba preso, y fué la vista de suerte que quedé sin ella, a lo menos para mirar cosas que me den gusto en tanto que a Galercio no viere. Pero lo que más mal hay en esto, hermana, es que él se fué de la aldea sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar jamás de decirselo, y así me quedé con la pena que imaginarse puede, hasta que la tía de Rosaura me envió a pedir a mi padre por algunos días, todo a fin de venir a acompañar a Rosaura, de lo que recibí sumo contento por saber que veníamos a la aldea de Galercio, y que

allí le podría hacer sabedor de la deuda en que me estaba. Pero he sido tan corta de ventura, que ha cuatro días que estamos en su aldea, y nunca le he visto, aunque he preguntado por él, y me dicen que está en el campo con su ganado. He preguntado también por Artidoro, y hanme dicho que, de unos días a esta parte, no parece en el aldea; y por no apartarme de Rosaura no he tenido lugar de ir a buscar a Galercio, del cual podría ser saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que a mí me ha sucedido, y lo demás que has visto, con Grisaldo, después que faltas, hermana, del aldea.

Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero cuando llegó a saber que en el aldea de Artidoro no se sabía dél nueva alguna, no pudo tener las lágrimas, aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabría nuevas de su hermano, y así determinó de ir otro día a buscar a Galercio, doquiera que estuviese. Y habiéndole contado con la más brevedad que pudo a Leonarda todo lo que le había sucedido después que en busca de Artidoro andaba, abrazándola otra vez, se volvió a donde las pastoras estaban, que, un poco desviadas del camino, iban por entre unos árboles que del calor del sol un poco las defendían, y en llegando a ellas, Teolinda les contó todo lo que su hermana le había dicho, con el suceso de sus amores y la semejanza de Galercio y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dijo Galatea:

—Quien ve la semejanza tan extraña que hay entre ti, Teolinda, y tu hermana no tiene de qué ma-

ravillarse aunque otras vea, pues ninguna, a lo que yo creo, a la vuestra iguala.

—No hay duda—respondió Leonarda—sino que la que hay entre Artidoro y Galercio es tanta, que, si a la nuestra no excede, a lo menos en ninguna cosa se queda atrás.

—Quiera el Cielo—dijo Florisa—que así como los cuatro os semejáis unos a otros, así os acomodéis y parezcáis en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna conceda a vuestros deseos, que todo el mundo envidie vuestros contentos como admira vuestras semejanzas.

Replicara a estas razones Teolinda si no lo estorbara una voz que oyeron, que dentre los árboles salía, y parándose todas a escucharla, luego conocieron ser del pastor Lauso, de que Galatea y Florisa grande contento rescibieron, porque en extremo deseaban saber de quién andaba Lauso enamorado, y creyeron que desta duda las sacaría lo que el pastor cantase; y por esta ocasión, sin moverse de donde estaban, con grandísimo silencio le escucharon. Estaba el pastor sentado al pie de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos y de un pequeño rabel, al son del cual desta manera cantaba:

LAUSO

Si yo dijere el bien del pensamiento,
en mal se vuelva cuanto bien poseo,
que no es para decirse el bien que siento

De mí mesmo se encubra mi deseo,
enmudezca la lengua en esta parte,
y en el silencio ponga su trofeo.

Pare aquí el artificio, cese el arte
de exagerar el gusto qu'en una alma
con mano liberal Amor reparte.

Baste decir que en sosegada calma
paso el mar amoroso, confiado
de honesto triunfo y vencedora palma

Sin saberse la causa, lo causado
se sepa, que es un bien tan sin medida,
que sólo para el alma es reservado.

Ya tengo nuevo ser, ya tengo vida,
ya puedo cobrar nombre en todo el suelo
de ilustre y clara fama conocida,

qu'el limpio intento, el amoroso celo
que encierra el pecho enamorado mío,
alzarme puede al más subido cielo.

En ti, Silena, espero; en ti confío,
Silena, gloria de mi pensamiento,
norte por quien se rige mi albedrío.

Espero qu'el sin par entendimiento
tuyo levantes a entender que valgo
por fe lo que no está en merecimiento.

Confío que tendrás, pastora, en algo,
después de hacerte cierta la experiencia,
la sana voluntad de un pecho hidalgo.

¿Qué bienes no asegura tu presencia?
¿Qué males no destierra? ¿Y quién sin ella
sufrirá un punto la terrible ausencia?

¡Oh, más que la belleza misma bella,
más que la propia discreción discreta,
sol a mis ojos, y a mi mar estrellal

No la que fué de la nombrada Creta
robada por el falso hermoso toro
igualó a tu hermosura tan perfecta;

ni aquella que en sus faldas granos de oro
sintió llover, por quien después no pudo
guardar el virginal rico tesoro;

ni aquella que, con brazo airado y crudo,
en la sangre castísima del pecho
tñó el puñal, en su limpieza, agudo;

ni aquella que a furor movió y despecho
contra Troya los griegos corazones,
por quien fué el Ilión roto y deshecho;

ni la que los latinos escuadrones
hizo mover contra la teucra gente,
a quien Juno causó tantas pasiones;

ni menos la que tiene diferente
fama de la entereza y el trofeo
con que su honestidad guardó excelente:

digo de aquella que lloró a Sicheo,
del mantuano Tí tiro notada
de vano antojo y no cabal deseo;

no en cuantas tuvo hermosas la pasada
edad, ni la presente tiene agora,
ni en la de por venir será hallada

quien llegase ni llegue a mi pastora
en valor, en saber, en hermosura,
en merecer del mundo ser señora.

¡Dichoso aquel que con firmeza pura
fuere de ti, Silena, bien querido,
sin gustar de los celos la amargura!

¡Amor, que a tanta alteza me has subido,
no me derribes con pesada mano
a la bajeza oscura del olvido!
¡Sé conmigo señor, y no tirano!

No cantó más el enamorado pastor, ni por lo que

cantado había pudieron las pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban; que puesto que Lauso nombró a Silena en su canto, por este nombre no fué la pastora conocida, y así imaginaron que, como Lauso había andado por muchas partes de España, y aun de toda la Asia y Europa, que alguna pastora forastera sería la que había rendido la libre voluntad suya. Mas volviendo a considerar que le habían visto pocos días atrás triunfar de la libertad y hacer burla de los enamorados, sin duda alguna creyeron que con disfrazado nombre celebraba alguna conocida pastora a quien había hecho señora de sus pensamientos; y así, sin satisfacerse en su sospecha, se fueron hacia el aldea, dejando al pastor en el mismo lugar do se estaba. Mas no hubieran andado mucho cuando vieron venir de lejos algunos pastores que luego fueron conocidos, porque eran Tirsi, Damón, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Daranio, Orfenio y Marsilio, con todos los más principales pastores de la aldea, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los cuales salían a tener la siesta a la fuente de las Pizarras, a la sombra que en aquel lugar hacían las entricadas ramas de los espesos y verdes árboles; y antes que los pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda y Rosaura de rebozarse cada una con un blanco lienzo porque de Tirsi y Damón no fuesen conocidas. Los pastores llegaron, haciendo cortés rescibimiento a las pastoras, convidándolas que en su compañía la siesta pasar quisiesen; mas Galatea se excusó con decir que aquellas forasteras pastoras que con ella venían te-

nían necesidad de ir a la aldea. Con esto se despidió dellos, llevando tras sí las almas de Elicia y Erastro, y aun las encubiertas pastoras los deseos de conocerlas de cuantos allí estaban. Ellas se fueron al aldea, y los pastores a la fresca fuente; pero antes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse a su ermita, y puesto que Tirsi, Damón, Elicio y Erastro le rogaron que por aquel día con ellos se quedase, jamás lo pudieron acabar con él, antes, abrazándolos a todos, se despidió, encargando y rogando a Erastro que no dejase de verle todas las veces que por su ermita pasase. Erastro se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acompañado de su continua pesadumbre, se volvió a la soledad de su ermita, dejando a los pastores no sin dolor de ver la estrechez de vida que en tan verdes años había escogido; pero más se sentía entre aquellos que le conocían y sabían la calidad y valor de su persona. Llegados los pastores a la fuente, hallaron en ella a tres caballeros y a dos hermosas damas que de camino venían, y fatigados del cansancio y convidados del ameno y fresco lugar, les pareció ser bien dejar el camino que llevaban y pasar allí las calurosas horas de la siesta. Venían con ellos algunos criados, de manera que, en su apariencia, mostraban ser personas de calidad. Quisieran los pastores, así como los vieron, dejarles el lugar desocupado; pero uno de los caballeros, que el principal parecía, viendo que los pastores de comedidos se querían ir a otra parte, les dijo:

—Si era por ventura vuestro contento, gallardos

pastores, pasar la siesta en este deleitoso sitio, no os lo estorbe nuestra compañía, antes nos haced merced de que con la vuestra aumentéis nuestro contento, pues no promete menos vuestra gentil disposición y manera; y siendo el lugar, como lo es, tan acomodado para mayor cantidad de gente, haréis agravio a mí y a estas damas si no venís en lo que yo en su nombre y el mío os pido.

—Con hacer, señor, lo que nos mandas—respondió Elicio— cumpliremos nuestro deseo, que por agora no se extendía a más que venir a este lugar a pasar en él en buena conversación las enfadosas horas de la siesta, y, aunque fuera diferente nuestro intento, le torciéramos sólo por hacer lo que pides.

—Obligado quedo—respondió el caballero—a muestras de tanta voluntad; y para más certificarme y obligarme con ella, sentaos, pastores, alrededor desta fresca fuente, donde, con algunas cosas que estas damas traen para regalo del camino, podáis despertar la sed y mitigarla en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece.

Todos lo hicieron así, obligados de su buen comedimiento. Hasta este punto habían tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces; pero viendo que los pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan extraña, que en gran admiración puso a todos los que la vieron, pareciéndoles que, después de la de Galatea, no podía haber en la tierra otra que se igualase. Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas, que de más edad parecía, a la más pequeña en cier-

to donaire y brío se aventajaba. Sentados, pues, y acomodados todos, el segundo caballero, que hasta entonces ninguna cosa había hablado, dijo:

—Cuando me paro a considerar, agradables pastores, la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral y humilde vuestro, no puedo dejar de tener lástima a mí mismo, y a vosotros una honesta envidia.

—¿Por qué dices eso, amigo Darinto? — dijo el otro caballero.

—Dílogo, señor—replicó estotro—, porque veo con cuánta curiosidad vos y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos y aumentar las haciendas, y cuán poco viene a lucirnos, pues la púrpura, el oro, el brocado que sobre nuestros cuerpos echamos, como los rostros están marchitos de los mal degeridos manjares, comidos a deshoras, y tan costosos como mal gustados, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que más bien parezcamos a los ojos de quien nos mira, todo lo cual puedes ver diferente en los que siguen el rústico ejercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los cuales podría ser, y aun es así, que se hubiesen sustentado y sustentan de manjares simples y en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros; y con todo eso mira el moreno de sus rostros, que promete más entera salud que la blancura quebrada de los nuestros, y cuán bien les está a sus robustos y sueltos miembros un pellico de blanca lana, una caperuza parda y unas antiparras de cualquier

color que sean, y con esto a los ojos de sus pastoras deben de parecer más hermosos que los bizarros cortesanos a los de las retiradas damas. ¿Qué te diría, pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condición y de la honestidad de sus amores? No te digo más sino que conmigo puede tanto lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocaría la mía con ella.

—En deuda te estamos los pastores—dijo Elicio—por la buena opinión que de nosotros tienes; pero, con todo eso, te sé decir que hay en la rústica vida nuestra tantos resbaladeros y trabajos como se encierran en la cortesana vuestra.

—No podré yo dejar de venir en lo que dices, amigo—replicó Darinto—, porque ya se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la Tierra. Pero, en fin, en la pastoral hay menos que en la ciudadana, por estar más libre de ocasiones que alteren y desasosieguen el espíritu.

—Cuán bien se conforma con tu opinión, Darinto—dijo Damón—, la de un pastor amigo mío que Lauso se llama, el cual, después de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios y algunos otros en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido a la pobreza de nuestra rústica vida, y, antes que a ella viniese, mostró desearlo mucho, como parece por una canción que compuso y envió al famoso Larsileo, que en los negocios de la corte tiene larga y ejercitada experiencia; y por haberme a mí parecido bien la tomé toda en la memoria, y aun os la dijera, si imaginara que a ello me diera

lugar el tiempo, y a vosotros no os cansara el escucharla.

—Ninguna otra cosa nos dará más gusto que escucharte, discreto Damón—respondió Darinto, llamando a Damón por su nombre, que ya le sabía, por haberle oído nombrar a los otros pastores, sus amigos—; y así, yo de mi parte te ruego nos digas la canción de Lauso, que pues ella es hecha, como dices, a mi propósito, y tú la has tomado de memoria, imposible será que deje de ser buena.

Comenzaba Damón a arrepentirse de lo que había dicho, y procuraba excusarse de lo prometido; mas los caballeros y damas se lo rogaron tanto, y todos los pastores, que él no pudo excusar el decirlo; y así, habiéndose sosegado un poco, con gentil donaire y gracia dijo desta manera:

DAMÓN

El vano imaginar de nuestra mente,
de mil contrarios vientos arrojada
acá y allá con curso presuroso;
la humana condición, flaca, doliente,
en caducos placeres ocupada,
do busca, sin hallarle, algún reposo;
el falso, el mentiroso
mundo, prometedor de alegres gustos;
la voz de sus sirenas,
mal escuchada apenas
cuando cambia su gusto en mil disgustos;
la Babilonia, el caos que miro y leo
en todo cuanto veo;
el cauteloso trato cortesano,
junto con mi deseo,
puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo, señor, que allí llegara
 do llega mi deseo el corto vuelo
 de mi grosera mal cortada pluma,
 sólo para que luego se ocupara
 en levantar al más subido vuelo
 vuestra rara bondad y virtud suma.
 Mas ¿quién hay que presume
 echar sobre sus hombros tanta carga,
 si no es un nuevo Adlante,
 en fuerzas tan bastante
 que poco el cielo le fatiga y carga?
 Y aun le será forzoso que se ayude
 y el grave peso mude
 sobre los brazos de otro Alcides nuevo;
 y, aunque se encorve y sude,
 yo tal fatiga por descanso apruebo.

Ya que a mis fuerzas esto es imposible
 y el inútil deseo doy por muestra
 de lo que encierra el justo pensamiento,
 veamos si, quizá, será posible
 mover la flaca mal contenta diestra
 a mostrar por enigma algún contento;
 mas tan sin fuerzas sienta
 mi fuerza en esto, que será forzoso
 que apliquéis los oídos
 a los tristes gemidos
 de un desdenado pecho congojoso,
 a quien el fuego, el aire, el mar, la tierra
 hacen contino guerra,
 todos en su desdicha conjurados,
 que se remata y cierra
 con la corta ventura de sus hados.

Si esto no fuera, fácil cosa fuera
 tender por la región del gusto el paso,
 y reducir cien mil a la memoria,
 pintando el monte, el río y la ribera
 do amor, el hado, la fortuna y caso
 rindieron a un pastor toda su gloria.
 Mas desta dulce historia

el tiempo triunfa, y sólo queda della
 una pequeña sombra,
 que ahora espanta, asombra
 al pensamiento que más piensa en ella:
 condición propia de la humana suerte,
 que el gusto nos convierte
 en pocas horas en mortal disgusto,
 y nadie habrá que acierte
 en muchos años con un firme gusto.

Vuelva y revuelva; en alto suba o baje
 el vano pensamiento al hondo abismo;
 corra en un punto desde Tile a Batro,
 qu'él dirá, cuanto más sude y trabaje,
 y del término salga de sí mismo,
 puesto en la esfera o en el cruel Baratro:
 ¡Oh, una, tres, y cuatro,
 cinco, y seis y más veces venturoso
 el simple ganadero,
 que, con un pobre apero,
 vive con más contento y más reposo
 qu'el rico Craso o el avariento Mida,
 pues con aquella vida
 robusta, pastoral, sencilla y sana,
 de todo punto olvida
 esta mísera falsa cortesanal

En el rigor del erizado invierno,
 al tronco entero de robusta encina,
 de Vulcano abrasada, se calienta
 y allí en sosiego trata del gobierno
 mejor de su ganado, y determiná
 dar de sí al cielo no entricada cuenta.
 Y cuando ya se ahuyenta
 el encogido, estéril, yerto frío,
 y el gran señor de Delo
 abraza el aire, el suelo,
 en el margen sentado de algún río,
 de verdes sauces y álamos cubierto,
 con rústico concierto
 suelta la voz o toca el caramillo,

y a veces se ve cierto
las aguas detenerse por oíllo.

Poco allí le fatiga el rostro grave
del privado, que muestra en apariencia
mandar allí do no es obedecido,
ni el alto exagerar con voz suave
del falso adulator, que, en poca ausencia,
muda opinión, señor, bando y partido;
ni el desdén sacudido
del sutil secretario le fatiga,
ni la altivez honrada
de la llave dorada,
ni de los varios príncipes la liga,
ni del manso ganado un punto parte,
porque el furor de Marte
a una y a otra parte suene airado,
regido por tal arte,
que apenas su secuaz se ve medrado.

Reduce a poco espacio sus pisadas:
del alto monte al apacible llano,
desde la fresca fuente al claro río,
sin que, por ver las tierras apartadas,
las movibles campañas de Oceano
are con loco antiguo desvarío.
No le levanta el brío
saber qu'el gran monarca invicto vive
bien cerca de su aldea,
y, aunque su bien desea,
poco disgusto en no verle rescibe;
no como el ambicioso entremetido,
que con seso perdido
anda tras el favor, tras la privanza,
sin nunca haber teñido
en turca o (en) mora sangre espada o lanza

No su semblante o su color se muda
porque mude color, mude semblante
el señor a quien sirve, pues no tiene
señor que fuerce a que con lengua muda

siga, cual Clicie a su dorado amante,
 el dulce o amargo gusto que le viene.
 No le-veréis que pene
 de temor que un descuido, una nonada,
 en el ingrato pecho
 del señor el derecho
 borre de sus servicios, y sea dada
 de breve despedida la sentencia.
 No muestra en apariencia
 otro de lo que encierra el pecho sano:
 que la rústica ciencia
 no alcanza el falso trato cortesano.

¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?
 ¿Quién no dirá que aquella sola es vida
 que al sosiego del alma se encamina?
 El no tenerla el cortesano en precio
 hace que su bondad sea conocida
 de quien aspira al bien, y al mal declina
 ¡Oh, vida, do se afina
 en soledad el gusto acompañado!
 ¡Oh, pastoral bajeza,
 más alta que la alteza
 del cetro más subido y levantado!
 ¡Oh, flores olorosas; oh, sombríos
 bosques; oh, claros ríos!
 ¡Quién gozar os pudiera un breve tiempo,
 sin que los males míos
 turbasen tan honesto pasatiempo!

¡Canción, a parte vas do serán luego
 conocidas tus faltas y tus obras!
 Mas di, si aliento cobras,

con rostro humilde enderezado a ruego:
 «¡Señor, perdón, porque, el que acá me envía,
 en vos y en su deseo se confía!»

—Esta es, señores, la canción de Lauso—dijo Da-
 món en acabándola—, la cual fué tan celebrada de

Larsileo, cuanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron.

—Con razón lo puedes decir—respondió Darinto—, pues la verdad y artificio suyo son dignos de justas alabanzas.

—Estas canciones son las de mi gusto—dijo a este punto el desamorado Lenio—, y no aquellas, que a cada paso llegan a mis oídos, llenas de mil simples conceptos amorosos, tan mal dispuestos e intrincados, que osaré jurar que hay algunas que ni las alcanza quien las oye, por discreto que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no menos fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas a Cupido, y en exagerar su poder, su valor, sus maravillas y milagros, haciéndole señor del Cielo y de la Tierra, dándole otros mil atributos de potencia, de mando y señorío. Y lo que más me cansa de los que las hacen es que, cuando hablan de Amor, entienden de un no sé quién que ellos llaman Cupido, que la misma significación del nombre nos declara quién es él, que es un apetito sensual y vano, digno de todo vituperio.

Habló el desamorado Lenio, y en fin hubo de parar en decir mal de Amor; pero, como todos los más que allí estaban conocían su condición, no repararon mucho en sus razones, si no fué Erastro, que le dijo:

—¿Piensas, Lenio, por ventura, que siempre estás hablando con el simple Erastro, que no sabe contradecir tus opiniones ni responder a tus argumentos? Pues quíérote advertir que te será sano el callar por agora, o, a lo menos, tratar de otras cosas que de decir mal de amor, si ya no gustas que la discreción

y ciencia de Tirsi y de Damón te alumbren de la ceguera en que estás y te muestren a la clara lo que ellos entienden y lo que tú debes de entender del amor y de sus cosas.

—¿Qué me podrán ellos decir que yo no sepa?— dijo Lenio—. ¿O qué les podré yo replicar que ellos no ignoren?

—Soberbia es esa, Lenio—respondió Elicio—, y en ella muestras cuán fuera vas del camino de la verdad de Amor, y que te riges más por el norte de tu parecer y antojo que no por el que te debías regir, que es el de la verdad y experiencia.

—Antes, por la mucha que yo tengo de sus obras—respondió Lenio—, le soy tan contrario como nuestro y mostraré mientras la vida me durare.

—¿En qué fundas tu razón?—dijo Tirsi.

—¿En qué, pastor?—respondió Lenio—. En que por los efectos que hace conozco cuán mala es la causa que los produce.

—¿Cuáles son los efectos de Amor que tú tienes por tan malos?—replicó Tirsi.

—Yo te los diré, si con atención me escuchas—dijo Lenio—. Pero no querría que mi plática enfadase los oídos de los que están presentes, pudiendo pasar el tiempo en otra conversación de más gusto.

—Ninguna cosa habrá que sea más del nuestro—dijo Darinto— que oír tratar desta materia, especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinión; y así, por mi parte, si la destes pastores no lo estorba, te tuego, Lenio, que sigas adelante la comenzada plática.

—Eso haré yo de buen grado—respondió Lenio—, porque pienso mostrar claramente en ella cuántas razones me fuerzan a seguir la opinión que sigo y a vituperar cualquiera otra que a la mía se opusiere.

—Comienza, pues, joh, Leniol—dijo Damón—, que no estarás más en ella de cuanto mi compañero Tirsi descubra la suya.

A esta sazón, ya que Lenio se preparaba a decir los vituperios de Amor, llegaron a la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos pastores, y con él asimesmo venían Galatea y Florisa con las tres rebozadas pastoras Rosaura, Teolinda y Leonarda, a las cuales, habiéndolas topado a la entrada de la aldea, y sabiendo dellas la junta de pastores que en la fuente de las Pizarras quedaba, a ruego suyo las hizo volver, fiadas las forasteras pastoras en que, por sus rebozos, no serían de alguno conocidas. Levantáronse todos a rescebir a Aurelio y a las pastoras, las cuales se sentaron con las damas, y Aurelio y los pastores con los demás pastores. Pero cuando las damas vieron la singular belleza de Galatea quedaron tan admiradas que no podían apartar los ojos de mirarla. No lo fué menos Galatea de la hermosura dellas, especialmente de la que de mayor edad parecía. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento, pero todo cesó cuando supieron lo que entre el discreto Tirsi y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en extremo deseaba ver aquella junta y oír aquella disputa; y más entonces, donde

tendría Lenio quien también le supiese responder. Y así, sin más esperar, sentándose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baja y después sonora, desta manera comenzó a decir:

—Ya casi adivino, valerosa y discreta compañía, cómo allá en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido y temerario, pues con el poco ingenio y menos experiencia que puede prometer la rústica vida en que yo algún tiempo me he criado quiero tomar contienda en materia tan ardua como ésta con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias y cuyos bien sabidos estudios no pueden asegurar en mí pretensión, sino segura pérdida. Pero confiado que, a las veces, la fuerza del natural ingenio, adornado con algún tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas con que facilitan las ciencias por largos años sabidas, quiero atreverme hoy a mostrar en público las razones que me han movido a ser tan enemigo de Amor que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado. Y aunque otra cosa no me moviera a hacer esto sino vuestro mandamiento, no me excusara de hacerla, cuanto más que no será pequeña la gloria que de aquí he de granjear, aunque pierda la empresa, pues al fin dirá la fama que tuve ánimo para competir con el nombrado Tirsi. Y así, con este presupuesto, sin querer ser favorecido si no es de la razón que tengo, a ella sola invoco y ruego dé tal fuerza a mis palabras y argumentos que se muestre en ellas y en ellos la que tengo para ser tan enemigo del amor como publico. Es, pues, amor, según he oído decir a mis mayores, un deseo de be-

lleza, y esta definición le dan, entre otras muchas, los que en esta cuestión han llegado más al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder que, cual fuere la belleza que se amare, tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras corpórea e incorpórea, el amor que la belleza corporal amare como último fin suyo este tal amor no puede ser bueno, y éste es el amor de quien yo soy enemigo. Pero como la belleza corpórea se divide asimesmo en dos partes, que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos, también puede haber amor de belleza corporal que sea bueno. Muéstrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones y de hembras, y ésta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas, y que todas juntas hagan un todo perfecto y formen un cuerpo proporcionado de miembros y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva consiste en pinturas, estatuas, edificios, la cual belleza puede amarse sin que el amor con que se amare se vitupere. La belleza incorpórea se divide también en dos partes, en las virtudes y ciencias del ánima; y el amor que a la virtud se tiene, necesariamente ha de ser bueno, y ni más ni menos el que se tiene a las virtuosas ciencias y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos, síguese que en el amar la una o la otra consista ser el amor bueno o malo. Pero como la belleza incorpórea se considera con los ojos del entendimiento limpios y claros, y la belleza corpórea se

mire con los ojos corporales, en comparación de los incorpóreos, turbios y ciegos, y como sean más pres-
tos los ojos del cuerpo a mirar la belleza presente
corporal, que agrada, que no los del entendimiento
a considerar la ausente incorpórea, que glorifica,
síguese que más ordinariamente aman los mortales
la caduca y mortal belleza, que los destruye, que no
la singular y divina que los mejora. Pues deste amor
o desear la corporal belleza han nascido, nascen y
nascerán en el mundo asolación de ciudades, ruina
de Estados, destrucción de imperios y muertes de
amigos; y cuando esto generalmente no suceda, ¿qué
desdichas mayores, qué tormentos más graves, qué
incendios, qué celos, qué penas, qué muertes puede
imaginar el humano entendimiento que a las que
padece el miserable amante puedan compararse?
Y es la causa desto que, como toda la felicidad del
amante consista en gozar la belleza que desea, y esta
belleza sea imposible poseerse y gozarse enteramente,
aquel no poder llegar al fin que se desea engendra
en él los suspiros, las lágrimas, las quejas y desabri-
mientos. Pues que sea verdad que la belleza de quien
hablo no se puede gozar perfecta y enteramente está
manifiesto y claro, porque no está en mano del hom-
bre gozar cumplidamente cosa que esté fuera dél y
no sea toda suya, porque las extrañas conocida
cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la
que llamamos fortuna y caso, y no en poder de nues-
tro albedrío. Y así se concluye que, donde hay amor
hay dolor, y quien esto negase negaría asimesmo
que el Sol es claro y que el fuego abrasa. Mas por que

se venga con más facilidad en conocimiento de la amargura que Amor encierra por las pasiones del ánimo discurriendo se verá clara la verdad que sigo. Son, pues, las pasiones del ánimo, como mejor vosotros sabréis, discretos caballeros y pastores, cuatro generales y no más: desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades, las cuales pasiones, por ser como vientos contrarios que la tranquilidad del ánimo perturban con más propio vocablo perturbaciones son llamadas. Y destas perturbaciones, la primera es propia del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo; y así, es el deseo principio y origen de do todas nuestras pasiones proceden, como cualquier arroyo de su fuente, y de aquí viene que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve a seguirla y a buscarla, y buscándola y siguiéndola, a mil desordenados fines nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano a procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del alnado, y, lo que peor es, el mesmo padre de la propia hija; este deseo es el que nuestros pensamientos a dolorosos peligros acarrea: ni aprovecha que le hagamos obstáculo con la razón, que, puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos dél. Y no se contenta Amor de tenernos a una sola voluntad atentos: antes, como del deseo de las cosas, como ya está dicho, todas las pasiones nascen, así, del primer deseo que nasce en nosotros, otros mil se derivan, y éstos son en los enamorados no menos di-

versos que infinitos. Y aunque todas las más de las veces miren a un solo fin, con todo eso, como son diversos los objetos y diversa la fortuna de los amadores de cada uno, sin duda alguna, diversamente se desea. Hay algunos que, por llegar a alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la cual ¡oh, cuántas y cuán duras cosas se encuentran, cuántas veces se caen y cuántas agudas espinas atormentan sus pies y cuántas veces primero se pierde la fuerza y el aliento, que den alcance a lo que procuran! Algunos otros hay que ya de la cosa amada son poseedores y ninguna otra desean ni piensan, sino en mantenerse en aquel estado, y teniendo en esto sólo ocupados sus pensamientos y en esto sólo todas sus obras y tiempo consumido, en la felicidad son míseros, en la riqueza pobres y en la ventura desventurados. Otros, que ya están fuera de la posesión de sus bienes, procuran tornar a ellos, usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil condiciones, infinitas lágrimas, y al cabo, en estas miserias ocupándose, se ponen a términos de perder la vida. Mas no se ven estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entonces el engañoso Amor nos muestra una senda por do entremos, al parecer ancha y espaciosa, la cual después poco a poco se va cerrando, de manera que, para volver ni pasar adelante, ningún camino se ofrece. Y así, engañados y atraídos los míseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal formadas palabras que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrójanse luego a caminar tras ella, aguijados

del deseo, y después, a poco trecho y a pocos días, hallando la senda de su remedio cerrada y el camino de su gusto impedido, acuden luego a regar su rostro con lágrimas, a turbar el aire con suspiros, a fatigar los oídos con lamentables quejas; y lo peor es que, si acaso con las lágrimas, con los suspiros y con las quejas no pueden venir al fin de lo que desean, luego mudan estilo y procuran alcanzar por malos medios lo que por buenos no pueden. De aquí nascen los odios, las iras, las muertes, así de amigos como de enemigos; por esta causa se han visto y se ven a cada paso que las tiernas y delicadas mujeres se ponen a hacer cosas tan extrañas y temerarias que aun sólo el imaginarlas pone espanto; por ésta se ven los santos y conyugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal advertida esposa, ora del incauto y descuidado marido. Por venir al fin deste deseo es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo y el amigo al amigo. Este rompe enemistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones y solicita parientas. Mas por que claramente se vea cuánta es la miseria de los enamorados, ya se sabe que ningún apetito tiene tanta fuerza en nosotros ni con tanto ímpetu al objeto propuesto nos lleva como aquel que de las espuelas de Amor es solicitado: y de aquí viene que ninguna alegría o contento pasa tanto del debido término como aquella del amante cuando viene a conseguir alguna cosa de las que desea. Y esto se ve porque ¿qué persona habrá de juicio, si no es el amante, que tenga a suma felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso

volver de ojos y otras cosas semejantes, de tan poco momento cual las considera un entendimiento desapasionado? Y no por estos gustos tan colmados que, a su parecer, los amantes consiguen se ha de decir que son felices y bienaventurados, porque no hay ningún contento suyo que no venga acompañado de innumerables disgustos y sinsabores con que Amor se los agua y turba, y nunca llegó gloria amorosa adonde llega y alcanza la pena. Y es tan mala la alegría de los amantes que los saca fuera de sí mismos, tornándolos descuidados y locos, porque, como ponen todo su intento y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso estado que ellos se imaginan, de toda otra cosa se descuidan, de que no poco daño se les sigue, así de hacienda como de honra y vida, pues, a trueco de lo que he dicho, se hacen ellos mismos esclavos de mil congojas y enemigos de sí propios, pues que cuando sucede que en medio de la carrera de sus gustos les toca el hierro frío de la pesada lanza de los celos, allí se les escurece el Cielo, se les turba el aire, y todos los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entonces de quien esperar contento, pues no se lo puede dar el conseguir el fin que deseaban; allí acude el temor continuo, la desesperación ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solitud sin provecho, la falsa risa y el verdadero llanto, con otros mil extraños y terribles accidentes que le consumen y aterran. Todas las ocasiones de la cosa amada les fatigan; si mira, si ríe, si torna, si vuelve, si calla, si habla, y, finalmente, todas las gracias que le movieron a querer bien son las mismas que ator-

mentan al amante celoso. ¿Y quién no sabe que si la ventura a manos llenas no favorece a los amorosos principios, y con presta diligencia a dulce fin los conduce, cuán costosos le son al amante cualesquier otros medios que el desdichado pone para conseguir su intento? ¿Qué de lágrimas derrama, qué de suspiros esparce, cuántas cartas escribe, cuántas noches no duerme, cuántos y cuán contrarios pensamientos le combaten, cuántos recelos le fatigan y cuántos temores le sobresaltan? ¿Hay, por ventura, Tántalo que más fatiga tenga entre las aguas y el manzano puesto que la que tiene el miserable amante entre el temor y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecido los cántaros de las hijas de Danao, tan sin provecho derramados, que jamás llegan a conseguir una mínima parte de su intento. ¿Hay águila que así destruya las entrañas de Ticio como destruyen y roen los celos las del amante celoso? ¿Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sísifo como carga el temor continuo los pensamientos de los enamorados? ¿Hay rueda de Ixión que más presto se vuelva y atormente que las prestas y varias imaginaciones de los temerosos amantes? ¿Hay Minos ni Radamanto que así castiguen y apremien las desdichadas condenadas almas como castiga y apremia el amor al enamorado pecho que al insufrible mando suyo está sujeto? No hay cruda Megera, ni rabiosa Tesifón, ni vengadora Alecto que así maltraten el ánimo do se encierran como maltrata esta furia, este deseo a los sin ventura que le reconocen por señor y se le humillan como vasallos, los cuales, por dar

alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen, o, a lo menos, dijeron los antiguos gentiles que aquel instinto que incita y mueve al enamorado para amar más que a su propia vida la ajena era un dios a quien pusieron por nombre Cupido, y que así, forzados de su deidad, no podían dejar de seguir y caminar tras lo que él quería. Movióles a decir esto y a dar nombre de dios a este deseo el ver los efectos sobrenaturales que hace en los enamorados. Sin duda, parece que es sobrenatural cosa estar un amante en un instante mesmo temeroso y confiado, arder lejos de su amada y helarse cuando más cerca della, mudo cuando parlero, y parlero cuando mudo. Extraña cosa es asimesmo seguir a quien me huye, alabar a quien me vitupera, dar voces a quien no me escucha, servir a una ingrata y esperar en quien jamás promete ni puede dar cosa que buena sea.

¡Oh, amarga dulzura; oh, venenosa medicina de los amantes no sanos; oh, triste alegría; oh, flor amorosa que ningún fruto señalas si no es de tardo arrepentimiento! Estos son los efectos deste dios imaginado, éstas son sus hazañas y maravillosas obras. Y aun también puede verse en la pintura con que figuraban a este su vano dios cuán vanos ellos andaban: pintábanle niño desnudo, alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos a entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado se vuelve de la condición de un niño simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento. Decían asimesmo

que entre las saetas tuyas tenía dos, la una de plomo y la otra de oro, con las cuales diferentes efectos hacía, porque la de plomo engendraba odio en los pechos que tocaba, y la de oro crecía amor en los que hería, por sólo avisarnos que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer, y por esta ocasión no en balde cantan los poetas a Atalante vencida de tres hermosas manzanas de oro, y a la bella Danae preñada de la dorada lluvia, y al piadoso Eneas descender al infierno con el ramo de oro en la mano. En fin, el oro y la dádiva es una de las más fuertes saetas que el amor tiene, y con la que más corazones sujeta; bien al revés de la de plomo, metal bajo y menospreciado, como lo es la pobreza, la cual antes engendra odio y aborrecimiento donde llega que otra benevolencia alguna. Pero si las razones hasta agora por mí dichas no bastan a persuadir la que yo tengo de estar mal con este pérfido amor de quien trato, oíd en algunos ejemplos verdaderos y pasados los efectos suyos, y veréis como yo veo, que no ve ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. Veamos, pues: ¿quién sino este amor es aquel que al justo Loth hizo romper el casto intento y violar a las propias hijas tuyas? Este es, sin duda, el que hizo que el escogido David fuese adúltero y homicida, y el que forzó al libidinoso Amón a procurar el torpe ayuntamiento de Tamar, su querida hermana; y el que puso la cabeza del fuerte Sansón en las traidoras faldas de Dalila, por do perdiendo él su fuerza perdieron los suyos su amparo, y, al cabo, él y otros muchos la vida; éste fué el que

movió la lengua de Herodes para prometer a la bailadora niña la cabeza del precursor de la vida; éste hace que se dude de la salvación del más sabio y rico rey de los reyes y aun de todos los hombres; éste redujo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados a regir la pesada maza, a torcer un pequeñuelo huso y a ejercitarse en mujeriles ejercicios; éste hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano; éste cortó la lengua a Progne, arrastró a Hipólito, infamó a Pasifae, destruyó a Troya, mató a Egisto; éste hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reina pasase su casto pecho con la aguda espada; éste puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba el vaso del mortífero veneno que le acabó la vida; éste quitó la suya al valiente Turno y el reino a Tarquino, el mando a Marco Antonio, y la vida y la honra a su amiga; éste, en fin, entregó nuestras Españas a la bárbara furia agarena, llamada a la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas, porque pienso que primero nos cubriría la noche con su sombra que yo acabase de traerlos a la memoria los ejemplos que se ofrecen a la mía de las hazañas que el Amor ha hecho y cada día hace en el mundo, no quiero pasar más adelante en ellos, ni aún en la comenzada plática, por dar lugar a que el famoso Tirsi me responda, rogándoos primero, señores, no os enfade oír una canción que días ha tengo hecha en vituperio deste mi enemigo, la cual, si bien me acuerdo, dice desta manera:

Sin que me pongan miedo el hielo y fuego,
 el arco y flechas del amor tirano,
 en su deshonra he de mover mi lengua,
 que ¿quién ha de temer a un niño ciego,
 de vario antojo y de juicio insano,
 aunque más amenace daño y mengua?
 Mi gusto cresce y el dolor desmengua
 cuando la voz levanto
 al verdadero canto
 qu'en vituperio del amor se forma,
 con tal verdad, con tal manera y forma,
 que a todo el mundo su maldad descubre,
 y claramente informa
 del cierto daño qu'el amor encubre.

Amor es fuego que consume al alma,
 hielo que hiela, flecha que abre el pecho
 que de sus mañas vive descuidado;
 turbado mar do no se ha visto calma,
 ministro de ira, padre del despecho
 enemigo en amigo disfrazado,
 dador de escaso bien y mal colmado,
 afable, lisonjero,
 tirano, crudo y fiero,
 y Circe engañadora que nos muda
 en varios monstruos, sin que humana ayuda
 pueda al pasado ser nuestro volvernós,
 aunque ligera acuda
 la luz de la razón a socorrernos;

yugo que humilla al más erguido cuello,
 blanco a do se encaminan los deseos
 del ocio blando sin razón nascidos,
 red engañosa de sutil cabello
 que cubre y prende en torpes actos feos
 los que del mundo son en más tenidos,
 sabroso mal de todos los sentidos,
 ponzoña disfrazada,
 cual píldora dorada,
 rayo que adonde toca abrasa y hiende,
 airado brazo que a traición ofende,

verdugo del cautivo pensamiento
 y del que se defiende
 del dulce halago de su falso intento;

daño que aplace en los principios, cuando
 se regala la vista en el sujeto,
 que, cual el cielo, bello le parece;
 mas tanto cuanto más pasa mirando
 tanto más pena en público y secreto
 el corazón, que todo lo padece.
 Mudo, hablador, parlero que enmudece,
 cuerdo que desatina,
 pura, total ruina
 de la más concertada alegre vida,
 sombra de bien en males convertida,
 vuelo que nos levanta hasta la esfera,
 para que en la caída
 quede vivo el pesar y el gusto muera;

invisible ladrón que nos destruye
 y roba lo mejor de nuestra hacienda,
 llevándonos el alma a cada paso;
 ligereza que alcanza al que más huye,
 enigma que ninguno hay que la entienda,
 vida que de continuo está en traspaso,
 guerra elegida y que nasce a caso,
 tregua que poco dura,
 amada desventura,
 preñez que por jamás a sazón llega,
 enfermedad que al ánima se pega,
 cobarde que se arroja al mal y atreve,
 deudor que siempre niega
 la deuda averiguada que nos debe;

cercado laberinto do se anida
 una fiera cruel que se sustenta
 de rendidos humanos corazones,
 lazo donde se enlaza nuestra vida,
 señor que al mayordomo pide cuenta
 de las obras, palabras e intenciones;
 codicia de mil varias pretensiones,

gusano que fabrica
 estancia pobre o rica,
 de poco espacio habita, y al fin muere;
 querer que nunca sabe lo que quiere,
 nube que los sentidos escurece,
 cuchillo que nos hiere.
 Este es el amor. ¡Seguidle, si os parecel

Con esta canción acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella y con él dejó admirados a algunos de los que presentes estaban, especialmente a los caballeros, pareciéndoles que lo que Lenio había dicho, de más caudal que de pastoril ingenio parecía, y con gran deseo y atención estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiéndose todos en su imaginación que, sin duda alguna, a la de Lenio haría ventaja, por la que Tirsi le hacía en la edad y en la experiencia, y en los más acostumbrados estudios, y asimesmo les aseguraba esto porque deseaban que la opinión desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura y aun la dama que con Darinto y su compañero venía, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio mil puntos de los sucesos de sus amores, y esto fué cuando llegó a tratar de lágrimas y sospiros, y de cuán caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea y la discreta Florisa iban fuera desta cuenta, porque hasta entonces no se la había tomado Amor de sus hermosos y rebeldes pechos; y así estaban atentas, no más de a escuchar la agudeza con que los dos famosos pastores disputaban, sin que de los efectos de Amor que oían viesan alguno en sus libres voluntades. Pero siendo la de

Tirsi reducir a mejor término la opinión del desamorado pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los ánimos de los circunstantes, poniéndose frontero de Lenio, con suave y levantado tono, desta manera comenzó a decir:

—Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado pastor, no me asegurara que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan lejos agora se halla, antes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinión te dejara con ella por castigo de tus sinrazones. Mas, porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho los buenos principios que tienes para poder reducirte a mejor propósito, no quiero dejar con mi silencio, a los que nos oyen, escandalizados; al Amor, desfavorescido, y a ti, pertinaz y vanaglorioso. Y así, ayudado del Amor, a quien llamo, pienso en pocas palabras dar a entender cuán otras son sus obras y efectos de los que tú dél has publicado, hablando sólo del amor que tú entiendes, el cual tú definiste diciendo que era un deseo de belleza, declarando asimesmo qué cosa era belleza, y poco después desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacía en los enamorados pechos, confirmando al cabo con varios y desdichados sucesos por el amor causados. Y aunque la definición que del amor hiciste sea la más general que se suele dar, todavía no lo es tanto que no se pueda contradecir, porque amor y deseo son dos cosas diferentes: que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama. La razón está clara en todas las cosas que se poseen, que entonces no se podrá decir que se de-

sean, sino que se aman, como el que tiene salud no dirá que desea la salud, sino que la ama, y el que tiene hijos no podrá decir que desea hijos, sino que ama los hijos; ni tampoco las cosas que se desean se pueden decir que se aman, como la muerte de los enemigos, que se desea y no se ama. Y así que, por esta razón, el amor y deseo vienen a ser diferentes afectos de la voluntad. Verdad es que Amor es padre del deseo, y entre otras definiciones que del amor se dan ésta es una: amor es aquella primera mutación que sentimos hacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve y nos tira a sí, y nos deleita y apacese; y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, el cual movimiento se llama deseo; y, en resolución, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama, y un querer de aquello que se posee y el objeto suyo es el bien; y como se hallan diversas especies de deseos, el amor es una especie de deseo que atiende y mira al bien que se llama bello. Pero para más clara definición y diversión del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide: en amor honesto, en amor útil y en amor deleitable. Y a estas tres suertes de amor se reducen cuantas maneras de amar y desear pueden caber en nuestra voluntad, porque el amor honesto mira a las cosas del Cielo, eternas y divinas; el útil, a las de la tierra, alegres y perecederas, como son las riquezas, mandos y señoríos; el deleitable, a las gustosas y placenteras, como son las bellezas corporales vivas que tú, Lenio, dijiste. Y cualquiera suerte destes amores que he dicho no debe ser de ninguna lengua vituperada, porque el amor honesto

siempre fué, es y ha de ser limpio, sencillo, puro y divino, y que sólo en Dios para y sosiega; el amor provechoso, por ser, como es, natural, no debe condenarse; ni menos el deleitable, por ser más natural que el provechoso. Que sean naturales estas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia nos lo muestra claro, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el divino mandamiento, y de señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo, luego conoció la miseria en que había caído y la pobreza en que estaba, y así tomó en el momento las hojas de los árboles que le cubriesen, y sudó y trabajó, rompiendo la tierra para sustentarse y vivir con la menos incomodidad que pudiese, y tras esto, obedeciendo mejor a su Dios en ello que en otra cosa, procuró tener hijos, y perpetuar y dilatar en ellos la generación humana; y así como por su inobediencia entró la muerte en él y por él en todos sus descendientes, así heredamos juntamente todos sus afectos y pasiones, como heredamos su misma naturaleza; y como él procuró remediar su necesidad y pobreza, también nosotros no podemos dejar de procurar y desear remediar la nuestra. Y de aquí nasce el amor que tenemos a las cosas útiles, a la vida humana, y tanto cuanto más alcanzamos dellas, tanto más nos parece que remediamos nuestra falta, y por el mesmo consiguiénte heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos, y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo y verdadero medio que tales deseos a dichoso fin conduce. Así que este amor deleitable, solo y sin mezcla de otro acci-

dente, es digno antes de alabanza que de vituperio, y éste es el amor que tú, Lenio, tienes por enemigo, y cáusalo que no lo entiendes ni conoces, porque nunca le has visto solo y en su misma figura, sino siempre acompañado de deseos perniciosos, lascivos y mal colocados. Y esto no es culpa de Amor, que siempre es bueno, sino de los accidentes que se le llegan, como vemos que acaece en algún caudaloso río, el cual tiene su nacimiento de alguna líquida y clara fuente que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, y, a poco espacio que de la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas, por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan. Así que este primer movimiento—amor o deseo, como llamarlo quisieres—no puede nacer sino de buen principio, y aun dellos es el conocimiento de la belleza, la cual, conocida por tal, casi parece imposible que de amar se deje. Y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros ánimos, que ella sola fué parte para que los antiguos filósofos, ciegos y sin lumbre de fe que los encaminase, llevados de la razón natural, y traídos de la belleza que en los estrellados Cielos y en la máquina y redondez de la Tierra contemplaban, admirados de tanto contento y hermosura, fueron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas causas segundas, hasta llegar a la primera causa de las causas, y conocieron que había un solo principio sin principio de todas las cosas. Pero lo que más los admiró y levantó la consideración fué ver la compostura del hombre, tan

ordenada, tan perfecta y tan hermosa, que le vinieron a llamar mundo abreviado, y así es verdad, que, en todas las obras hechas por el mayordomo de Dios, Naturaleza, ninguna es de tanto primor ni que más descubra la grandeza y sabiduría de su hacedor, porque en la figura y compostura del hombre se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes della se reparte, y de aquí nasce que esta belleza conocida se ama, y como toda ella más se muestre y resplandezca en el rostro, luego como se ve un hermoso rostro, llama y tira la voluntad a amarle. De do se sigue que, como los rostros de las mujeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones, ellas son las que son de nosotros más queridas, servidas y solicitadas, como a cosa en quien consiste la belleza que naturalmente más a nuestra vista contenta. Pero viendo el hacedor y criador nuestro que es propia naturaleza del ánima nuestra estar continuo en perpetuo movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, por que no se arrojase a rienda suelta a desear las cosas percederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío, ponerle encima de sus tres potencias una despierta centinela que la avisase de los peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguían, la cual fué la razón que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos. Y viendo asimesmo que la belleza humana había de llevar tras sí nuestros afectos e inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, a lo menos quiso templarle y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del cual al

varón y a la hembra los más de los gustos y contentos amorosos naturales les son lícitos y debidos. Con estos dos remedios, puestos por la divina mano, se viene a templar la demasía que puede haber en el amor natural que tú, Lenio, vituperas, el cual amor de sí es tan bueno que, si en nosotros faltase, el mundo y nosotros acabaríamos. En este mismo amor de quien voy hablando están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza que el amante, conforme la casta voluntad de la cosa amada, la suya tiempla; es fortaleza, porque el enamorado cualquier variedad puede sufrir por amor de quien ama; es justicia, porque con ella a la que bien quiere sirve, forzándole la misma razón a ello; es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado. Mas yo te demando, ¡oh, Leniol, tú que has dicho que el amor es causa de ruina de imperios, destrucción de ciudades, de muertes de amigos, de sacrílegos hechos, inventor de traiciones, transgresor de leyes, digo que te demando que me digas cuál loable cosa hay hoy en el mundo, por buena que sea, que el uso della no pueda en mal ser convertida. Condénese la Filosofía, porque muchas veces nuestros defectos descubre, y muchos filósofos han sido malos; abránsense las obras de los heroicos poetas, porque con sus sátiras y versos los vicios reprehenden y vituperan; vitupérese la Medicina, porque los venenos descubre; llámese inútil la elocuencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante que ha puesto en duda la verdad conocida; no se forjen armas, porque los ladrones y los homicidas las usan; no se fabriquen casas, porque pue-

dan caer sobre sus habitantes; prohibanse la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad; ninguno procure tener hijos, porque Edipo, instigado de cruelísima furia, mató a su padre, y Oreste hirió el pecho de la madre propia; téngase por malo el fuego, porque suele abrasar las casas y consumir las ciudades; desdénese el agua, porque con ella se anegó toda la Tierra; condénense, en fin, los elementos, porque pueden ser de algunos perversos perversamente usados, y desta manera cualquier cosa buena puede ser en mala convertida, y proceder della efectos malos, si en las manos de aquellos son puestas que, como irracionales sin mediocridad, del apetito gobernar se dejan. Aquella antigua Cartago, émula del imperio romano; la belicosa Numancia, la adornada Corinto, la soberbia Tebas, la docta Atenas y la ciudad de Dios, Jerusalén, que fueron vencidas y asoladas: digamos por eso que el amor fué causa de su destrucción y ruina. Así que deberían los que tienen por costumbre de decir mal de Amor decirlo dellos mismos, porque los dones de Amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza, pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas, como vituperados los extremos; que si abrazamos la virtud más de aquello que basta, el sabio granjeará nombre de loco, y el justo de inicuo. Del antiguo Cremona trágico fué opinión que, como el vino mezclado con el agua es bueno, así el amor templado es provechoso, lo que es al revés en el inmoderado. La generación de los animales racionales y brutos sería ninguna si el amor no procediese, y faltando

en la tierra, quedaría desierta y vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de los dioses, dada para conservación y cura de los hombres. Pero viniendo a lo que tú, Lenio, dijiste de los tristes y extraños efectos que el amor en los enamorados pechos hace, tiniéndolos siempre en continas lágrimas, profundos suspiros, desesperadas imaginaciones, sin concederles jamás una hora de reposo, veamos, por ventura, ¿qué cosa puede desearse en esta vida que el alcanzarla no cueste fatiga y trabajo? Y tanto cuanto más es de valor la cosa, tanto más se ha de padecer y se padece por ella, porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del ánimo nuestro, pues si todos los deseos humanos se pueden pagar y contentarse sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parte dello, y con todo eso se padece por conseguirla, ¿qué mucho es que, por alcanzar aquello que no puede satisfacer ni contentar al deseo sino con ello mismo, se padezca, se llore, se tema y se espere? El que desea señoríos, mandos, honras y riquezas, ya que ve que no puede subir al último grado que quisiera, como llegue a ponerse en algún buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir a más le hace parar donde puede y como mejor puede, todo lo cual es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga ni otra satisfacción sino el mismo amor, y el propio es su propia y verdadera paga. Y por esta razón es imposible que el amante esté contento hasta que a la clara conozca que verdaderamente es amado, certi-

ficándole desto las amorosas señales que ellos saben. Y así estiman en tanto un regalado volver de ojos, una prenda cualquiera que sea de su amada, un no sé qué de risa, de habla, de burlas, que ellos de veras toman como indicios que les van asegurando la paga que desean, y así todas las veces que ven señales en contrario destas, esle fuerza al amante lamentarse y afligirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, cuando la favorable fortuna y el blando amor se los concede. Y como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad ajena a que sea una propia con la mía y juntar dos diferentes almas en tan disoluble fluido y estrechez que de las dos sean uno los pensamientos y una todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empresa se padezca más que por otra cosa alguna, pues después de conseguida satisface y alegra sobre todas las que en esta vida se desean. Y no todas veces son las lágrimas con razón y causa derramadas, ni esparcidos los suspiros de los enamorados, porque si todas sus lágrimas y suspiros se causaron de ver que no se responde a su voluntad como se debe y con la paga que se requiere, habría de considerar primero adónde levantaron la fantasía, y si la subieron más arriba de lo que su merecimiento alcanza no es maravilla que, cual nuevos Icaros, caigan abrasados en el río de las miserias, de las cuales no tendrá la culpa Amor, sino su locura. Con todo eso, yo no niego, sino afirmo, que el deseo de alcanzar lo que se ama por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razón de la carestía que presupone, como ya otras

veces he dicho; pero también digo que el conseguirla sea de grandísimo gusto y contento, como lo es al cansado el reposo y la salud al enfermo. Junto con esto, confieso que si los amantes señalasen, como en el uso antiguo, con piedras blancas y negras sus tristes o dichosos días, sin duda alguna que serían más las infelices; más también conozco que la calidad de sola una blanca piedra haría ventaja a la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba desta verdad, vemos que los enamorados jamás de serlo se arrepienten; antes, si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como a enemigo le desecharían, porque aun el sufrirla les es suave. Y por esto, ¡oh, amadores!, no os impida ningún temor para dejar de ofreceros y dedicaros a amar lo que más os pareciere dificultoso, ni os quejéis ni arrepintáis si a la grandeza vuestra las cosas bajas habéis levantado, que Amor iguala lo pequeño a lo sublime, y lo menos a lo más, y con justo acuerdo tiempla las diversas condiciones de los amantes cuando con puro afecto la gracia suya en sus corazones rescibe. No cedáis a los peligros, porque la gloria será tanta que quite el sentimiento de todo dolor. Y como a los antiguos capitanes y emperadores, en premio de sus trabajos y fatigas les eran, según la grandeza de sus victorias, aparejados triunfos, así a los amantes les están guardados muchedumbre de placeres y contentos y como a aquéllos el glorioso rescibimiento les hacía olvidar todos los incómodos y disgustos pasados, así al amante de la amada amado. Los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los

inquietos días, en suma tranquilidad y alegría se convierten. De manera, Lenio, que si por sus efectos tristes les condenas, por los gustosos y alegres les debes de absolver; y, a la interpretación que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vas tan engañado en ella como casi en las demás cosas que contra el Amor has dicho, porque píntanle niño, ciego, desnudo, con las alas y saetas, y no quiere significar otra cosa sino que el amante ha de ser niño en no tener condición doblada, sino pura y sencilla; ha de ser ciego a todo cualquier otro objeto que se le ofreciere, si no es a aquel a quien ya supo mirar y entregarse; ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama; ha de tener alas de ligereza, para estar pronto a todo lo que por su parte se le quisiere mandar; píntanle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho ha de ser profunda y secreta, y que apenas se descubra sino a la misma causa que ha de remedialla. Que el amor hiera con dos saetas, las cuales obran en diferentes maneras, es darnos a entender que en el perfecto amor no ha de haber medio de querer y no querer en un mismo punto, sino que el amante ha de amar enteramente, sin mezcla de alguna tibieza. En fin, ¡oh, Leniol, este amor es el que, si consumió a los troyanos, engrandeció a los griegos; si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crescer los edificios de Roma; si quitó el reino a Tarquino, redujo a libertad la república. Y aunque pudiera traer aquí muchos ejemplos en contrario de los que tú trujiste de los efectos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues

de sí son tan notorios; sólo quiero rogarte te dispongas a creer lo que he mostrado, y que tengas paciencia para oír una canción mía, que parece que en competencia de la tuya se hizo, y si por ella y por lo que te he dicho no quisieres reducirte a ser de la parte de amor y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dél he declarado, si el tiempo de agora lo concede, o en otro cualquiera que tú escogieres y señalares, te prometo de satisfacer a todas las réplicas y argumentos que en contrario de los míos decir quisieres; y, por agora, estame atento y escucha:

CANCIÓN DE TIRSI

Salga del limpio enamorado pecho
 la voz sonora, y, en suave acento,
 cante de Amor las altas maravillas,
 de modo que contento y satisfecho
 quede el más libre y suelto pensamiento,
 sin que las sienta con no más de oíllas.
 Tú, dulce amor, que puedes referillas
 por mi lengua, si quieres,
 tal gracia le concede,
 que con la palma quede
 de gusto y gloria por decir quién eres,
 que, si me ayudas, como yo confío,
 veráse en presto vuelo
 subir al cielo tu valor y el mío

Es el amor principio del bien nuestro,
 medio por do se alcanza y se granjea
 el más dichoso fin que se pretende,
 de todas ciencias sin igual maestro;
 fuego que, aunque de hielo un pecho sea,
 en claras llamas de virtud le enciende;
 poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende;
 raíz de adonde nasce

la venturosa planta
 que al cielo nos levanta
 con tal fruto, que al alma satisface
 de bondad, de valor, de honesto celo,
 de gusto sin segundo,
 que alegra al mundo y enamora al Cielo;

cortesano, galán, sabio, discreto,
 callado, liberal, manso, esforzado;
 de aguda vista, aunque de ciegos ojos;
 guardador verdadero del respeto,
 capitán que en la guerra do ha triunfado
 sola la honra quiere por despojos;
 flor que cresce entre espinas y entre abrojos,
 que a vida y alma adorna;
 del temor enemigo,
 de la esperanza amigo,
 huésped que más alegra cuando torna,
 instrumento de honrosos, ricos bienes,
 por quien se mira y medra
 la honrosa yedra en las honradas sienes;

instinto natural que nos conmueve
 a levantar los pensamientos, tanto
 que apenas llega allí la vista humana;
 escala por do sube, el que se atreve,
 a la dulce región del Cielo santo;
 sierra en su cumbre deleitosa y llana,
 facilidad que lo intricado allana,
 norte por quien se guía
 en este mar insano
 el pensamiento sano,
 alivio de la triste fantasía,
 padrino que no quiere nuestra afrenta;
 farol que no se encubre,
 mas no descubre el puerto en la tormenta;

píntor que en nuestras ánimas retrata,
 con apacibles sombras y colores,
 ora mortal, ora inmortal belleza;
 sol que todo fiublado desbarata,
 gusto a quien son sabrosos los dolores;

espejo en quien se ve Naturaleza
 liberal, que en su punto la franqueza
 pone con justo medio;
 espíritu de fuego
 que alumbrá al que es más ciego,
 del odio y del temor solo remedio;
 Argos que nunca puede estar dormido
 por más que a sus orejas
 lleguen consejas de algún dios fingido;

ejército de armada infantería
 que atropella cien mil dificultades,
 y siempre queda con victoria y palma;
 morada adonde asiste el alegría;
 rostro que nunca encubre las verdades,
 mostrando claro lo que está en el alma;
 mar donde la tormenta es dulce calma,
 con sólo que se espere
 tenerla en tiempo alguno;
 refrigerio oportuno
 que cura al desdeñado cuando muere;
 en fin, amor es vida, es gloria, es gusto,
 almo feliz sosiego.
 ¡Seguidle luego, qu'el seguirle es justol

El fin del razonamiento y canción de Tirsi fué principio para confirmar de nuevo en todos la opinión que de discreto tenía, si no fué en el desamorado Lenio, a quien no pareció tan bien su respuesta que le satisficiese al entendimiento y le mudase de su primer propósito. Vióse esto claro, porque ya iba dando muestras de querer responder y replicar a Tirsi, si las alabanzas que a los dos daban Darinto y su compañero, y todos los pastores y pastoras presentes, no lo estorbaran, porque tomando la mano el amigo de Darinto dijo:

—En este punto acabo de conocer cómo la poten-

cia y sabiduría de Amor por todas las partes de la Tierra se extiende, y que donde más se afina y apura es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oído al desamorado Lenio y al discreto Tirsi, cuyas razones y argumentos más parecen de ingenios entre libros y las aulas criados que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crescidos. Pero no me maravillaría yo tanto desto si fuese de aquella opinión del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabían, presuponiendo que todas se crían enseñadas; mas cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa, la cual no tenía ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de ver cómo haya sido posible que en la compañía de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las ciencias que apenas saben disputarse en las nombradas universidades, si ya no quiero persuadirme a lo que primero dije: que el Amor por todo se extiende y a todos se comunica, al caído levanta, al simple avisa y al avisado perfecciona.

—Si conocieras, señor—respondió a esta sazón Elicio—, cómo la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los árboles y florestas, como tú imaginas, sino en las reales cortes y conocidas escuelas, no te maravillarás de lo que ha dicho, sino de lo que ha dejado de decir. Y aunque el desamorado Lenio, por su humildad, ha confesado que la rusticidad de su vida pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo eso, te aseguro que los más floridos años de su edad gastó, no en el ejercicio de guardar las cabras

en los montes, sino en las riberas del claro Tormes, en loables estudios y discretas conversaciones. Así, que si la plática que los dos han tenido de más que de pastores te parece, contéplalos como fueron y no como agora son. Cuanto más, que hallarás pastores en estas nuestras riberas que no te causarán menos admiración si los oyes que los que agora has oído, porque en ellas apascientan sus ganados los famosos y conocidos Eranio, Siralvo, Filardo, Silvano, Lisardo y los dos Matuntos, padre e hijo, uno en la lira y otro en la poesía sobre todo extremo extremados. Y, para remate de todo, vuelve los ojos y conoce al conocido Damón, que presente tienes, donde puede parar tu deseo, si desea conocer el extremo de discreción y sabiduría.

Responder quería el caballero a Elicio, cuando una de aquellas damas que con él venían dijo a la otra:

—Paréceme, señora Nísida, que, pues el sol va ya declinando, que sería bien que nos fuésemos, si habemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre.

No hubo bien dicho esto la dama, cuando Darinto y su compañero la miraron, mostrando que les había pesado de que hubiese llamado por su nombre a la otra. Pero así como Elicio oyó el nombre de Nísida, le dió el alma si era aquella Nísida de quien el ermitaño Silerio tantas cosas había contado, y el mismo pensamiento les vino a Tirsi, Damón y a Erastro; y, por certificarse Elicio de lo que sospechaba, dijo:

—Pocos días ha, señor Darinto, que yo y algunos

de los que aquí estamos oímos nombrar el nombre de Nísida, como aquella dama agora ha hecho; pero de más lágrimas acompañado y con más sobresaltos referido.

—¿Por ventura—respondió Darinto—hay alguna pastora en estas vuestras riberas que se llame Nísida?

—No—respondió Elicio—; pero ésta que yo digo en ellas nació, y en las apartadas del famoso Sebeto (1) fué criada.

—¿Qué es lo que dices, pastor?—replicó el otro caballero.

—Lo que oyes—respondió Elicio—, y lo que más oirás, si me aseguras una sospecha que tengo.

—Dímela—dijo el caballero—, que podría ser se te satisficiese.

A esto replicó Elicio:

—¿A dicha, señor, tu propio nombre es Timbrio?

—No te puedo negar esa verdad—respondió el otro—, porque Timbrio me llamo, el cual nombre quisiera encubrir hasta otra sazón más oportuna; mas la voluntad que tengo de saber por qué sospechaste que así me llamaba me fuerza a que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres.

—Según eso, tampoco me negarás—dijo Elicio— que esta dama que contigo traes se llame Nísida, y aun, por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca y es su hermana.

—En todo has acertado—respondió Timbrio—;

(1) Riachuelo de la Campania, que desemboca en la bahía de Nápoles.

pero, pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tú la causa que te ha movido a preguntármelo.

—Ella es tan buena, y será tan de tu gusto—replicó Elicio—cual lo verás antes de muchas horas.

Todos los que no sabían lo que el ermitaño Silerio a Elicio, Tirsi, Damón y Erastro había contado estaban confusos oyendo lo que entre Timbrio y Elicio pasaba; mas a este punto dijo Damón, volviéndose a Elicio:

—No entretengas, ¡oh, Elicio!, las buenas nuevas que puedes dar a Timbrio.

—Y aún yo—dijo Erastro—no me detendré un punto de ir a dárselas al lastimado Silerio del hallazgo de Timbrio.

—¡Santos cielos! ¿Y qué es lo que oigo—dijo Timbrio—, y qué es lo que dices, pastor? ¿Es por ventura ese Silerio que has nombrado el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi alma, el que yo deseo ver más que otra cosa que me pueda pedir el deseo? ¡Sácame desta duda luego, así crezcan y multipliquen tus rebaños de manera que te tengan envidia todos los vecinos ganaderos!

—No te fatigues tanto, Timbrio—dijo Damón—, que el Silerio que Erastro dice es el mesmo que tú dices y el que desea saber más de tu vida que sostener y aumentar la suya propia, porque, después que te partiste de Nápoles, según él nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia que la pena della, con la que le causaban otras pérdidas que él nos contó, le ha reducido a términos que en una pequeña ermita, que

poco menos de una legua está de aquí distante, pasa la más estrecha vida que imaginarse puede, con determinación de esperar allí la muerte, pues de saber el suceso de tu vida no podía ser satisfecho. Esto sabemos cierto Tirsi, Elicio, Erastro y yo, porque él mismo nos ha contado la amistad que contigo tenía, con toda la historia de los casos a entrambos sucedidos, hasta que la fortuna por tan extraños accidentes os apartó para apartarle a él a vivir en tan extraña soledad, que te causará admiración cuando le veas.

—Véale yo, y llegue luego el último remate de mis días—dijo Timbrio—; y así os ruego, famosos pastores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagáis este mío con decirme adónde está esa ermita adonde Silerio vive.

—Adonde muere, podrás mejor decir—dijo Erastro—; pero de aquí adelante vivirá con las nuevas de tu venida; y pues tanto su gusto y el tuyo deseas, levántate y vamos, que, antes que el Sol se ponga, te pondré con Silerio; mas ha de ser con condición que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido después que de Nápoles te partiste, que de todo lo demás, hasta aquel punto, satisfechos están algunos de los presentes.

—Poca paga me pides—respondió Timbrio—para tan gran cosa como me ofreces, porque, no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres.

Y más, volviéndose a las damas que con él venían, les dijo:

—Pues con tan buena ocasión, querida y señora Nísida, se ha rompido el prosupuesto que traíamos de no decir nuestros propios nombres, con el la alegría que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos a ver a Silerio, a quien vos y yo debemos las vidas y el contento que poseemos.

—Excusado es, señor Timbrio—respondió Nísida—, que vos me roguéis que haga cosa que tanto deseo y que tan bien me está el hacerla. Vamos enhorabuena, que ya cada momento que tardare de verle se me hará un siglo.

Lo mismo dijo la otra dama, que era su hermana Blanca, la misma que Silerio había dicho, y la que más muestras dió de contento. Sólo Darinto, con las nuevas de Silerio, se puso tal que los labios no movía; antes, con un extraño silencio, se levantó, y mandando a un su criado que le trujese el caballo en que allí había venido, sin despedirse de ninguno subió en él y, volviendo las riendas, a paso tirado se desvió de todos. Cuando esto vió Timbrio subió en otro caballo y con mucha priesa siguió a Darinto hasta que le alcanzó, y trabando por las riendas del caballo le hizo estar quedo, y allí estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del cual Timbrio se volvió adonde los pastores estaban, y Darinto siguió su camino, enviando a disculparse con Timbrio del haberse partido sin despedirse dellos. En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda y Florisa a las hermosas Nísida y Blanca se llegaron y la discreta Nísida, en breves razones, les contó la amistad tan grande que

entre Timbrio y Silerio había, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados; pero con la vuelta de Timbrio todos quisieron ponerse en camino para la ermita de Silerio, sino que a la misma sazón llegó a la fuente una hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurrón al hombro y cayado en la mano, la cual, como vió tanta y tan agradable compañía, con lágrimas en los ojos les dijo:

—Si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los extraños efectos y casos de amor tenga alguna noticia, y las lágrimas y suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente a ver si es posible remediar y detener las más amorosas lágrimas y profundos suspiros que jamás de ojos y pechos enamorados salieron. Acudid, pues, pastores, a lo que os digo; veréis cómo, con la experiencia de lo que os muestro, hago verdaderas mis palabras.

Y, en diciendo esto, volvió las espaldas y todos cuantos allí estaban la siguieron. Viendo, pues, la pastora que la seguían, con presuroso paso se entró por entre unos árboles que a un lado de la fuente estaban, y no hubo andado mucho cuando, volviéndose a los que tras ella iban, les dijo: .

—Veis allí, señores, la causa de mis lágrimas, porque aquel pastor que allí parece es un hermano mío, que por aquella pastora ante quien está hincado de hinojos, sin duda alguna él dejará la vida en manos de su crueldad.

Volvieron todos los ojos a la parte que la pastora señalaba y vieron que al pie de un verde sauce estaba arrimada una pastora vestida como cazadora ninfa,

con una rica aljaba que del lado le pendía y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos y rubios cabellos cogidos con una verde guirnalda. El pastor estaba ante ella de rodillas, con un cordel echado a la garganta y un cuchillo desenvainado en la derecha mano, y con la izquierda tenía asida a la pastora de un blanco cendal que encima de los vestidos traía. Mostraba la pastora ceño en su rostro y estar disgustada de que el pastor allí por fuerza la detuviese. Mas cuando ella vió que la estaban mirando, con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado pastor, que con abundancia de lágrimas, tiernas y amorosas palabras, la estaba rogando que siquiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecía. Pero la pastora, desdeñosa y airada, se apartó dél, a tiempo que ya todos los pastores llegaban cerca, tanto, que oyeron al enamorado mozo que en tal manera a la pastora hablaba:

—¡Oh, ingrata y desconocida Gelasia, y con cuán justo título has alcanzado el renombre de cruel que tienes! Vuelve, endurecida, los ojos a mirar al que por mirarte está en el extremo de dolor que imaginarse puede. ¿Por qué huyes de quien te sigue? ¿Por qué no admites a quien te sirve? Y ¿por qué aborreces al que te adora? ¡Oh, sin razón, enemiga mía, dura cual levantado risco, airada cual ofendida sierpe, sorda cual muda selva, esquiva como rústica, rústica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se cebal ¿Será posible que mis lágrimas no te ablanden, que mis suspiros no te apiaden y que mis servicios no te muevan? Sí que será posible, pues así

lo quiere mi corta y desdichada suerte, y aun será también posible que tú no quieras apretar este lazo que a la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio deste corazón que te adora. Vuelve, pastora, vuelve, y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añadir este cordel a mi garganta o ensangrentar este cuchillo en mi pecho.

Estas y otras semejantes razones decía el lastimado pastor, acompañadas de tantos sollozos y lágrimas que movía a compasión a todos cuantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel y desamorada pastora dejaba de seguir su camino sin querer aun volver los ojos a mirar al pastor que por ella en tal estado quedaba, de que no poco se admiraron todos los que su airado desdén conocieron, y fué de manera que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la pastora. Y así, él, con el anciano Arsindo, se adelantaron a rogarla tuviese por bien de volver a escuchar las quejas del enamorado mozo, aunque nunca tuviese intención de remediarlas. Mas no fué posible mudarla de su propósito; antes les rogó que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo que le mandaban, porque su intención era de ser enemiga mortal del amor y de todos los enamorados, por muchas razones que a ello la movían, y una dellas era haberse desde su niñez dedicado a seguir el ejercicio de la casta Diana, añadiendo a éstas tantas causas para no hacer el ruego de los pastores, que Arsindo tuvo por bien de dejarla y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el cual, como vió que la pastora

era tan enemiga del amor como parecía y que tan de todo en todo con la condición desamorada suya se conformaba, determinó de saber quién era y de seguir su compañía por algunos días, y así le declaró cómo él era el mayor enemigo que el amor y los enamorados tenían, rogándole que, pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía, que no sería más de lo que ella quisiese.

La pastora se holgó de saber la intención de Lenio y le concedió que con ella viniese hasta su aldea, que dos leguas de la de Lenio era. Con esto se despidió Lenio de Arsindo, rogándole que le disculpase con todos sus amigos y les dijese la causa que le había movido a irse con aquella pastora, y, sin esperar más, él y Gelasia alargaron el paso y en poco rato desaparecieron. Cuando Arsindo volvió a decir lo que con la pastora había pasado, halló que todos aquellos pastores habían llegado a consolar al enamorado pastor, y que las dos de las tres rebozadas pastoras la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea y la otra abrazada con la bella Rosaura, que asimismo el rostro cubierto tenía. La que con Galatea estaba era Teolinda, y la otra, su hermana Leonarda, las cuales, así como vieron al desesperado pastor que con Gelasia hallaron, un celoso y enamorado desmayo les cubrió el corazón, porque Leonarda creyó que el pastor era su querido Galercio, y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro; y como las dos le vieron tan rendido y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento que, sin sentido alguno, la una en las faldas de Gala-

tea, la otra en los brazos de Rosaura, desmayadas cayeron. Pero de allí a poco rato, volviendo en sí Leonarda, a Rosaura dijo:

—¡Ay, señora mía, y cómo creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la fortuna, pues la voluntad de Galercio está tan ajena de ser mía, como se puede ver por las palabras que aquel pastor ha dicho a la desamorada Gelasia! Porque te hago saber, señora, que aquél es el que ha robado mi libertad, y aun el que ha de dar fin a mis días.

Maravillada quedó Rosaura de lo que Leonarda decía, y más lo fué cuando habiendo también vuelto en sí Teolinda, ella y Galatea la llamaron, y juntándose todas con Florisa y Leonarda, Teolinda dijo cómo aquel pastor era el su deseado Artidoro. Pero aun no le hubo bien nombrado cuando su hermana le respondió que se engañaba, que no era sino Galercio, su hermano.

—¡Ay, traidora Leonarda!—respondió Teolinda—. ¿Y no te basta haberme una vez apartado de mi bien, sino agora que le hallo quieres decir que es tuyo? Pues desengáñate, que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga.

—Sin duda que te engañas, hermana—respondió Leonarda—, y no me maravillo, que en ese mismo error cayeron todos los de nuestra aldea, creyendo que este pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron a entender que no era sino su hermano Galercio, que tanto se parece el uno al otro como nosotras la una a la otra, y aún si puede haber mayor semejanza mayor semejanza tienen.

—No lo quiero creer—respondió Teolinda—, porque, aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan fácilmente se hallan estos milagros en Naturaleza; y así te hago saber que, en tanto que la experiencia no me haga más cierta de la verdad que tus palabras me hacen, yo no pienso dejar de creer que aquel pastor que allí veo es Artidoro, y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda es no pensar que de la condición y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida se puede esperar o temer que tan presto haya hecho mudanza y me olvide.

—Sosegaos, pastoras—dijo entonces Rosaura—, que yo os sacaré presto de la duda en que estáis.

Y, dejándolas a ellas, se fué adonde el pastor estaba dando a aquellos pastores cuenta de la extraña condición de Gelasia y de las infinitas sinrazones que con él usaba. A su lado tenía el pastor la hermosa pastorcilla que decía que era su hermano, a la cual llamó Rosaura, y, apartándose con ella a un cabo, la importunó y rogó le dijese cómo se llamaba su hermano, y si tenía otro alguno que le pareciese, a lo cual la pastora respondió que se llamaba Galercio y que tenía otro llamado Artidoro, que le parecía tanto, que apenas se diferenciaban si no era por alguna señal de los vestidos o por el órgano de la voz, que en algo difería. Preguntóle también qué se había hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de allí apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca había querido entrar en el aldea ni tener conversación con hombre alguno des-

pués que de las riberas de Henares había venido; y con éstas le dijo otras particularidades, tales que Rosaura quedó satisfecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda había dicho y aquella pastora decía, de la cual supo el nombre, que se llamaba Maurisa, y, trayéndola consigo adonde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez, en presencia de Teolinda y Leonarda, contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabía, con lo que quedó Teolinda sosegada y Leonarda descontenta, viendo cuán descuidadas estaban las mientes de Galercio de pensar en cosas suyas. En las pláticas que las pastoras tenían, acertó que Leonarda llamó por su nombre a la encubierta Rosaura, y, oyéndolo Maurisa, dijo:

—Si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aquí mi venida y la de mi hermano.

—¿En qué manera?—dijo Rosaura.

—Yo os lo diré, si me dais licencia de que a solas os lo diga—respondió la pastora.

—De buena gana—replicó Rosaura.

Y, apartándose con ella, la pastora le dijo:

—Sin duda alguna, hermosa señora, que a vos y a la pastora Galatea mi hermano y yo con un recado de nuestro amo Grisaldo venimos.

—Así debe ser—respondió Rosaura.

Y, llamando a Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decía, que fué a avisarles cómo de allí a dos días vendría con dos amigos suyos a llevarla en casa de su tía, adonde en secreto celebrarían sus bodas, y juntamente con esto dió de parte

de Grisaldo a Galatea unas ricas joyas de oro como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar a Rosaura había mostrado. Rosaura y Galatea agradecieron a Maurisa el buen aviso, y, en pago dél, la discreta Galatea quería partir con ella el presente que Grisaldo le había enviado; pero nunca Maurisa quiso rescebirlo. Allí de nuevo se tornó a informar Galatea de la semejanza extraña que entre Galercio y Artidoro había. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar a Maurisa le entretenían Teolinda y Leonarda en mirar a Galercio, porque, cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podían apartarlos de mirar, y como los de la enamorada Leonarda sabían lo que miraban, también le era imposible a otra parte volverlos. A esta sazón ya los pastores habían consolado a Galercio, aunque, para el mal que él padecía, cualesquier consejos y consuelos tenía por vanos y excusados, todo lo cual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea, viendo que los pastores hacia ella se venían, despidieron a Maurisa diciéndole que dijese a Grisaldo cómo Rosaura estaría en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y, llamando a su hermano en secreto, le contó lo que con Rosaura a Galatea pasado había, y así con buen comedimiento se despidió de ellas y de los pastores, y con su hermana dió la vuelta a su aldea. Pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos y la vida de su vida, entrambas a dos se llegaron a Galatea y a Rosaura y les rogaron les diesen

licencia para seguir a Galercio, dando por excusa Teolinda que Galercio le diría adónde Artidoro estaba, y Leonarda que podría ser que la voluntad de Galercio se trocase, viendo la obligación en que la estaba. Las pastoras se la concedieron con la condición que antes Galatea a Teolinda había pedido, que era que de todo su bien o su mal la avisase. Tornóselo a prometer Teolinda de nuevo y de nuevo despidiéndose siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban. Lo mismo hicieron luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damón, Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio, que a la ermita de Silerio con las hermosas hermanas Nísida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despediéndose del venerable Aurelio y de Galatea, Rosaura y Florisa, y asimismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dejar de volver con Galatea, ofreciéndose Aurelio que en llegando a su aldea iría luego con Elicio y Erastro a buscarlos a la ermita de Silerio y llevaría algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huéspedes Silerio tendría. Con este prosupuesto, unos por una y otros por otra parte se apartaron, y echando al despedirse menos al anciano Arsindo, miraron por él y vieron que, sin despedirse de ninguno, iba ya lejos por el mismo camino que Galercio y Maurisa y las rebozadas pastoras llevaban, de que se maravillaron. Y viendo que ya el Sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas de Occidente no quisieron detenerse allí más, por llegar al aldea antes que las sombras de la noche. Viéndose, pues, Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos

por mostrar en algo lo que encubrir no podían. y por aligerar el cansancio del camino y aun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó que, en tanto que a la aldea llegaban, algo cantasen al son de la zampoña de Florisa, desta manera comenzó a cantar Elicio y a responderle Erastro:

ELICIO

El que quisiere ver la hermosura
mayor que tuvo, o tiene, o terna el suelo;
el fuego y el crisol donde se apura
la blanca castidad, el limpio celo,
todo lo que el valor sea y cordura,
y cifrado en la Tierra un nuevo Cielo,
juntas en uno alteza y cortesía,
venga a mirar a la pastora mía.

ERASTRO

Venga a mirar a la pastora mía
quien quisiere contar de gente en gente
que vió otro Sol que daba luz al día,
más claro qu'el que sale del Oriente.
Podrá decir cómo su fuego enfría
y abrasa al alma que tocar se siente
del vivo rayo de sus ojos bellos,
y que no hay más que ver después de vellos

ELICIO

Y que no hay más que ver después de vellos
sábenlo bien éstos cansados ojos,
ojos que, por mi mal, fueron tan bellos,
ocasión principal de mis enojos.
Vilos, y vi que se abrasaba en ellos
mi alma, y que entregaba los despojos
de todas sus potencias a su llama,
que me abrasa y me hiela, arroja y llama.

ERASTRO

Que me abrasa y me hiela, arroja y llama
 esta dulce enemiga de mi gloria,
 de cuyo ilustre ser puede la fama
 hacer extraña y verdadera historia.
 Sólo sus ojos, do el amor derrama
 toda su gracia y fuerza más notoria,
 darán materia que levante al Cielo
 la pluma del más bajo humilde vuelo.

ELICIO

La pluma del más bajo humilde vuelo,
 si quiere levantarse hasta la esfera,
 cante la cortesía y justo celo
 desta fénix sin par, sola y primera,
 gloria de nuestra edad, honra del suelo,
 valor del claro Tajo y su ribera,
 cordura sin igual, rara belleza
 donde más se extremó Naturaleza.

ERASTRO

Donde más se extremó Naturaleza,
 donde ha igualado al pensamiento el arte,
 donde juntó el valor y gentileza
 que en diversos sujetos se reparte,
 y adonde la humildad con la grandeza
 ocupan solas una misma parte,
 y adonde tiene Amor su albergue y nido,
 la bella ingrata mi enemiga ha sido.

ELICIO

La bella ingrata mi enemiga ha sido
 quien quiso, pudo y supo en un momento
 tenerme de un sutil cabello asido
 el libre, vagaroso pensamiento.
 Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
 tal gusto y gloria en las prisiones siento,
 que extendiendo el pie y el cuello a las cadenas,
 llamando dulces tan amargas penas.

ERASTRO

Llamando dulces tan amargas penas
 paso la corta, fatigada vida,
 del alma triste sustentada apenas,
 y aun apenas del cuerpo sostenida.
 Ofrecióle fortuna a manos llenas
 a mi breve esperanza fe cumplida.
 ¿Qué gusto, pues, que gloria o bien se ofrece,
 do mengua la esperanza y la fe crece?

ELICIO

Do mengua la esperanza y la fe crece,
 se descubre y parece el alto intento
 del firme pensamiento enamorado,
 que sólo confiado en amor puro,
 vive cierto y seguro de una paga
 que al alma satisfaga limpiamente

ERASTRO

El mísero doliente a quien sujeta
 la enfermedad y aprieta, se contenta,
 cuando más le atormenta el dolor fiero,
 con cualquiera ligero breve alivio;
 mas, cuando ya más tibio el daño toca,
 a la salud invoca y busca entera.
 Así desta manera el tierno pecho
 del amador, deshecho en llanto triste,
 dice que el bien consiste de su pena
 en que la luz serena de los ojos,
 a quien dió los despojos de su vida,
 le mire con fingida o cierta muestra;
 mas luego Amor le adiestra y le desmanda,
 y más cosas demanda que primero.

ELICIO

Ya traspone el otero el Sol hermoso,
 Erastro, y a reposo nos convida
 la noche denegrida que se acerca.

ERASTRO

Y el aldea está cerca, y yo cansado.

ELICIO

Pongamos, pues, silencio al canto usado.

Bien tomaran por partido los que escuchando a Elicio y a Erastro iban que más el camino se alargara, por gustar más del agradable canto de los enamorados pastores. Pero el cerrar de la noche y el llegar a la aldea hizo que dél cesasen y que Aurelio, Galatea, Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mismo en las suyas, con intención de irse luego adonde Tirsi y Damón y los demás pastores estaban, que así quedó concertado entre ellos y el padre de Galatea. Sólo esperaban a que la blanca Luna desterrase la escuridad de la noche, y así como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron a buscar a Aurelio y todos juntos la vuelta de la ermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.

FIN DEL CUARTO LIBRO

QUINTO LIBRO DE GALATEA

Era tanto el deseo que el enamorado Timbrio y las dos hermosas hermanas Nísida y Blanca llevaban de llegar a la ermita de Silerio, que la ligereza de los pasos, aunque era mucha, no era posible que a la de la voluntad llegase; y, por conocer esto, no quisieron Tirsi y Damón importunar a Timbrio cumplierse la palabra que había dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido después que se apartó de Silerio. Pero todavía, llevados del deseo que tenían de saberlo se lo iban ya a preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oídos de todos una voz de un pastor que, un poco apartado del camino, entre unos verdes árboles, cantando estaba, que luego, en el son no muy concertado de la voz, y en lo que cantaba, fué de los más que allí venían conocido, principalmente de su amigo Damón, porque era el pastor Lauso el que, al son de un pequeño rabel, unos versos decía; y por ser el pastor tan conocido, y saber ya todos la mudanza que de su libre voluntad había hecho, de común parecer, recogieron el paso y se pararon a escuchar lo que Lauso cantaba, que era esto:

LAUSO

¿Quién mi libre pensamiento
 me le vino a sujetar?
 ¿Quién pudo en flaco cimientó
 sin ventura fabricar
 tan altas torres de viento?
 ¿Quién rindió mi libertad,
 estando en seguridad
 de mi vida satisfecho?
 ¿Quién abrió y rompió mi pecho,
 y robó mi voluntad?

¿Dónde está la fantasía
 de mi esquiva condición?
 ¿Do el alma que ya fué mía,
 y dónde mi corazón,
 que no está donde solía?
 Mas yo todo ¿dónde estoy,
 dónde vengo, o adónde voy?
 A dicha, ¿sé yo de mí?
 ¿Soy, por ventura, el que fuí,
 o nunca he sido el que soy?

Estrecha cuenta me pido,
 sin poder averigualla,
 pues a tal punto he venido,
 que, aquello que en mí se halla,
 es sombra de lo que he sido.
 No me entiendo de entenderme,
 ni me valgo por valerme,
 y, en tan ciega confusión,
 cierta está mi perdición,
 y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado,
 y el amor que lo consiente
 me tienen en tal estado,
 que adoro el tiempo presente,
 y lloro por el pasado.
 Véome en éste morir,
 y en el pasado, vivir;
 y en éste adoro mi muerte,

y en el pasado, la suerte,
que ya no puede venir.

En tan extraña agonía,
el sentido tengo ciego,
pues, viendo que Amor porfía
y que estoy dentro del fuego,
aborrezco el agua fría,
que, si no es la de mis ojos,
qu'el fuego aumenta y despojos,
en esta amorosa fragua,
no quiero ni busco otro agua
ni otro alivio a mis enojos.

Todo mi bien comenzara,
todo mi mal feneciera,
si mi ventura ordenara
que de ser mi fe sincera
Silena se asegurara.
Sospiros, aseguradla;
ojos míos, enteradla,
llorando en esta verdad;
pluma, lengua, voluntad,
en tal razón confirmadla

No pudo ni quiso el presuroso Timbrio aguardar a que más adelante el pastor Lauso con su canto pasase, porque, rogando a los pastores que el camino de la ermita le enseñasen, si ellos quedarse querían, hizo muestras de adelantarse, y así todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dejar de sentirlo y de salirles al encuentro, como lo hizo, con cuya compañía todos se holgaron, especialmente Damón, su verdadero amigo, con el cual se acompañó todo el camino que desde allí a la ermita había, razonando en diversos y varios acaecimientos que a los dos habían sucedido después que dejaron de verse, que

fué desde en tiempo que el valeroso y nombrado pastor Astraliano había dejado los cisalpinos pastos por ir a reducir aquellos que del famoso hermano y de la verdadera religión se habían revelado, y al cabo vinieron a reducir su razonamiento a tratar de los amores de Lauso, preguntándole ahincadamente Damón que le dijese quién era la pastora que con tanta facilidad la libre voluntad le había rendido. Y cuando esto no pudo saber de Lauso, le rogó que, a lo menos, le dijese en qué estado se hallaba, si era de temor o de esperanza, si le fatigaba ingratitud o si le atormentaban celos. A todo lo cual le satisfizo bien Lauso, contándole algunas cosas que con su pastora le habían sucedido, y, entre otras, le dijo cómo hallándose un día celoso y desfavorecido había llegado a términos de desesperarse o de dar alguna muestra que en daño de su persona y en el del crédito y honra de su pastora redundase; pero que todo se remedió con haberla él hablado, y haberle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenía, confirmando todo esto con darle un anillo de su mano, que fué parte para volver a mejor discurso su entendimiento y para solemnizar aquel favor con un soneto, que de algunos que le vieron fué por bueno estimado. Pidió entonces Damón a Lauso que lo dijese, y así, sin poder excusarse, le hubo de decir, que era éste:

LAUSO

¡Rica y dichosa prenda que adornaste
 el precioso marfil, la nieve pural
 ¡Prenda que de la muerte y sombra oscura
 a nueva luz y vida me tornaste!

El claro cielo de tu bien trocaste
 con el infierno de mi desvenrura,
 porque viviese en dulce paz segura
 la esperanza que en mí resucitaste.

Sabes cuánto me cuestas, dulce prenda,
 el alma, y aun no quedo satisfecho,
 pues menos doy de aquello que rescibo.

Mas porque el mundo tu valor entienda,
 sé tú mi alma, enciérrate en mi pecho:
 verán cómo por ti sin alma vivo.

Dijo Lauso el soneto, y Damón le tornó a rogar
 que, si otra alguna cosa a su pastora había esciito,
 se la dijese, pues sabía de cuánto gusto le eran a él
 oír sus versos. A esto respondió Lauso:

—Eso será, Damón, por haberme sido tú maes-
 tro en ellos, y el deseo que tienes de ver lo que en
 mí aprovechaste te hace desear oírlos; pero, sea lo
 que fuere, que ninguna cosa de las que yo pudiere
 te ha de ser negada, y así te digo que, en estos mes-
 mos días, cuando andaba celoso y mal seguro, envié
 estos versos a mi pastora:

LAUSO A SILENA

En tan notoria simpleza,
 nascida de intento sano,
 el amor rige la mano,
 y la intención tu belleza.
 El amor y tu hermosura,
 Silena, en esta ocasión,
 juzgarán a discreción
 lo que tendrás tú a locura.

El me fuerza y ella mueve
 a que te adore y escriba;

y como en los dos estriba
mi fe, la mano se atreve.
Y aunque en esta grave culpa
me amenaza tu rigor,
mi fe, tu hermosura, amor,
darán del yerro disculpa.

Pues con un arrimo tal,
puesto que culpa me den,
bien podré decir el bien
que ha nascido de mi mal,
el cual bien, según yo siento,
no es otra cosa, Silena,
sino que tenga en la pena
un extraño sufrimiento.

Y no lo encarezco poco
este bien de ser sufrido,
que, si no lo hubiera sido,
ya el mal me tuviera loco.
Mas, mis sentidos, de acuerdo
todos, han dado en decir
que, ya que haya de morir,
que muera sufrido y cuerdo.

Pero, bien considerado,
mal podrá tener paciencia,
en la amorosa dolencia
un celoso y desamado;
que, en el mal de mis enojos,
todo mi bien desconcierta
tener la esperanza muerta
y el enemigo a los ojos.

Goces, pastora, mil años
el bien de tu pensamiento,
que yo no quiero contento
granjeado con tus daños.
Sigue tu gusto, señora,
pues te parece tan bueno,
que yo por el bien ajeno
no pienso llorar agora

Porque fuera liviandad
 entregar mi alma al alma
 que tiene por gloria y palma
 el no tener libertad.
 Mas, ¡ay!, que fortuna quiere
 y el amor que viene en ello,
 que no pueda huir el cuello
 del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voy
 tras quien ha de condenarme,
 y, cuando pienso apartarme,
 más quedo y más firme estoy.
 ¿Qué lazos, qué redes tienen,
 Silena, tus ojos bellos,
 que cuanto más huyo dellos,
 más me enlazan y detienen?

¡Ay, ojos, de quien recelo
 que, si soy de vos mirado,
 es por crecerme el cuidado
 y por menguarme el consuelo!
 Ser nuestras vistas fingidas
 conmigo es pura verdad,
 pues pagan mi voluntad
 con prendas aborrecidas.

¡Qué recelos, qué temores
 persiguen mi pensamiento,
 y qué de contrarios siento
 en mis secretos amores!
 Déjame, aguda memoria;
 olvídate, no te acuerdes
 del bien ajeno, pues pierdes
 en ello tu propia gloria.

Con tantas firmas afirmas
 el amor que está en tu pecho,
 Silena, que, a mi despecho,
 siempre mis males confirmas.
 ¡Oh, pérfido amor cruel
 ¿Cuál ley tuya me condena
 que dé yo el alma a Silena
 y que me niegue un papel?

No más, Silena, que toco
en puntos de tal porfía,
qu'el menor dello s podría
dejarme sin vida o loco.
No pase de aquí mi pluma,
pues tú la haces sentir
que no puede reducir
tanto mal a breve suma.

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos y en alabar la singular hermosura, discreción, donaire, honestidad y valor de su pastora, a él y a Damón se les aligeró la pesadumbre del camino y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la ermita de Silerio, en la cual no querían entrar Timbrio, Nísida y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de otra manera, porque, habiéndose adelantado Tirsi y Damón a ver lo que Silerio hacía, hallaron la ermita abierta, y sin ninguna persona dentro; y estando confusos, sin saber dónde podría estar Silerio a tales horas, llegó a sus oídos el son de su arpa, por do entendieron que él no debía estar lejos, y, saliendo a buscarle, guiados por el sonido de la arpa, con el resplandor claro de la Luna vieron que estaba sentado en el tronco de un olivo, solo y sin otra compañía que la de su arpa, la cual tan dulcemente tocaba, que, por gozar de tan suave armonía, no quisieron los pastores llegar luego a hablarle, y más cuando oyeron que con extremada voz estos versos comenzó a cantar:

SILERIO

Ligeras horas del ligero tiempo,
para mí perezosas y cansadas:
si no estáis en mi daño conjuradas,
parézcas ya que es de acabarme tiempo.

Si agora me acabáis, haréislo a tiempo
que están mis desventuras más colmadas;
mirad que menguarán si sois pesadas,
qu'el mal se acaba si da tiempo al tiempo.

No os pido que vengáis dulces, sabrosas,
pues no hallaréis camino, senda o paso
de reducirme al ser que ya he perdido.

¡Horas a cualquier otro venturosas!
¡Aquella dulce del mortal traspaso,
aquella de mi muerte sola os pido!

Después que los pastores escucharon lo que Silerio cantado había, sin que él los viese, se volvieron a encontrar los demás que allí venían, con intención que Timbrio hiciese lo que agora oiréis, que fué que, habiéndole dicho de la manera que habían hallado a Silerio, y en el lugar do quedaba, le rogó Tirsi que, sin que ninguno dellos se le diese a conocer, se fuesen llegando poco a poco hacia él, ora les viese o no, porque, aunque la noche hacía clara, no por eso sería alguno conocido, y que hiciese asimesmo que Nísida o él cantasen, y todo esto hacía por entretener el gusto que de su venida había de rescibir Silerio. Contentóse Timbrio dello, y diciéndoselo a Nísida, vino en su mesmo parecer. Y así, cuando a Tirsi le pareció que estaban ya tan cerca que de Silerio podían ser oídos, hizo a la bella Nísida que comenza-

se, la cual, al son del rabel del celoso Orfenio, desta manera comenzó a cantar:

NISIDA

Aunque es el bien que poseo
tal que al alma satisface,
le turba en parte y deshace
otro bien que vi y no veo:
que amor y fortuna escasa,
enemigos de mi vida,
me dan el bien por medida,
y el mal sin término o tasa.

En el amoroso estado,
aunque sobre el merescer,
tan sólo viene el placer
cuanto el mal acompañado.
Andan los males unidos,
sin un momento apartarse;
los bienes, por acabarse,
en mil partes divididos.

Lo que cuesta—si se alcanza—
del amor algún contento,
declárelo el sufrimiento,
el amor y la esperanza.
Mil penas cuesta una gloria;
un contento, mil enojos:
sábenlo bien estos ojos
y mi cansada memoria,

La cual se acuerda contino
de quien pudo mejoralla,
y para hallarle no halla
alguna senda o camino.
¡Ay, dulce amigo de aquel
que te tuvo por tan suyo
cuanto él se tuvo por tuyo
y cuanto yo lo soy déll

Mejora con tu presencia
 nuestra no pensada dicha,
 y no la vuelva en desdicha
 tu tan larga esquiva ausencia.
 A duro mal me provoca
 la memoria, que me acuerda
 que fuiste loco y yo cuerda,
 y eres cuerdo y yo estoy loca.

Aquel que, por buena suerte,
 tú mismo quisiste darme,
 no ganó tanto en ganarme,
 cuanto ha perdido en perderte.
 Mitad de su alma fuiste,
 y medio por quien la mía
 pudo alcanzar la alegría
 que tu ausencia tiene triste

Si la extremada gracia con que la hermosa Nísida cantaba causó admiración a los que con ella iban, ¿qué causaría en el pecho de Silerio, que, sin faltar punto, notó y escuchó todas las circunstancias de su canto? Y como tenía tan en el alma la voz de Nísida, apenas llegó a sus oídos el acento suyo, cuando él se comenzó a alborotar, y a suspender y enajenar de sí mismo, elevado en lo que escuchaba; y aunque verdaderamente le pareció que era la voz de Nísida aquélla, tenía tan perdida la esperanza de verla— más en semejante lugar—, que en ninguna manera podía asegurar su sospecha. Desta suerte llegaron todos donde él estaba y, en saludándole, Tirsi le dijo:

—Tan aficionados nos dejaste, amigo Silerio, de la condición y conversación tuya, que, atraídos Damián y yo de la experiencia, y toda esta compañía de la fama della, dejando el camino que llevábamos, te

hemos venido a buscar a tu ermita, donde no hallándote, como no te hallamos, quedara sin cumplirse nuestro deseo, si el son de tu arpa y el de tu estimado canto aquí no nos hubiera encaminado.

—Harto mejor fuera, señores—respondió Silerio—, que no me hallárades, pues en mí no hallaréis sino ocasiones que a tristeza os muevan, pues la que yo padezco en el alma tiene cuidado el tiempo cada día renovarla, no sólo con la memoria del bien pasado, sino con las sombras del presente, que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa que bienes fingidos y temores ciertos.

—Lástima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocían, principalmente en Timbrio, Nísida y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisieran dársele a conocer, si no fuera por no salir de lo que Tirsi les había rogado; el cual hizo que todos sobre la verde yerba se sentasen, y de manera que los rayos de la clara Luna hiriesen de espaldas los rostros de Nísida y Blanca, porque Silerio no los conociese. Estando, pues, desta suerte, y después que Damón a Silerio había dicho algunas palabras de consuelo—porque el tiempo no se pasase todo en tratar en cosas de tristeza, y por dar principio a que la de Silerio feneciese—, le rogó que su arpa tocase, al son de la cual el mismo Damón cantó este soneto:

DAMON.

Si el áspero furor del mar airado
por largo tiempo en su rigor durase,
mal se podría hallar quien entregase
su flaca nave al piélago alterado.

No permanece siempre en un estado
el bien ni el mal, que el uno y otro vase;
porque si huyese el bien, y el mal quedase,
ya sería el mundo a confusión tornado.

La noche al día, y el calor al frío,
la flor al fruto van en seguimiento,
formando de contrarios igual tela.

La sujeción se cambia en señorío,
en placer el pesar, la gloria en viento,
chè per tal variar natura è bella.

Acabó Damón de cantar, y luego hizo de señas a Timbrio que lo mismo hiciese, el cual, al propio son de la arpa de Silerio, dió principio a un soneto que en el tiempo del hervor de sus amores había hecho, el cual de Silerio era tan sabido como del mismo Timbrio:

TIMBRIO

Tan bien fundada tengo la esperanza,
que, aunque más sople riguroso viento,
no podrá desdecir de su cimiento:
tal fe, tal suerte y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado soneto, porque el oír Silerio su voz y el conocerle todo fué uno, y, sin ser parte a otra cosa, se levantó de do sentado estaba y se fué a abrazar del cuello de Timbrio, con muestras de tan extraño contento y sobresalto, que, sin hablar palabra, se transpuso y estuvo un rato sin acuerdo, con tanto dolor de los presentes, temerosos de algún mal suceso, que ya condenaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien más extremos de dolor hacía era la hermosa Blanca, como

aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nísida y su hermana a remediar el desmayo de Silerio, el cual, a cabo de poco espacio, volvió en sí, diciendo:

—¡Oh, poderoso Cielos! ¿Y es posible que el que tengo presente es mi verdadero amigo Timbrio? ¿Es Timbrio el que oigo? ¿Es Timbrio el que veo? Sí es, si no me burla mi ventura y mis ojos no me engañan.

—Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mío—respondió Timbrio—, que yo soy el que sin ti no era, y el que no lo fuera jamás si el Cielo no permitiera que te hallara. Cesen ya tus lágrimas, Silerio amigo, si por mí las has derramado, pues ya me tienes presente; que yo atajaré las mías, pues te tengo delante, llamándome el más dichoso de cuantos viven en el mundo, pues mis desventuras y adversidades han traído tal descuento, que goza mi alma de la posesión de Nísida, y mis ojos de tu presencia.

Por estas palabras de Timbrio entendió Silerio que la que cantado había y la que allí estaba era Nísida; pero certificóse más en ello cuando ella misma le dijo:

—¿Qué es esto, Silerio mío? ¿Qué soledad y qué hábito es éste, que tantas muestras dan de tu descontento? ¿Qué falsas sospechas o qué engaños te han conducido a tal extremo, para que Timbrio y yo le tuviésemos de dolor toda la vida, ausentes de ti, que nos la diste?

—Engaños fueron, hermosa Nísida—respondió Silerio—; mas, por haber traído tales desengaños, serán

celebrados de mi memoria el tiempo que ella me durare.

Lo más deste tiempo tenía Blanca asida una mano de Silerio, mirándole atentamente al rostro, derramando algunas lágrimas, que de la alegría y lástima de su corazón daban manifiesto indicio. Largo sería de contar las palabras de amor y contento que entre Silerio, Timbrio, Nísida y Blanca pasaron, que fueron tan tiernas y tales, que todos los pastores que las escuchaban tenían los ojos bañados en lágrimas de alegría. Contó luego Silerio brevemente la ocasión que le había movido a retirarse en aquella ermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la dellos no había podido saber nueva alguna, y todo lo que dijo fué ocasión de avivar más en el pecho de Timbrio el amor y amistad que a Silerio tenía, y en el de Blanca la lástima de su miseria. Y así como acabó de contar Silerio lo que después que partió de Nápoles le había sucedido, rogó a Timbrio que lo mismo hiciese, porque en extremo lo deseaba, y que no se recelase de los pastores que estaban presentes, que todos ellos, o los más, sabían ya su mucha amistad y parte de sus sucesos. Holgóse Timbrio de hacer lo que Silerio pedía, y más se holgaron los pastores, que asimismo lo deseaban, que ya porque Tirsi se lo había contado, todos sabían los amores de Timbrio y Nísida, y todo aquello que el mismo Tirsi de Silerio había oído. Sentados, pues, todos, como ya he dicho, en la verde yerba, con maravillosa atención estaban esperando lo que Timbrio diría, el cual dijo:

—Después que la fortuna me fué tan favorable y

tan adversa, que me dejó vencer a mi enemigo, y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nísida, con el dolor que pensar se puede, en aquel mesmo instante me partí para Nápoles, y confirmandose allí el desdichado suceso de Nísida, por no ver las casas de su padre, donde yo la había visto y porque las calles, ventanas y otras partes donde yo la solía ver no me renovasen continuamente la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino tomase, y sin tener algun discurso mi albedrío, salí de la ciudad, y a cabo de dos días llegué a la fuerte Gaeta, donde hallé una nave que ya quería desplegar las velas al viento para partirse a España. Embarquéme en ella, no más de por huir la odiosa tierra donde dejaba mi cielo; mas apenas los diligentes marineros zarparon los ferros y descogieron las velas, y al mar algún tanto se alargaron, cuando se levantó una no pensada y súbita borrasca, y una ráfaga de viento invistió las velas del navío con tanta furia, que rompió el árbol del trinquete, y la vela mesana abrió de arriba abajo. Acudieron luego los prestos marineros al remedio, y, con dificultad grandísima, amainaron todas las velas, porque la borrasca crecía, y la mar comenzaba a alterarse, y el Cielo daba señales de durable y espantosa fortuna. No fué volver al puerto posible, porque era maestral el viento que soplaba, y con tan grande violencia, que fué forzoso poner la vela de trinquete al árbol mayor y amollar—como dicen—en popa, dejándose llevar donde el viento quisiese. Y así comenzó la nave, llevada de su furia, a correr por el levantado mar con tanta li-

gereza, que, en dos días que duró el maestral, discurremos por todas las islas de aquel derecho, sin poder en ninguna tomar abrigo, pasando siempre a vista dellas, sin que Estrómbalo (1) nos abrigase, ni Lipar (2) nos acogiese, ni el Címbalo (3), Lampadosa (4) ni Pantanalea (5) sirviesen para nuestro remedio; y pasamos tan cerca de Berbería, que los recién derribados muros de La Goleta se descubrían, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban. No fué pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que, si el viento algo más reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra; mas cuando desto estaban más temerosos, la suerte, que mejor nos la tenía guardada, o el Cielo, que escuchó los votos y promesas que allí se hicieron, ordenó que el maestral se cambiase en un mediodía tan reforzado, y que tocaba en la cuarta del jaloque, que en otros dos días nos volvió al mismo puerto de Gaeta, donde habíamos partido, con tanto consuelo de todos, que algunos se partieron a cumplir las romerías y promesas que en el peligro pasado habían hecho. Estuvo allí la nave otros cuatro días reparándose de algunas cosas que le faltaban, al cabo de los cuales tornó a seguir su viaje, con más sosegado mar y próspero viento, llevando a la vista la hermosa ribera de Génova, llena de adornados jardines, blancas casas y relumbrantes chapiteles, que, heridos de los rayos del Sol, reverbe-

(1) Srómboli, isla del mar Tirreno.

(2) Isla del archipiélago Lipari.

(3) Isla de Zímbano, cerca de La Goleta.

(4) Isla de Lampedusa, entre Malta y Túnez.

(5) Isla Pentellería, entre Sicilia y Túnez.

ran con tan encendidos rayos, que apenas dejan mirarse. Todas estas cosas que desde la nave se miraban pudieran causar contento, como le causaban a todos los que en la nave iban, sino a mí, que me era ocasión de más pesadumbre. Sólo el descanso que tenía era entretenerme lamentando mis penas, cantándolas o, por mejor decir, llorándolas al son de un laúd de uno de aquellos marineros. Y una noche me acuerdo—y aun es bien que me acuerde, pues en ella comenzó a amanecer mi día—que, estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas a los árboles, y los marineros, sin cuidado alguno, por diferentes partes del navío tendidos, y el timonero casi dormido por la bonanza que había y por la que el Cielo le aseguraba, en medio deste silencio, y en medio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dejaban entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomé el laúd y comencé a cantar unos versos que habré de repetir agora, porque se advierta de qué extremo de tristeza y cuán sin pensarlo me pasó la suerte al mayor de alegría que imaginar supiera. Era, si no me acuerdo mal, lo que cantaba, esto:

TIMBRIO

Agora que calla el viento
y el sesgo mar está en calma,
no se calle mi tormento:
salga con la voz el alma,
para mayor sentimiento.
Que, para contar mis males,
mostrando en parte que son,
por fuerza han de dar señales
el alma y el corazón
de vivas ansias mortales.

Llevóme el Amor en vuelo
por uno y otro dolor
hasta ponerme en el Cielo,
y agora muerte y Amor
me han derribado en el suelo.
Amor y muerte ordenaron
una muerte y amor tal,
cual en Nísida causaron,
y de mi bien y su mal
eterna fama ganaron.

Con nueva voz y terrible,
de hoy más, y en son espantoso,
hará la fama creíble
qu'el Amor es poderoso
y la muerte es invencible.
De su poder satisfecho
quedará el mundo, si advierte
qué hazaña los dos han hecho,
qué vida llenó la muerte,
qué tal tiene Amor mi pecho.

Mas creo, pues no he venido
a morir o estar más loco
con el daño que he sufrido,
o que muerte puede poco,
o que no tengo sentido.
Que, si sentido tuviera,
según mis penas crecidas
me persiguen dondequiera,
aunque tuviera mil vidas,
cien mil veces muerto fuera.

Mi victoria tan subida,
fué con muerte celebrada
de la más ilustre vida
que en la presente o pasada
edad fué ni es conocida.
Della llevé por despojos
dolor en el corazón,
mil lágrimas en los ojos,
en el alma confusión,
y en el firme pecho enojos.

¡Oh, fiera mano enemiga!
 ¡Cómo, si allí me acabaras,
 te tuviera por amiga,
 pues, con matarme, estorbaras
 las ansias de mi fatiga!
 ¡Oh! ¡Cuán amargo descuento
 trujo la victoria mía,
 pues pagaré, según siento,
 el gusto solo de un día
 con mil siglos de tormento!

¡Tú, mar, que escuchas mi llanto;
 tú, Cielo, que le ordenaste;
 Amor, por quien lloro tanto;
 muerte, que mi bien llevaste,
 acabad ya mi quebranto!
 ¡Tú, mar, mi cuerpo rescibe;
 tú, Cielo, acoge mi alma;
 tú, Amor, con la fama escribe
 qué muerte llevó la palma
 desta vida que no vive!

¡No os descuidéis de ayudarme,
 mar, Cielo, Amor y la muerte!
 ¡Acabad ya de acabarme,
 que será la mejor suerte
 que yo espero y podréis darmel
 Pues si no me anega el mar,
 y no me recoge el Cielo,
 y el Amor ha de durar,
 y de no morir recelo,
 no sé en qué habré de parar.

Acuérdome que llegaba a estos últimos versos que he dicho cuando, sin poder pasar adelante, interrumpido de infinitos suspiros y sollozos que de mi lastimado pecho despedía, aquejado de la memoria de mis desventuras, del puro sentimiento dellas, vine a perder el sentido, con un parasismo tal, que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo; pero ya, des-

pués que el amargo accidente hubo pasado, abrí mis cansados ojos, y halléme puesta la cabeza en las faldas de una mujer vestida en hábito de peregrina, y a mi lado estaba otra con el mismo traje adornada, la cual, estando de mis manos asida, la una y la otra tiernamente lloraban. Cuando yo me vi de aquella manera, quedé admirado y confuso, y estaba dudando si era sueño aquello que veía, porque nunca tales mujeres había visto jamás en la nave después que en ella andaba; pero desta confusión me sacó presto la hermosa Nísida, que aquí está, que era la peregrina que allá estaba, diciéndome: «¡Ay, Timbrio, verdadero señor y amigo mío! ¿Qué falsas imaginaciones o qué desdichados accidentes han sido parte para poneros donde agora estáis, y para que yo y mi hermana tuviésemos tan poca cuenta con lo que a nuestras honras debíamos, y que, sin mirar en inconveniente alguno, hayamos querido dejar nuestros amados padres y nuestros usados trajes, con intención de buscaros y desengañaros de tan incierta muerte mía, que pudiera causar la verdadera vuestra?» Cuando yo tales razones oí, de todo punto acabé de creer que soñaba, y que era alguna visión aquella que delante los ojos tenía, y que la continua imaginación, que de Nísida no se apartaba, era la causa que allí a los ojos viva la representase. Mil preguntas les hice, y a todas ellas enteramente me satisficieron, primero que pudiese sosegar el entendimiento y enterarme que ellas eran Nísida y Blanca. Mas cuando yo fuí conociendo la verdad, el gozo que sentí fué de manera que también me puso en con-

dición de perder la vida, como el dolor pasado había hecho. Allí supe de Nísida cómo el engaño y descuido que tuviste, ¡oh, Silerio!, en hacer la señal de la toca fué la causa para que, creyendo algún mal suceso mío, le sucediese el parasismo y desmayo, tal que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensé, y tú, Silerio, lo creíste. Díjome también cómo, después de vuelta en sí, supo la verdad de la victoria mía, junto con mi súbita y arrebatada partida, y la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron en extremo de hacer verdaderas las de su muerte. Pero ya que al último término no la llegaron, hicieron con ella y con su hermana, por industria de una ama suya que con ellas venía, que, vistiéndose en hábitos de peregrinas, desconocidamente se saliesen de con sus padres una noche que llegaban junto a Gaeta, a la vuelta que a Nápoles se volvían; y fué a tiempo que la nave donde yo estaba embarcado, después de reparada de la pasada tormenta, estaba ya para partirse; y diciendo al capitán que querían pasar en España para ir a Santiago de Galicia se concertaron con él y se embarcaron, con presupuesto de venir a buscarme a Jerez, do pensaban hallarme o saber de mí nueva alguna, y en todo el tiempo que en la nave estuvieron, que sería cuatro días, no habían salido de un aposento que el capitán en la popa les había dado, hasta que, oyéndome cantar los versos que os he dicho, y conociéndome en la voz y en lo que en ellos decía, salieron al tiempo que os he contado, donde, solemnizando con alegres lágrimas el contento de habernos hallado, estábamos mirando los unos a los

otros, sin saber con qué palabras engrandecer nuestra nueva y no pensada alegría, la cual se acrecentara más y llegara al término y punto que ahora llega, si de ti, amigo Silerio, allí supiéramos nueva alguna; pero como no hay placer que venga tan entero que de todo en todo al corazón satisfaga, en el que entonces teníamos, no sólo nos faltó tu presencia, pero aun las nuevas della. La claridad de la noche, el fresco y agradable viento que en aquel instante comenzó a herir las velas próspera y blandamente, el mar tranquilo y desembarazado Cielo, parece que todos juntos, y cada uno por sí, ayudaban a solemnizar la alegría de nuestros corazones.

Mas la fortuna variable, de cuya condición no se puede prometer firmeza alguna, envidiosa de nuestra ventura, quiso turbarla con la mayor desventura que imaginarse pudiera, si el tiempo y los prósperos sucesos no la hubieran reducido a mejor término. Sucedió, pues, que a la sazón que el viento comenzaba a refrescar los solícitos marineros izaron más todas las velas, y con general alegría de todos, seguro y próspero viaje se aseguraban. Uno dellos, que a una parte de la proa iba sentado, descubrió, con la claridad de los bajos rayos de la Luna, que cuatro bajeles de remo, a larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa, hacia la nave se encaminaban, y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó a gritar: «¡Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren!» Esta voz y súbito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que, sin saber darse maña en el cercano peligro, unos

a otros se miraban; mas el capitán della, que en semejantes ocasiones algunas veces se había visto, viniéndose a la proa, procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran, y descubrió dos más que el marinero, y conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de rescibir; pero, disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artillería y cargar las velas todo lo más que se pudiese la vuelta de los contrarios bajeles, por ver si podría entrarse entre ellos y jugar de todas bandas la artillería. Acudieron luego todos a las armas, y, repartidos por sus postas como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban.

¡Quién podrá significaros, señores, la pena que yo a esta sazón tenía, viendo con tanta celeridad turbado mi contento y tan cerca de poder perderle, y más cuando vi que Nísida y Blanca se miraban, sin hablarse palabra, confusas del estruendo y vocería que en la nave andaba y viéndome a mí rogarles que en su aposento se encerrasen y rogasen a Dios que de las enemigas manos nos librase! Paso y punto fué éste que desmaya la imaginación cuando dél se acuerda la memoria. Sus descubiertas lágrimas y la fuerza que yo me hacía por no mostrar las mías me tenían de tal manera, que casi me olvidaba de lo que debía hacer, o quién era, y a lo que el peligro obligaba. Mas, en fin, las hice retraer a su estancia casi desmayadas, y, cerrándolas por defuera, acudí a ver lo que el capitán ordenaba, el cual, con prudente solicitud, todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo y dando cargo a Darinto—que es aquel caballero

que hoy se partió de nosotros—de la guarda del castillo de proa y encomendándome a mí el de popa; él, con algunos marineros y pasajeros, por todo el cuerpo de la nave, a una y otra parte discurría. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó hartó menos en calmar el viento, que fué la total causa de la perdicción nuestra. No osaron los enemigos llegar a bordo, porque, viendo que el viento calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirnos. Hiciéronlo así, y, el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran quince bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitán ni alguno de los que con él estaban, esperó a ver lo que los contrarios harían, los cuales, luego como vino la mañana, echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron a decir a nuestro capitán que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles, y más que eran todos los mejores de Argel, amenazándole de parte de Arnautmamí, su general, que, si disparaba alguna pieza el navío, que le había de colgar de una entena en cogiéndole, y añadiendo a éstas otras amenazas. El renegado le persuadía que se rindiese; mas, no queriéndolo hacer el capitán, respondió al renegado que se alargase de la nave; si no, que le echaría a fondo con la artillería. Oyó Arnaut esta respuesta y luego, cebando el navío por toda partes, comenzó a jugar desde lejos el artillería con tanta priesa, furia y estruendo que era maravilla. Nuestra nave comenzó a hacer lo mesmo, tan

venturosamente, que a uno de los bajeles que por la popa la combatían echó a fondo, porque le acertó con una bala junto a la cinta, de modo que, sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo y no con poco nuestro.

Mas por no iros cansando contándoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, sólo diré que después de habernos combatido diez y seis horas y después de haber muerto nuestro capitán y toda la más gente del navío, a cabo de nueve altas que nos dieron, al último dellós entraron furiosamente en el navío. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que a mi alma llegó cuando vi que las amadas prendas mías, que ahora tengo delante, habían de ser entonces entregadas y venidas a poder de aquellos crueles carniceros. Y así, llevado de la ira que este temor y consideración me causaba, con pecho desarmado, me arrojé por medio de las bárbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos antes que ver a mis ojos lo que esperaba. Pero sucedióme al revés mi pensamiento, porque abrazándose conmigo tres membrudos turcos y yo forcejando con ellos, de tropel venimos a dar todos en la puerta de la cámara donde Nísida y Blanca estaban, y con el ímpetu del golpe se rompió y abrió la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que allí estaba encerrado, del cual codiciosos los enemigos, el uno dellós asió a Nísida y el otro a Blanca, y yo, que de los dos me

vi libre, al otro que me tenía hice dejar la vida a mis pies, y de los dos pensaba hacer lo mismo, si ellos, advertidos del peligro, no dejaran la presa de las damas, y con dos grandes heridas no me derribaran en el suelo, lo cual visto por Nísida, arrojándose sobre mi herido cuerpo, con lamentables voces pedía a los dos turcos que la acabasen.

En este instante, atraído de las voces y lamentos de Blanca y Nísida, acudió a aquella estancia Arnaut, el general de los bajeles, e informándose de los soldados de lo que pasaba hizo llevar a Nísida y a Blanca a su galera, y a ruegos de Nísida mandó también que a mí me llevasen, pues no estaba aún muerto. Desta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron a la enemiga galera capitana, donde fui luego curado con alguna diligencia; porque Nísida había dicho al capitán que yo era hombre principal y de gran rescate, con intención que, cebados de la codicia y del dinero que de mí podrían haber, con algo más recato mirasen por la salud mía. Sucedió, pues, que estando curándome las heridas, con el dolor dellas volví en mi acuerdo, y volviendo los ojos a una parte y a otra, conocí que estaba en poder de mis enemigos y en el bajel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fué ver en la popa de la galera a Nísida y Blanca, sentadas a los pies del perro general, derramando por sus ojos infinitas lágrimas, indicios del interno dolor que padecían. No el temor de la afrentosa muerte que esperaba cuando tú della, buen amigo Silerio, en Cataluña, me libraste; no la falsa nueva de la muerte de Nísida, de mí por verda-

dera creída; no el dolor de mis mortales heridas ni otra cualquiera aflicción que imaginar pudiera me causó ni causará más sentimiento que el que me vino de ver a Nísida y Blanca en poder de aquel bárbaro descreído, donde a tan cercano y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor deste sentimiento hizo tal operación en mi alma, que torné de nuevo a perder los sentidos y a quitar la esperanza de mi salud y vida al cirujano que me curaba, de tal modo que creyendo que era muerto, paró en medio de la cura, certificando a todos que ya yo desta vida había pasado. Oídas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven, que yo sólo sé decir que después supe que, levantándose las dos de do estaban, tirando de sus rubios cabellos y arañando sus hermosos rostros, sin que nadie pudiese detenerlas, vinieron adonde yo desmayado estaba, y allí comenzaron a hacer tan lastimero llanto, que a los mismos pechos de los crueles bárbaros enternecieron. Con las lágrimas de Nísida que en el rostro me caían, o por las ya frías y enconadas heridas que gran dolor me causaban, torné a volver de nuevo en mi acuerdo para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio agora las lastimeras y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí y Nísida pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que agora nos hallamos, ni quiero decir por extenso los trances que ella me contó que con el capitán había pasado, el cual, vencido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo por que viniese a condescender con la desordenada

voluntad suya; pero mostrándose ella con él tan esquivada como honrada, y tan honrada como esquivada, pudo todo aquel día y otra noche siguiente defenderse de las pesadas importunaciones del corsario. Mas como la continua presencia de Nísida iba creciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer, como yo temía, que, dejando los ruegos y usando la fuerza, Nísida perdiera su honra o la vida, que era lo más cierto que de su bondad se podía esperar.

Pero cansada ya la fortuna de habernos puesto en el más bajo estado de miseria, quiso darnos a entender ser verdad lo que de la inestabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en términos de rogar al Cielo que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, a trueco de no perder la vida sobre las hinchadas ondas del mar airado, el cual, a cabo de dos días que cautivos fuimos y a la sazón que llevábamos el derecho viaje de Berbería, movido de un furioso jaloque, comenzó a hacer montañas de agua y a azotar con tanta furia la corsaria armada, que, sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron y acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al árbol y a dejarse llevar por donde el viento y mar quisiesen; y de tal manera creció la tormenta que en menos de media hora esparció y apartó a diferentes partes los bajeles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su capitán; antes, en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bajel a quedar solo y a ser el que más el peligro amenazaba, porque comenzó a hacer

tanta agua por las costuras que por mucho que por todas las cámaras de popa, proa y medianía le agotaban, siempre en la sentina llegaba el agua a la rodilla; y añadióse a toda esta desgracia sobrevenir la noche, que en semejantes casos, más que en otros algunos, el medroso temor acrecienta y vino con tanta escuridad y nueva borrasca, que de todo en todo todos desesperamos de remedio. No queráis más saber, señores, sino que los mismos turcos rogaban a los cristianos que iban al remo cautivos que invocasen y llamasen a sus santos y a su Cristo para que de tal desventura los librase, y no fueron tan en vano las plegarias de los míseros cristianos que allí iban, que, movido el alto Cielo dellas, dejase sosegar el viento; antes le creció con tanto ímpetu y furia que al amanecer del día, que sólo pudo conocerse por las horas del reloj de arena, por quien se rigen, se halló el mal gobernado bajel en la costa de Cataluña, tan cerca de tierra y tan sin poder apartarse della, que fué forzoso alzar un poco más la vela para que con más furia embistiese en una ancha playa que delante se nos ofrecía: que el amor de la vida les hizo parecer dulce a los turcos la esclavitud que esperaban.

Apenas hubo la galera embestido en tierra cuando luego acudió a la playa mucha gente armada, cuyo traje y lengua dió a entender ser catalanes y ser de Cataluña aquella costa, y aun aquel mismo lugar donde, a riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mía escapaste. ¡Quién pudiera exagerar agora el gozo de los cristianos, que del insufrible y pesado yugo del

amargo cautiverio veían libres y desembarazados sus cuellos, y las plegarias y ruegos que los turcos, poco antes libres y señores, hacían a sus mismos esclavos, rogándoles fuesen parte para que de los indignados cristianos mal tratados no fuesen, los cuales ya en la playa los esperaban con deseo de vengarse de la ofensa que estos mismos turcos les habían hecho, saqueándoles su lugar, como tú, Silerio, sabes! Y no les salió vano el temor que tenían porque, entrando los del pueblo en la galera, que encallada en la arena estaba, hicieron tan cruel matanza en los corsarios, que muy pocos quedaron con la vida; y si no fuera que los cegó la codicia de robar la galera, todos los turcos en aquel primero ímpetu fueran muertos. Finalmente, los turcos que quedaron y cristianos cautivos que allí veníamos, todos fuimos saqueados, y si los vestidos que yo traía no estuvieran sangrentados creo que aun no me los dejaran. Darinto, que también allí venía, acudió luego a mirar por Nísida y Blanca y a procurar que me sacasen a tierra donde fuese curado.

Cuando yo salí y reconocí el lugar donde estaba y consideré el peligro en que en él me había visto, no dejó de darme alguna pesadumbre, causada de temor no fuese conocido y castigado por lo que no debía; y así, rogué a Darinto que, sin poner dilación alguna, procurase que a Barcelona nos fuésemos, diciéndole la causa que me movía a ello; pero no fué posible porque mis heridas me fatigaban de manera que me forzaron a que allí algunos días estuviese, como estuve, sin ser de más de un cirujano visitado.

En este entretanto fué Darinto a Barcelona, donde, proveyéndose de lo que menester habíamos, dió la vuelta, y hallándome mejor y con más fuerza, luego nos pusimos en camino para la ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nísida, que sí sabían de sus padres, a quien ya hemos escrito todo el suceso de nuestras vidas, pidiéndoles perdón de nuestros pasados yerros. Y todo el contento y dolor destes buenos y malos sucesos lo ha acrescentado o disminuído la ausencia tuya, Silerio. Mas pues el Cielo agora con tantas ventajas ha dado remedio a nuestras calamidades, no resta otra cosa sino que, dándole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la tristeza pasada con la ocasión de la alegría presente y procures darla a quien ha muchos días que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás cuando más a solas y contigo las comuniques. Otras algunas cosas me quedan por decir que me han sucedido en el discurso desta mi peregrinación; pero dejarlas he por agora, por no dar con la prolijidad dellas disgusto a estos pastores, que han sido el instrumento de todo mi placer y gusto. Este es, pues, Silerio amigo y amigos pastores, el suceso de mi vida: ved si, por la que he pasado y por la que agora paso, me puedo llamar el más lastimado y venturoso hombre de los que hoy viven.

Con estas últimas palabras dió fin a su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban se alegraron del feliz suceso que sus trabajos habían tenido, pasando el contento de Silerio a todo lo que decir se puede, el cual, tornando de nuevo a abrazar

a Timbrio, forzado del deseo de saber quién era la persona que por su causa sin contento vivía, pidiendo licencia a los pastores, se apartó con Timbrio a una parte donde supo dél que la hermosa Blanca, hermana de Nísida, era la que más que a sí le amaba desde el mismo día y punto que ella supo quién él era y el valor de su persona, y que jamás, por no ir contra aquello que a su honestidad estaba obligada, había querido descubrir este pensamiento sino a su hermana, por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Dijo también Timbrio cómo aquel caballero Darinto, que con él venía y de quien él había hecho mención en la plática pasada, conociendo quién era Blanca y llevado de su hermosura, se había enamorado della con tantas veras, que la pidió por esposa a su hermana Nísida, la cual le desengañó que Blanca no lo haría en manera alguna, y que, agraviado desto Darinto, creyendo que por el poco valor suyo le desechaban, y por sacarle desta sospecha, le hubo de decir Nísida cómo Blanca tenía ocupados los pensamientos en Silerio; mas que no por esto Darinto había desmayado ni dejado la empresa, porque como supo que de ti, Silerio, no se sabía nueva alguna, imaginó que los servicios que él pensaba hacer a Blanca y el tiempo la apartarían de su intención primera, y con este prosupuesto jamás nos quiso dejar hasta que ayer, oyendo a los pastores las ciertas nuevas de tu vida y conociendo el contento que con ellas Blanca había rescibido y considerando ser imposible que, pareciendo Silerio, pudiese Darinto alcanzar lo que deseaba, sin despedirse de

ninguno, se había, con muestras de grandísimo dolor apartado de todos. Junto con esto, aconsejó Timbrio a su amigo fuese contento de que Blanca le tuviese, escogiéndola y aceptándola por esposa, pues ya la conocía y no ignoraba su valor y honestidad, encariéndole el gusto y placer que los dos tendrían viéndose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió que le diese espacio para pensar en aquel hecho, aunque él sabía que al cabo era imposible dejar de hacer lo que él le mandase.

A esta sazón comenzaba ya la blanca aurora a dar señales de su nueva venida, y las estrellas poco a poco iban escondiendo la claridad suya, y a este mismo punto llegó a los oídos de todos la voz del enamorado Lauso, el cual, como su amigo Damón, había sabido que aquella noche la habían de pasar en la ermita de Silerio, quiso venir a hallarse con él y con los demás pastores; y como todo su gusto y pasatiempo era cantar al son de su rabel los sucesos prósperos o adversos de sus amores, llevado de la condición suya, y convidado de la soledad del camino y de la sabrosa armonía de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto a saludar el venidero día, con baja voz, semejantes versos venía cantando:

LAUSO

Alzó la vista a la más noble parte
 que puede imaginar el pensamiento,
 donde miro el valor, admiro el arte
 que suspende el más alto entendimiento.
 Mas, si queréis saber quién fué la parte
 que puso fiero yugo al cuello exento,

quién me entregó, quién lleva mis despojos
mis ojos, son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos, son, de cuya luz serena
me viene la que al Cielo me encamina:
luz de cualquiera escuridad ajena,
segura muestra de la luz divina.
Por ella el fuego, el yugo y la cadena
que me consume, carga y desatina,
es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
al alma, y vida que te ha dado el alma

¡Divinos ojos, bien del alma mía,
término y fin de todo mi deseo;
ojos que serenáis el turbio día,
ojos por quien yo veo si algo veo!
En vuestra luz mi pena y mi alegría
ha puesto Amor; en vos contemplo y leo
la dulce, amarga, verdadera historia
del cierto infierno, de mi incierta gloria.

En ciega escuridad andaba cuando
vuestra luz me faltaba, ¡oh, bellos ojos!,
acá y allá, sin ver el Cielo, errando
entre agudas espinas y entre abrojos;
mas luego, en el momento que tocando
fueron al alma mía los manojos
de vuestros rayos claros, vi a la clara
la senda de mi bien abierta y clara.

Vi que sois y seréis, ojos serenos,
quien me levanta y puede levantarme
a que entre el corto número de buenos
venga como mejor a señalarme.
Esto podréis hacer no siendo ajenos
y con pequeño acuerdo de mirarme,
que el gusto del más bien enamorado
consiste en el mirar y ser mirado.

Si esto es verdad, Silena, ¿quién ha sido,
es ni será que, con firmeza pura,
cual yo te quiera ni te habrá querido,
por más que Amor le ayude y la ventura?

La gloria de tu vista he merecido
 por mi inviolable fe; mas es locura
 pensar que pueda merecerse aquello
 que apenas puede contemplarse en ello.

El canto y el camino acabó a un mismo punto el enamorado Lauso, el cual de todos los que con Silerio estaban fué amorosamente recibido, acrescentando con su presencia el alegría que todos tenían por el buen suceso que los trabajos de Silerio habían tenido, y, estándoselos Damón contando, vieron asomar por junto a la ermita al venerable Aurelio, que, con algunos de sus pastores, traía algunos regalos con que regalar y satisfacer a los que allí estaban, como lo había prometido el día antes que dellos se partió. Maravillados quedaron Tirsi y Damón de verle venir sin Elicio y Erastro, y más lo fueron cuando vinieron a entender la causa del haberse quedado. Llegó Aurelio y su llegada aumentara más el contento de todos si no dijera, encaminando su razón a Timbrio:

—Si te precias, como es razón que te precies, valeroso Timbrio, de ser verdadero amigo del que lo es tuyo, agora es tiempo de mostrarlo, acudiendo a remediar a Darinto, que no lejos de aquí queda tan triste y apasionado, y tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le di no fueron parte para que él los tuviese por tales. Hallámosle Elicio, Erastro y yo habrá dos horas en medio de aquel monte que a esta mano derecha se descubre, el caballo arrendado a un pino, y él en el suelo, boca abajo tendido, dando tiernos y dolorosos suspiros, y de cuando en cuando decía algunas pala-

bras que a maldecir su ventura se encaminaban, al son lastimero de las cuales llegamos a él, y, con el rayo de la Luna, aunque con dificultad, fué de nosotros conocido, e importunado que la causa de su mal nos dijese; díjonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenía. Con todo eso se han quedado con él Elicio y Erastro y yo he venido a darte las nuevas del término en que le tienen sus pensamientos; y pues a ti te son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, o acude a consolarlos con palabras.

—Palabras serán todas, buen Aurelio—respondió Timbrio—, las que yo en esto gastare, si ya él no quiere aprovecharse de la ocasión del desengaño y disponer sus deseos a que el tiempo y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efectos. Mas por que no se piense que no correspondo a lo que a su amistad estoy obligado, enséñame, Aurelio, a qué parte le dejaste, que yo quiero ir luego a verle.

—Yo iré contigo—respondió Aurelio.

Y luego al momento se levantaron todos los pastores para acompañar a Timbrio y saber la causa del mal de Darinto, dejando a Silerio con Nísida y Blanca con tanto contento de los tres que no se acertaban a hablar palabra. En el camino que había desde allí adonde Aurelio a Darinto había dejado, contó Timbrio a los que con él iban la ocasión de la pena de Darinto y el poco remedio que della se podría esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba, tenía ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio; diciéndoles asimesmo que había de procurar con toda su industria y fuerzas que Silerio viniese en lo que

Blanca deseaba, suplicándoles que todos fuesen en ayudar y favorecer su intención, porque en dejando a Darinto quería que todos a Silerio rogasen diese el sí de rescibir a Blanca por su legítima esposa. Los pastores se ofrecieron de hacer lo que se les mandaba, y en estas pláticas llegaron adonde creyó Aurelio que Elicio, Darinto y Erastro estarían; pero no hallaron alguno, aunque rodearon y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que allí estaba, de que no poco pesar reseibieron todos. Pero, estando en esto, oyeron un tan doloroso suspiro que les puso en confusión y deseo de saber quién le había dado; mas sacóles presto desta duda otro que oyeron no menos triste que el pasado, y, acudiendo todos a aquella parte adonde el suspiro venía, vieron estar no lejos dellos, al pie de un crecido nogal, dos pastores, el uno sentado sobre la yerba verde y el otro tendido en el suelo y la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estaba él sentado con la cabeza inclinada, derramando lágrimas y mirando atentamente al que en las rodillas tenía, y así por esto, como por estar el otro con color perdida y rostro desmayado, no pudieron luego conocer quién era; mas cuando más cerca llegaron, luego conocieron que los pastores eran Elicio y Erastro: Elicio, el desmayado, y Erastro, el lloroso. Grande admiración y tristeza causó en todos los que allí venían la triste semblanza de los dos lastimados pastores, por ser tan amigos suyos y por ignorar la causa que de tal modo los tenía; pero el que más se maravilló fué Aurelio, por ver que tan poco antes los había dejado en compañía de Da-

rínto con muestras de todo placer y contento, como si él no hubiera sido la causa de toda su desdicha. Viendo, pues, Erastro que los pastores a él se llegaban, estremeció a Elicio diciéndole:

—Vuelve en ti, lastimado pastor; levántate y busca lugar donde puedas a solas llorar tu desventura, que yo pienso hacer lo mismo hasta acabar la vida.

Y diciendo esto, cogió con las dos manos la cabeza de Elicio, y, quitándola de sus rodillas, la puso en el suelo, sin que el pastor pudiese volver en su acuerdo; y levantándose Erastro, volvía las espaldas para irse, si Tirsi y Damón y los demás pastores no se lo impidieran. Llegó Damón a donde Elicio estaba, y, tomándole entre los brazos, le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos, y porque conoció a todos los que allí estaban tuvo cuenta con que su lengua, movida y forzada del dolor, no dijese algo que la causa dél manifestase; y aunque ésta le fué preguntada por todos los pastores, jamás respondió sino que no sabía otra cosa de sí mismo sino que, estando hablando con Erastro, le había tomado un recio desmayo. Lo propio decía Erastro, y a esta causa los pastores dejaron de preguntarle más la causa de su pasión: antes le rogaron que con ellos a la ermita de Silerio se volviese, y que desde allí la llevarían a la aldea o a su cabaña; mas no fué posible que con él esto se acabase, sino que le dejasen volver a la aldea. Viendo, pues, que ésta era su voluntad, no quisieron contradecírsela: antes se ofrecieron de ir con él; pero de ninguno quiso compañía, ni la llevara si la porfía de su amigo Damón no le venciera, y así se hubo de partir

con él, dejando concertado Damón con Tirsi que se viesen aquella noche en el aldea o cabaña de Elicio, para dar orden de volverse a la suya. Aurelio y Timbrio preguntaron a Erastro por Darinto, el cual les respondió que, así como Aurelio se había apartado dellos, le tomó el desmayo a Elicio, y que, entretanto que él le socorría, Darinto se había partido con toda priesa, y que nunca más le habían visto. Viendo, pues, Timbrio y los que con él venían que a Darinto no hallaban, determinaron de volver a la ermita a rogar a Silerio aceptase a la hermosa Blanca por su esposa, y con esta intención se volvieron todos, excepto Erastro, que quiso seguir a su amigo Elicio y así, despidiéndose dellos, acompañado de sólo su rabel, se apartó por el mismo camino que Elicio había ido, el cual, habiéndose un rato apartado con su amigo Damón de la demás compañía, con lágrimas en los ojos y con muestras de grandísima tristeza, así le comenzó a decir:

—Bien sé, discreto Damón, que tienes de los efectos de Amor tanta experiencia, que no te maravillarás de los que agora pienso contarte, que son tales, que, a la cuenta de mi opinión, los estimo y tengo por de los más desastrados que en el amor se hallan.

Damón, que no deseaba otra cosa que saber la causa del desmayo y tristeza suya, le aseguró que ninguna cosa le sería a él nueva, como tocase a los males que el amor suele hacer. Y así Elicio, con este seguro, y con el mayor que de su amistad tenía, prosiguió diciendo:

—Ya sabes, amigo Damón, cómo la buena suerte

mía—que este nombre de buena le daré siempre, aunque me cueste la vida el haberla tenido—, digo, pues, que la buena suerte mía quiso, como todo el Cielo y todas estas riberas saben, que yo amase, ¿qué digo amase?, que adorase a la sin par Galatea, con tan limpio y verdadero amor, cual a su merescimiento se debe; juntamente te confieso, amigo, que en todo el tiempo que ha que ella tiene noticia de mi cabal deseo no ha correspondido a él con otras muestras que las generales que suele y debe dar un casto y agradecido pecho; y así, ha algunos años que, sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre y satisfecho de mis pensamientos, que me juzgaba por el más dichoso pastor que jamás apascentó ganado, contentándome sólo de mirar a Galatea y de ver que, si no me quería, no me aborrecía, y que otro ningún pastor no se podría alabar que aun della fuese mirado; que no era poca satisfacción de mi deseo tener puestos mis pensamientos en tan segura parte, que de otros algunos no me recelaba, confirmándome en esta verdad la opinión que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no da lugar a que se le atreva el mismo atrevimiento. Contra este bien que tan a poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado hoy irrevocable sentencia que el bien se acabe, que la gloria fenezca, que el gusto se cambie, y que, finalmente, se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Damón, que esta mañana, viniendo con Au-

relío, padre de Galatea, a buscaros a la ermita de Silerio, en el camino me dijo cómo tenía concertado de casar a Galatea con un pastor lusitano que en las riberas del blando Lima gran número de ganado apascienta. Pidióme que le dijese qué me parecía, porque, de la amistad que me tenía y de mi entendimiento, esperaba ser bien aconsejado. Lo que yo le respondí fué que me parecía cosa recia poder acabar con su voluntad privarse de la vista de tan hermosa hija, desterrándola a tan apartadas tierras, y que si lo hacía llevado y cebado de las riquezas del extranjero pastor, que considerase que no carecía él tanto dellas que no tuviese para vivir en su lugar mejor que cuantos en él de ricos presumían, y que ninguno de los mejores de cuantos habitan las riberas del Tajo dejaría de tenerse por venturoso cuando alcanzase a Galatea por esposa. No fueron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio; pero, en fin, se resolvió diciendo que el rabadán mayor de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo había concertado y tratado, y qué era imposible deshacerse. Preguntéle con qué semblante Galatea había rescibido las nuevas de su destierro. Díjome que se había conformado con su voluntad, y que disponía la suya a hacer todo lo que él quisiese, como obediente hija. Esto supe de Aurelio, y esta es, Damón, la causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte, pues de ver a Galatea en poder ajeno, y ajena de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis días.

Acabó su razón el enamorado Elicio, y comenzaron sus lágrimas, derramadas en tanta abundancia,

que, enternecido el pecho de su amigo Damón, no pudo dejar de acompañarle en ellas; mas, a cabo de poco espacio, comenzó, con las mejores razones que supo, a consolar a Elicio; pero todas sus palabras en ser palabras paraban, sin que ninguno otro efecto hiciesen. Todavía quedaron de acuerdo que Elicio a Galatea hablase, y supiese della si de su voluntad consintía en el casamiento que su padre le trataba; y que, cuando no fuese con el gusto suyo, se le ofreciese de librarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaría ayuda. Parecióle bien a Elicio lo que Damón decía, y determinó de ir a buscar a Galatea para declararle su voluntad y saber la que ella en su pecho encerraba. Y así, trocando el camino que de su caña llevaban, hacia el aldea se encaminaron, y llegando a una encrucijada que junto a ella cuatro caminos dividía, por uno dellos vieron venir hasta ocho dispuestos pastores, todos con azagayas en las manos, excepto uno dellos, que a caballo venía sobre una hermosa yegua, vestido con un gabán morado, y los demás a pie, y todos rebozados los rostros con unos pañizuelos. Damón y Elicio se pararon hasta que los pastores pasasen, los cuales, pasando junto a ellos, bajando las cabezas, cortésmente les saludaron, sin que alguno alguna palabra hablase. Maravillados quedaron los dos de ver la extrañeza de los ocho, y estuvieron quedos por ver qué camino seguían; pero luego vieron que el de la aldea tomaban, aunque por otro diferente que por el que ellos iban. Dijo Damón a Elicio que los siguiesen; mas no quiso, diciendo que, por aquel camino que él quería seguir, junto a una

fuente que no lejos dél estaba, solía estar muchas veces Galatea con algunas pastoras del lugar, y que sería bien ver si la dicha se la ofrescía tãn buena que allí la hallasen. Contentóse Damón de lo que Elicio quería, y así le dijo que guiase por do quisiese. Y sucedióle la suerte como él mismo se había imaginado, porque no anduvieron mucho cuando llegó a sus oídos la zampoña de Florisa, acompañada de la voz de la hermosa Galatea, que, como de los pastores fué oída, quedaron enajenados de sí mismos. Entonces acabó de conocer Damón cuánta verdad decían todos los que las gracias de Galatea alababan, la cual estaba en compañía de Rosaura y Florisa, y de la hermosa y recién casada Silveria, con otras dos pastoras de la mesma aldea. Y puesto que Galatea vió venir a los pastores, no por eso quiso dejar su comenzado canto: antes pareció dar muestras de que recibía contento en que los pastores la escuchasen, los cuales así lo hicieron con toda la atención posible; y lo que alcanzaron a oír, de lo que la pastora cantaba, fué lo siguiente:

GALATEA

¿A quién volveré los ojos
 en el mal que se apareja,
 si, cuanto mi bien se aleja,
 se acercan más mis enojos?
 ¿A duro mal me condena
 el dolor que me destierra,
 que, si me acaba en mi tierra,
 qué bien me hará en el ajena?

¡Oh, justa amarga obediencia,
 que, por cumplirte, he de dar

el sí que ha de confirmar
de mi muerte la sentencial
Puesta estoy en tanta mengua,
que por gran bien estimara
que la vida me faltara,
o, por lo menos, la lengua.

Breves horas y cansadas
fueron las de mi contento;
eternas las del tormento,
más confusas y pesadas.
Gocé de mi libertad
en mi temprana sazón;
pero ya la sujeción
anda tras mi voluntad.

Ved, si es el combate fiero
que dan a mi fantasía,
si al cabo de su porfía
he de querer, y no quiero.
¡Oh, fastidioso gobierno,
que a los respetos humanos
tenga de cruzar las manos
y abajar el cuello tierno!

¿Que tengo de despedirme
de ver el Tajo dorado?
¿Que ha de quedar mi ganado,
y yo triste he de partirme?
¿Que estos árboles sombríos
y estos anchos verdes prados
no serán ya más mirados
de los tristes ojos míos?

Severo padre, ¿qué haces?
Mira que es cosa sabida
que a mí me quitas la vida
con lo que a ti satisfaces.
Si mis suspiros no valen
a descubrirte mi mengua,
lo que no puede mi lengua
mis ojos te lo señalen.

Ya triste se me figura
 el punto de mi partida,
 la dulce gloria perdida
 y la amarga sepultura.
 El rostro que no se alegra
 del no conocido esposo,
 el camino trabajoso,
 la antigua enfadosa suegra,

y otros mil inconvenientes,
 todos para mí contrarios,
 los gustos extraordinarios
 del esposo y sus parientes.
 Mas todos estos temores
 que me figura mi suerte,
 se acabarán con la muerte,
 que es el fin de los dolores.

No cantó más Galatea, porque las lágrimas que derramaba le impidieron la voz, y aun el contento a todos los que escuchado la habían, porque luego supieron claramente lo que en confuso imaginaban del casamiento de Galatea con el lusitano pastor, y cuán contra su voluntad se hacía; pero a quien más sus lágrimas y suspiros lastimaron fué a Elicio, que diera él por remediarlos su vida, si en ella consistiera el remedio dellos; pero aprovechándose de su discreción, y disimulando el rostro el dolor que el alma sentía, él y Damón se llegaron adonde las pastoras estaban, a las cuales cortésmente saludaron, y con no menos cortesía fueron dellas rescibidos. Preguntó luego Galatea a Damón por su padre, y respondióle que en la ermita de Silerio quedaba, en compañía de Timbrio y Nísida y de todos los otros pastores que a Timbrio acompañaron; y asimesmo le dió cuenta del conocimiento de Silerio y Timbrio y de los amores de Da-

rinto y Blanca, la hermana de Nísida, con todas las particularidades que Timbrio había contado de lo que en el discurso de sus amores le había sucedido, a lo cual Galatea dijo:

—Dichoso Timbrio y dichosa Nísida, pues en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aquí padecidos, con la cual pondréis en olvido los pasados desastres; antes servirán ellos de acrescentar vuestra gloria, pues se suele decir que la memoria de las pasadas calamidades aumenta el contento en las alegrías presentes. Mas, ¡ay del alma desdichada que se ve puesta en términos de acordarse del bien perdido, y con temor del mal que está por venir, sin que vea ni halle remedio ni medio alguno para estorbar la desventura que le está amenazando, pues tanto más fatigan los dolores cuanto más se temen!

—Verdad dices, hermosa Galatea—dijo Damón—, que no hay duda sino que el repentino y no esperado dolor que viene no fatiga tanto, aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza y quita todos los caminos de remediarse. Pero con todo eso, digo, Galatea, que no da el Cielo tan apurados los males que quite de todo en todo el remedio dellos, principalmente cuando nos los deja ver primero, porque parece que entonces quiere dar lugar al discurso de nuestra razón para que se ejercite y ocupe en templar o desviar las venideras desdichas, y muchas veces se contenta de fatigarnos con sólo tener ocupados nuestros ánimos con algún espacioso temor, sin que se venga a la ejecución del mal que se teme; y cuando a ella se viniese, como no acabe la vida,

ninguno, por ningún mal que padezca, debe desesperar del remedio.

—No dudo yo deso—replicó Galatea—, si fuesen tan ligeros los males que se temen o se padecen, que dejasen libre y desembarazado el discurso de nuestro entendimiento; pero bien sabes, Damón, que cuando el mal es tal que se le puede dar este nombre, lo primero que hace es afublar nuestro sentido y aniquilar las fuerzas de nuestro albedrío, descaeciendo nuestra virtud de manera que apenas puede levantarse, aunque más la solicite la esperanza.

—No sé yo, Galatea—respondió Damón—, cómo en tus verdes años puede caber tanta experiencia de los males, si no es que quieres que entendamos que tu mucha discreción se extiende a hablar por ciencia de las cosas; que, por otra manera, ninguna noticia dellas tienes.

—Pluguiera al Cielo, discreto Damón—replicó Galatea—, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello granjeara dos cosas: quedar en la buena opinión que de mí tienes y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella.

Hasta este punto estuvo callando Elicio; pero, no pudiendo sufrir más ver a Galatea dar muestras del amargo dolor que padecía, le dijo:

—Si imaginas, por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza puede por alguna ser remediada, por lo que debes a la voluntad que para servirte de mí tienes conocida, te ruego me la declares; y, si esto no quisieres, por cumplir con lo que a la paternal obediencia debes, dame, a lo menos, licen-

cia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos destas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado. Y no entiendas, pastora, que presumo yo tanto de mí mismo, que sólo me atreva a cumplir con las obras lo que agora por palabras te ofrezco; que, puesto que el amor que te tengo para mayor empresa me da aliento, desconfío de mi ventura, y así la habré de poner en las manos de la razón y en las de todos los pastores que por estas riberas del Tajo apascientan sus ganados, los cuales no querrán consentir que se les arrebate y quite delante de sus ojos el sol que los alumbra, y la discreción que los admira, y la belleza que los incita y anima a mil honrosas competencias. Así que, hermosa Galatea, en fe de la razón que he dicho y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrescimiento, el cual te ha de obligar a que tu voluntad me descubras, para que yo no caiga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero, considerando que la bondad y honestidad incomparables tuyas te han de mover a que correspondas antes al querer de tu padre que al tuyo, no quiero, pastora, que me le declares, sino tomar a mi cargo hacer lo que me pareciere, con prosupuesto de mirar por tu honra con el cuidado que tú mesma has mirado siempre por ella.

Iba Galatea a responder a Elicio y a agradecerle su buen deseo; mas estorbóla la repentina llegada de los ocho rebozados pastores que Damón y Elicia habían visto pasar poco antes hacia el aldea. Llegaron todos donde las pastoras estaban, y, sin hablar palabra, los seis dellos, con increíble celeridad, arreme-

tieron a abrazarse con Damón y con Elicio, teniéndolos tan fuertemente apretados, que en ninguna manera pudieron desasirse. En este entretanto, los otros dos, que era el uno el que a caballo venía, se fueron adonde Rosaura estaba dando gritos por la fuerza que a Damón y a Elicio se les hacía; pero sin aprovecharle en defensa alguna, uno de los pastores la tomó en brazos y púsola sobre la yegua y en los del que en ella venía, el cual, quitándose el rebozo, se volvió a los pastores y pastoras, diciendo:

—No os maravilléis, buenos amigos, de la sin razón que al parecer aquí se os ha hecho, porque la fuerza de amor y la ingratitud de esta dama han sido causa della; ruégoos me perdonéis, pues no está más en mi mano; y, si por estas partes llegare, como creo que presto llegará, el conocido Grisaldo, direísle cómo Artandro se lleva a Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado della; y que si el amor y esta injuria le movieren a querer vengarse, que ya sabe que Aragón es mi patria y el lugar donde vivo.

Estaba Rosaura desmayada sobre el arcón de la silla, y los demás pastores no querían dejar a Elicio ni a Damón, hasta que Artandro mandó que los dejaran, los cuales, viéndose libres, con valeroso ánimo sacaron sus cuchillos y arremetieron contra los siete pastores, los cuales todos juntos les pusieron las azagayas que traían a los pechos, diciéndoles que se tuviesen, pues veían cuán poco podían ganar en la empresa que tomaban.

—Harto menos podrá ganar Artandro—les respondió Elicio—en haber cometido tal traición.

—No la llares traición—respondió uno de los otros—, porque esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y agora, por cumplir con la condición mudable de mujer, la ha negado y entregádose a Grisaldo, que es agravio tan manifiesto, y tal, que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso, sosegaos, pastores, y tenednos en mejor opinión que hasta aquí, pues el servir a nuestro amo en tan justa ocasión nos disculpa.

Y sin decir más, volvieron las espaldas, recelándose todavía de los malos semblantes con que Elicio y Damón quedaron, los cuales estaban con tanto enojo por no poder deshacer aquella fuerza, y por hallarse inhabilitados de vengarse de lo que a ellos se les hacía, que ni sabían qué decirse ni qué hacerse. Pero los extremos que Galatea y Florisa hacían por ver llevar de aquella manera a Rosaura eran tales, que movieron a Elicio a poner su vida en manifiesto peligro de perderla, porque sacando su honda, y haciendo Damón lo mismo, a todo correr fué siguiendo a Artandro, y desde lejos, con mucho ánimo y destreza, comenzaron a tirarles tantas piedras que les hicieron detener y tornarse a poner en defensa. Pero, con todo esto, no dejara de sucederles mal a los dos atrevidos pastores, si Artandro no mandara a los suyos que se adelantaran y los dejaran, como lo hicieron, hasta entrarse por un espeso montezuelo que a un lado del camino estaba, y con la defensa de los árboles hacían poco efecto las hondas y piedras de los enojados pastores; y con todo esto, los siguieran, si no vieran que Galatea y Florisa y las otras dos pastoras a más

andar hacia donde ellos estaban se venían, y por esto se detuvieron, haciendo fuerza al enojo que los incitaba y a la deseada venganza que pretendían, y, adelantándose a recibir a Galatea, ella les dijo:

—Templad vuestra ira, gallardos pastores, pues a la ventaja de nuestros enemigos no puede igualar vuestra diligencia, aunque ha sido tal, cual nos la ha mostrado el valor de vuestros ánimos.

—El ver el tuyo descontento, Galatea—dijo Elicio—, creí yo que diera tales fuerzas al mío, que no se alabaran aquellos descomedidos pastores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabe no tenerla en cuanto deseo.

—El amoroso que Artandro tiene—dijo Galatea—fué el que le movió a tal descomedimiento, y así, conmigo en parte queda desculpado.

Y luego, punto por punto, les contó la historia de Rosaura, y cómo estaba esperando a Grisaldo para recibirle por esposo, lo cual podría haber llegado a noticia de Artandro, y que la celosa rabia le hubiese movido a hacer lo que habían visto.

—Si así pasa como dices, discreta Galatea—dijo Damón—, del descuido de Grisaldo, y atrevimiento de Artandro, y mudable condición de Rosaura, temo que han de nacer algunas pesadumbres y diferencias.

—Eso fuera—respondió Galatea—cuando Artandro residiera en Castilla; pero si él se encierra en Aragón, que es su patria, quedarse ha Grisaldo con sólo el deseo de vengarse.

—¿No hay quien le pueda avisar deste agravio?—dijo Elicio.

—Sí—respondió Florisa—; que yo seguro que, antes que la noche llegue, él tenga dél noticia. .

—Si eso así fuese—respondió Damón—, podría ser cobrar su prenda antes que a Aragón llegasen, porque un pecho enamorado no suele ser perezoso.

—No creo yo que lo será el de Grisaldo—dijo Florisa—; y porque no le falte tiempo y ocasión para mostrarlo, suplicote, Galatea, que al aldea nos volvámos, porque yo quiero enviar a avisar a Grisaldo de su desdicha.

—Hágase como lo mandas, amiga—respondió Galatea—, que yo te daré un pastor que lleve la nueva.

Y con esto se querían despedir de Damón y de Elicio, si ellos no porfiaran a querer ir con ellas; y ya que se encaminaban al aldea, a su mano derecha sintieron la zampofia de Erastro, que luego de todos fué conocida, el cual venía en seguimiento de su amigo Elicio. Paráronse a escucharle, y oyeron que, con muestras de tierno dolor, esto venía cantando:

ERASTRO

Por ásperos caminos voy siguiendo
el fin dudoso de mi fantasía,
siempre en cerrada noche, oscura y fría
las fuerzas de la vida consumiendo.

Y, aunque morir me veo, no pretendo
salir un paso de la estrecha vía:
que, en fe de la alta fe sin igual mía,
mayores miedos contrastar entiendo.

Mi fe es la luz que me señala el puerto
seguro a mi tormenta, y sola es ella
quien promete buen fin a mi viaje,

por más que el medio se me muestre incierto,
por más que el claro rayo de mi estrella
me encubra Amor, y el Cielo más me ultraje.

Con un profundo suspiro acabó el enamorado canto el lastimado pastor, y creyendo que ninguno le oía soltó la voz a semejantes razones:

—¡Amor, cuya poderosa fuerza sin hacer ninguna a mi alma fué parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos! Ya que tanto bien me hiciste, no quieras mostrarme agora, haciéndome el mal en que me amenazas, que es más mudable tu condición que la de la variable fortuna! Mira, señor, cuán obediente he estado a tus leyes, cuán pronto a seguir tus mandamientos, y cuán sujeta he tenido mi voluntad a la tuya. Págame esta obediencia con hacer lo que a ti tanto importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponía y la daba a sus frescas y menudas yerbas, a sus humildes plantas y levantados árboles; no consientas, señor, que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece y por quien él tiene más fama que no por las arenas de oro que en su seno cría: no quites a los pastores destes prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos y el honroso estímulo que a mil honrosas y virtuosas empresas les incitaba; considera bien que, si desta a la ajena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes, pues por Galatea sola le usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido, que todos cuantos en ellos habitan

te negarán la obediencia y no te acudirán con el usado tributo; advierte que lo que te suplico es tan conforme y llegado a razón que irías de todo en todo fuera della si no me lo concedieses. Porque ¿qué ley ordena, o qué razón consiente que la hermosura que nosotros criamos, la discreción que en estas selvas y aldeas nuestras tuvo principio, el donaire por particular don del Cielo a nuestra patria concedido, agora que esperábamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas, se haya de llevar a extraños reinos, a ser poseído y tratado de ajenas y no conocidas manos? No; no quiera el Cielo piadoso hacernos tan notable daño. ¡Oh, verdes prados, que con su vista os alegráades! ¡Oh, flores olorosas, que, de sus pies tocadas, de mayor fragancia érades llenas! ¡Oh, plantas; oh, árboles desta deleitosa selva! ¡Haced todos, en la mejor forma que pudiéredes, aunque a vuestra naturaleza no se conceda, algún género de sentimiento que mueva al Cielo a concederme lo que le suplico!

Decía esto derramando tantas lágrimas el enamorado pastor, que no pudo Galatea disimular las suyas, ni menos ninguno de los que con ella iban, haciendo todos un tan notable sentimiento, como si lloraran en las exequias de su muerte. Llegó a este punto a ellos Erastro, a quien rescibieron con agradable comedimiento, el cual, como vió a Galatea con señales de haberle acompañado en las lágrimas, sin apartar los ojos della, la estuvo atento mirando por un rato, al cabo del cual dijo:

—Agora acabo de conocer, Galatea, que ninguno de los humanos se escapa de los golpes de la varia-

ble fortuna, pues tú, de quien yo entendía que por particular privilegio habías de estar exenta dellos, veo que con mayor ímpetu te acometen y fatigan, de donde averiguo que ha querido el Cielo con un solo golpe lastimar a todos los que te conocen y a todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pero con todo eso, tengo esperanza que no se ha de extender tanto su rigor que lleve adelante la comenzada desgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento.

—Antes por esa misma razón—respondió Galatea—estoy yo menos segura de mi desdicha, pues jamás la tuve en lo que desease; mas porque no está bien a la honestidad de que me precio que tan a la clara descubra cuán por los cabellos me lleva tras sí la obediencia que a mis padres debo, ruégote, Erastro, que no me des ocasión de renovar mi sentimiento, ni de tí ni de otro alguno se trate, cosa que antes de tiempo despierte en mí la memoria del disgusto que temo. Y con esto, asimesmo, os ruego, pastores, me dejéis adelantar a la aldea, porque siendo avisado Grisaldo le quede tiempo para satisfacerse del agravio que Artandro le ha hecho.

Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro; pero la pastora Florisa, en breves razones, se lo contó todo, de que se maravilló Erastro, estimando que no debía de ser poco el valor de Artandro, pues a tan dificultosa empresa se había puesto. Querían ya los pastores hacer lo que Galatea les mandaba, si en aquella sazón no descubrieran toda la compañía de caballeros, pastores y damas que la noche antes en la ermita de Silerio se quedaron, los cuales, en señal de

grandísimo contento, a la aldea se venían, trayendo consigo a Silerio, con diferente traje y gusto que hasta allí había tenido, porque ya había dejado el de ermitaño, mudándole en el de alegre desposado, como ya lo era de la hermosa Blanca, con igual contento y satisfacción de entrambos y de sus buenos amigos Timbrio y Nísida, que se lo persuadieron, dando con aquel casamiento fin a todas sus miserias, y quietud y reposo a los pensamientos que por Nísida le fatigaban. Y así, con el regocijo que tal suceso les causaba, venían todos dando muestras dél con agradable música y discretas y amorosas canciones, de las cuales cesaron cuando vieron a Galatea y a los demás que con ella estaban, rescibiéndose unos a otros con mucho placer y comedimiento, dándole Galatea a Silerio el parabién de su suceso, y a la hermosa Blanca el de su desposorio, y lo mesmo hicieron los pastores Damón, Elicio y Erastro, que en extremo a Silerio estaban aficionados. Luego que cesaron entre ellos los parabienes y cortesías, acordaron de proseguir su camino al aldea, y para entretenerle rogó Tirsi a Timbrio que acabase el soneto que había comenzado a decir cuando de Silerio fué conocido; y no excusándose Timbrio de hacerlo, al son de la flauta del celoso Orfenio, con extremada y suave voz, le cantó y acabó, que era éste:

TRIMBIO

Tan bien fundada tengo la esperanza,
 que, aunque más sople riguroso viento,
 no podrá desdecir de su cimiento:
 tal fe, tal fuerza y tal valor alcanza.

Tan lejos voy de consentir mudanza
 en mi firme amoroso pensamiento,
 cuan cerca de acabar en mi tormento
 antes la vida que la confianza.

Que si al contraste del amor vacila
 el pecho enamorado, no meresce
 del mesmo amor la dulce paz tranquila.

Por esto el mío, que su fe engrandece,
 rabie Caribdis o amenace Cila,
 al mar se arroja y al amor se ofresce.

Pareció bien el soneto de Timbrio a los pastores, y no menos la gracia con que cantado le había, y fué de manera que le rogaron que otra alguna cosa dijese; mas excusóse con decir a su amigo Silerio respondiese por él en aquella causa, como lo había hecho siempre en otras más peligrosas. No pudo Silerio dejar de hacer lo que su amigo le mandaba, y así, con el gusto de verse en tan felice estado, al son de la mesma flauta de Orfenio cantó lo que se sigue:

SILERIO

Gracias al Cielo doy, pues he escapado
 de los peligros deste mar incierto,
 y al recogido favorable puerto,
 tan sin saber por dónde, he ya llegado.

Recójanse las velas del cuidado,
 repárese el navío pobre abierto,
 cumpla los votos quien con rostro muerto
 hizo promesas en el mar airado.

Beso la Tierra, reverencio al Cielo
 mi suerte abrazo mejorada y buena,
 llamo dichoso a mi fatal destino,

y a la nueva sin par blanda cadena,
con nuevo intento y amoroso celo,
el lastimado cuello alegre inclino.

Acabó Silerio y rogó a Nísida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto, la cual, mirando a su querido Timbrio, con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedía, y dándosela él asimesmo con la vista, ella, sin más esperar, con mucho donaire y gracia, cesando el son de la flauta de Orfenio, al de la zampoña de Orompo cantó este soneto:

NÍSIDA

Voy contra la opinión de aquel que jura
que jamás del amor llegó el contento
a do llega el rigor de su tormento,
por más que al bien ayude la ventura.

Yo sé qué es bien, yo sé qué es desventura,
y sé de sus efectos claro, y siento
que cuanto más destruye el pensamiento
el mal de amor, el bien más lo asegura.

No el verme en brazos de la amarga muerte,
por la mal referida triste nueva,
ni a los corsarios bárbaros rendida,

fué dura pena, fué dolor tan fuerte,
que agora no conozca y haga prueba
que es más el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea y Florisa de la estremada voz de la hermosa Nísida, la cual, por parecerle que por entonces en cantar Timbrio y los de su parte habían tomado la mano, no quiso que su hermana quedase sin hacerlo, y así, sin importunarle

mucho, con no menos gracia que Nísida, haciendo señal a Orfenio que su flauta tocase, al son della cantó desta manera:

BLANCA

Cual si estuviera en la arenosa Libia,
o en la apartada Citia, siempre helada,
tal vez del frío temor me vi asaltada,
y tal del fuego que jamás se entibia.

Mas la esperanza, que el dolor alivia,
en uno y otro extremo, disfrazada
tuvo la vida en su poder guardada,
cuándo con fuerzas, cuándo flaca y tibia.

Pasó la furia del invierno helado,
y, aunque el fuego de amor quedó en su punto,
llegó la deseada primavera,

donde, en un solo venturoso punto,
gozo del dulce fruto deseado,
con largas pruebas de una fe sincera.

No menos contentó a los pastores la voz y lo que cantó Blanca que todas las demás que habían oído. Y ya que ellos querían dar muestras de que no toda la habilidad se encerraba en los cortesanos caballeros, y para esto, casi de un mismo pensamiento movidos, Orompo, Crisio, Orfenio y Marsilio comenzaban a templar sus instrumentos, les forzó a volver las cabezas un ruido que a sus espaldas sintieron, el cual causaba un pastor que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el cual fué de todos conocido, que era el enamorado Lauso, de que se maravilló Tirsi, porque la noche antes se había des-

pedido dél, diciendo que iba a un negocio que importaba el acabarle acabar su pesar y comenzar su gusto, y que, sin decirle más, con otro pastor su amigo se había partido, y que no sabía qué podía haberle sucedido ahora que con tanta priesa caminaba. Lo que Tirsi dijo movió a Damón a querer llamar a Lauso, y así le dió voces que viniese; mas viendo que no las oía y que ya a más andar iba trasponiendo un recuesto, con toda ligereza se adelantó y desde encima de otro collado le tornó a llamar con mayores voces, las cuales oídas por Lauso, y conociendo quién le llamaba, no pudo dejar de volver, y, en llegando a Damón, le abrazó con señales de extrañío contento, y tanto, que admiraron a Damón las muestras que de estar alegre daba y así le dijo:

—¿Qué es esto, amigo Lauso? ¿Has, por ventura, alcanzado el fin de tus deseos, o ante desde ayer acá correspondido a ellos de manera que halles con facilidad lo que pretendes?

—Mucho mayor es el bien que traigo, Damón, verdadero amigo—respondió Lauso—; pues, la causa que a otros suele ser desesperación y muerte, a mí me ha servido de esperanza y vida, y ésta ha sido de un desdén y desengaño, acompañado de un melindroso donaire que en mi pastora he visto, que me ha restituido a mi ser primero. Ya, ya, pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso; ya se han deshecho en mi sentido las encumbradas máquinas de pensamientos que desvanescido me traían; ya tornaré a la perdida conversación de mis amigos; ya me parecerán lo que son las verdes yerbas y olo-

rosas flores destos apacibles campos; ya tendrán treguas mis suspiros, vado mis lágrimas y quietud mis desasosiegos, porque consideres, Damón; si es causa esta bastante para mostrarme alegre y regocijado.

—Sí es, Lauso—respondió Damón—; pero temo que alegría tan repentinamente nascida no ha de ser duradera, y tengo ya experiencia que todas las libertades que de desdenes son engendradas se deshacen como el humo, y torna luego la enamorada intención con mayor priesa a seguir sus intentos. Así que, amigo Lauso, plega al Cielo que sea más firme tu contento de lo que yo imagino, y goces largos tiempos la libertad que pregonas: que no sólo me holgaría por lo que debo a nuestra amistad, sino por ver un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos.

—Como quiera que sea, Damón—respondió Lauso—, yo me siento agora libre y señor de mi voluntad, y porque se satisfaga la tuya de ser verdad lo que digomira qué quieres que haga en prueba dello. ¿Quieres que me ausente? ¿Quieres que no visite más las cabañas donde imaginas que puede estar la causa de mis pasadas penas y presentes alegrías? Cualquiera cosa haré por satisfacerte.

—La importancia está en que tú, Lauso, estés satisfecho—respondió Damón—; y veré yo que lo estás cuando de aquí a seis días te vea en ese mismo propósito. Y por ahora no quiero otra cosa de ti sino que dejes el camino que llevabas y te vengas conmigo adonde todos aquellos pastores y damas nos esperan, y que la alegría que traes la solemnices con entretenernos con tu canto mientras que al aldea llegamos.

Fué contento Lauso de hacer lo que Damón le mandaba, y así volvió con él a tiempo que Tirsi estaba haciendo señas a Damón que se volviese, y, en llegando que él y Lauso llegaron, sin gastar palabras de comedimiento, Lauso dijo:

—No vengo, señores, para menos que para fiestas y contentos; por eso, si le rescibiréis de escucharme, suene Marsilio su zampoña y aparejaos a oír lo que jamás pensé que mi lengua tuviera ocasión de decirlo, ni aun mi pensamiento para imaginarlo.

Todos los pastores respondieron a una que les sería de gran gusto el oírle, y luego Marsilio, con el deseo que tenía de escucharle, tocó su zampoña, al son de la cual Lauso comenzó a cantar desta manera:

LAUSO

¡Con las rodillas en el suelo hincadas,
 las manos en humilde modo puestas
 y el corazón de un justo celo lleno,
 te adoro, desdén santo, en quien cifradas
 están las causas de las dulces fiestas
 que gozo en tiempo sosegado y bueno!
 ¡Tú del rigor del áspero veneno
 que el mal de amor encierra
 fuiste la cierta y presta medicina;
 tú mi total ruina
 volviste en bien, en sana paz mi guerra,
 y así como a mi rico almo tesoro,
 no una vez sola, mas cien mil te adoro!

Por ti la luz de mis cansados ojos,
 tanto tiempo turbada y aun perdida,
 al ser primero ha vuelto que tenía;
 por ti torno a gozar de los despojos
 que de mi voluntad y de mi vida
 llevó de amor la antigua tiranía;

por ti la noche de mi error en día
 de sereno discurso
 se ha vuelto, y la razón, que antes estaba
 en posesión de esclava,
 con sosegado y advertido curso,
 siendo agora señora, me conduce
 do el bien eterno más se muestra y luce.

Mostráste me, desdén, cuán engañosas,
 cuán falsas y fingidas habían sido
 las señales de amor que me mostraban,
 y que aquellas palabras amorosas,
 que tanto regalaban el oído
 y al alma de sí misma enajenaban,
 en falsedad y burla se forjaban,
 y el regalado y tierno
 mirar de aquellos ojos sólo era
 porque mi primavera
 se convirtiese en desabrido invierno,
 cuando llegase el claro desengaño;
 mas tú, dulce desdén, curaste el daño.

¡Desdén, que sueles ser espuela aguda
 que hace caminar al pensamiento
 tras la amorosa deseada empresal
 En mí tu efecto y condición se muda,
 que yo por ti me aparto del intento
 tras quien corría con no vista priesa,
 y aunque contino el fino amor no cesa,
 mal de mí satisfecho,
 tender de nuevo el lazo por cogirme,
 y, por más ofenderme,
 encarar mil saetas a mi pecho,
 tú, desdén, solo, sólo tú bien puedes
 romper sus flechas y rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
 que pudiera un desdén echarle a tierra;
 cien mil han sido menester primero:
 que fué, cual suele, sin poder sufrillo,
 venir al suelo el pino que le atierra,
 en virtud de otros golpes, el postrero.
 Grave desdén, de parecer severo,
 en desamor fundado

y en poca estimación de ajena suerte:
 dulce me ha sido el verte,
 el oírte y tocarte, y que gustado
 hayas sido del alma en coyuntura
 que derribas y acabas mi locura.

Derribas mi locura, y das la mano
 al ingenio, desdén, que se levante
 y sacuda de sí el pesado sueño,
 para que, con mejor intento sano,
 nuevas grandezas, nuevos loores cante
 de otro, si le haya agradecido dueño,
 Tú has quitado las fuerzas al beleño
 con que el amor ingrato
 adormecía a mi virtud doliente,
 y, con la tuya ardiente,
 soy reducido a nueva vida y trato:
 que ahora entiendo que yo soy quien puedo
 temer con tasa, y esperar sin miedo.

No cantó más Lauso, aunque bastó lo que cantado
 había para poner admiración en los presentes, que
 como todos sabían que el día antes estaba tan ena-
 morado y tan contento de estarlo, maravillábales
 verle en tan pequeño espacio de tiempo tan mudado
 y tan otro del que solía. Y considerando bien esto,
 su amigo Tirsi le dijo:

—No sé si te dé el parabién, amigo Lauso, del bien
 en tan breves horas alcanzado, porque temo que no
 debe de ser tan firme y seguro como tú imaginas;
 pero todavía me huelgo de que goces, aunque sea pe-
 queño espacio, del gusto que acarrea al alma la liber-
 tad alcanzada, pues podría ser que, conociendo
 ahora en lo que se debe estimar, aunque tornases de
 nuevo a las rotas cadenas y lazos, hicieses más fuerza
 para romperlos, atraído de la dulzura y regalo que

goza un libre entendimiento y una voluntad des-
apasionada.

—No tengas temor alguno, discreto Tirsi—respondió Lauso—, que ninguna otra nueva asechanza sea bastante a que yo torne a poner los pies en el cepo amoroso, ni me tengas por tan liviano y antojadizo que no me haya costado ponerme en el estado en que estoy infinitas consideraciones, mil averiguadas sospechas y mil cumplidas promesas hechas al Cielo porque a la perdida luz me tornase; y pues en ella veo agora cuán poco antes veía, yo procuraré conservarla en el mejor modo que pudiere.

—Ninguno otro será tan bueno—dijo Tirsi—como no volver a mirar lo que atrás dejas, porque perderás, si vuelves, la libertad que tanto te ha costado, y quedarás, cual quedó aquel incauto amante, con nuevas ocasiones de perpetuo llanto; y ten por cierto, Lauso amigo, que no hay tan enamorado pecho en el mundo a quien los desdenes y arrogancias excusadas no entienden y aun le hagan retirar de sus mal colocados pensamientos, y háceme creer más esta verdad saber yo quién es Silena, aunque tu jamás no me lo has dicho, y saber asimesmo la mudable condición suya, sus acelerados ímpetus y la llaneza (por no darle otro nombre) de sus deseos; cosas que, a no temprarlas y disfrazarlas con la sin igual hermosura de que el Cielo la ha dotado, fuera por ellas de todo el mundo aborrescida.

—Verdad dices, Tirsi—respondió Lauso—, porque, sin duda alguna, la singular belleza suya y las apariencias de la incomparable honestidad de que se arrea son partes para que no sólo sea querida, sino

adorada de todos cuantos la mirasen; y así, no debe maravillarse alguno que la libre voluntad mía se haya rendido a tan fuertes y poderosos contrarios: sólo es justo que se maraville de cómo me he podido escapar dellos, que, puesto que salgo de sus manos tan mal tratado, estragada la voluntad, turbado el entendimiento, descaecida la memoria, todavía me parece que puedo triunfar de la batalla.

No pasaron más adelante en su plática los dos pastores, porque a este punto vieron que, por el mismo camino que ellos iban, venía una hermosa pastora, y poco desviado della un pastor, que luego fué conocido que era el anciano Arsindo, y la pastora era la hermana de Galercio, Maurisa, la cual, como fué conocida de Galatea y de Florisa, entendieron que con algún recaudo de Grisaldo para Rosaura venía; y, adelantándose las dos a rescebirla, Maurisa llegó a abrazar a Galatea, y el anciano Arsindo saludó a todos los pastores y abrazó a su amigo Lauso, el cual estaba con grande deseo de saber lo que Arsindo había hecho después que le dijeron que en seguimiento de Maurisa se había partido; y viéndole agora volver con ella, luego comenzó a perder con él y con todos el crédito que sus blancas canas le habían adquirido; y aun le acabara de perder si los que allí venían no supieran tan de experiencia adónde y a cuánto la fuerza del amor se extendía, y así, en los mismos que le culpaban halló la disculpa de su yerro. Y parece que, adivinando Arsindo lo que los pastores dél adivinaban, como en satisfacción y disculpa de su cuidado les dijo:

—Oíd, pastores, uno de los más extraños sucesos amorosos que por largos años en estas nuestras riberas ni en las ajenas se habrá visto. Bien creo que conocéis y conocemos todos al nombrado pastor Lenio, aquel cuya desamorada condición le adquirió renombre de desamorado; aquel que no ha muchos días que, por sólo decir mal de Amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi, que está presente; aquel, digo, que jamás supo mover la lengua que para decir mal de Amor no fuese; aquel que con tantas veras reprehendía a los que de la amorosa dolencia veía lastimados. Este, pues, tan declarado enemigo del amor, ha venido a término que tengo por cierto que no tiene el amor quien con más veras le siga, ni aun él tiene vasallo a quien más persiga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruel pastora que al hermano desta—señalando a Maurisa—, que tanto en la condición se le parece, tuvo el otro día, como vistes, con el cordel a la garganta para fenecer a manos de su crueldad sus cortos y mal logrados días. Digo, en fin, pastores, que Lenio el desamorado muere por la endurecida Gelasia, y por ella llena el aire de suspiros y la tierra de lágrimas; y lo que hay más malo en esto es que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazón de Lenio, rindiéndole a la más dura y esquiva pastora que se ha visto, y conociéndolo él, procura agora en cuanto dice y hace reconciliarse con el Amor, y, por los mismos términos que antes le vituperaba, agora le ensalza y honra; y, con todo esto, ni el amor se mueve a favorecerle ni Gelasia se inclina a remediarle, como

lo he visto por los ojos, pues no ha muchas horas que, viniendo yo en compañía desta pastora, le hallamos en la fuente de las Pizarras, tendido en el suelo, cubierto el rostro de un sudor frío y anhelando el pecho con una extraña priesa. Lleguéme a él y conocíle, y con el agua de la fuente le rocié el rostro con que cobró los perdidos espíritus, y sentándome junto a él le pregunté la causa de su dolor, la cual él me dijo sin faltar punto, contándomela con tan tierno sentimiento, que le puso en esta pastora, en quien creo que jamás cupo señal de compasión alguna. Encarecíme la crueldad de Gelasia y el amor que la tenía, y la sospecha que en él reinaba de que el Amor le había traído a tal estado por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le había hecho. Consoléle yo lo mejor que supe, y, dejándole libre del pasado parasismo, vengo acompañando a esta pastora y a buscarle a ti, Lauso, para que, si fueres servido, volvamos a nuestras cabañas, pues ha ya diez días que dellas nos partimos, y podrá ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra más que nosotros la suya.

—No sé si te responda, Arsindo—respondió Lauso—, que creo que más por cumplimiento que por otra cosa me convidas a que a nuestras cabañas nos volvamos, teniendo tanto que hacer en las ajenas, cuanto la ausencia que de mí has hecho estos días lo ha mostrado. Pero, dejando lo más que en esto te pudiera decir para mejor sazón y coyuntura, tórname a decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque, si así es, podré yo afirmar que ha hecho Amor en estos días de los mayores milagros que en todos los

de su vida ha hecho, como son rendir y avasallar el duro corazón de Lenio y poner en libertad el tan sujeto mío.

—Mira lo que dices—dijo entonces Orompo—amigo Lauso, que, si el Amor te tenía sujeto, como hasta aquí has significado, ¿cómo el mismo Amor ahora te ha puesto en la libertad que publicas?

—Si me quieres entender, Orompo—replicó Lauso—, verás que en nada me contradigo, porque digo, o quiero decir, que el amor que reinaba y reina en el pecho de aquella a quien yo tan en extremo quería, como se encamina a diferente intento que el mío, puesto que todo es amor, el efecto que en mí ha hecho es ponerme en libertad y a Lenio en servidumbre; y no me hagas, Orompo, que cuente con estos otros milagros.

Y, diciendo esto, volvió los ojos a mirar al anciano Arsindo, y con ellos dijo lo que con la lengua callaba, porque todos entendieron que el tercero milagro que pudiera contar fuera ver enamoradas las canas de Arsindo de los pocos y verdes años de Maurisa, la cual todo este tiempo estuvo hablando aparte con Galatea y Florisa, diciéndoles cómo otro día sería Grisaldo en el aldea en hábito de pastor y que allí pensaba desposarse con Rosaura en secreto, porque en público no podía, a causa que los parientes de Leopersia, con quien su padre tenía concertado de casarle, habían sabido que Grisaldo quería faltar en la prometida palabra, y en ninguna manera querían que tal agravio se les hiciese; pero que, con todo esto, estaba Grisaldo determinado de corresponder antes

a lo que a Rosaura debía, que no a la obligación en que a su padre estaba.

—Todo esto que os he dicho, pastoras—prosiguió Maurisa—, mi hermano Galercio me dijo que os lo dijese, el cual a vosotras con este recaudo venía; pero la cruel Gelasia, cuya hermosura lleva siempre tras sí el alma de mi desdichado hermano, fué la causa que él no pudiese venir a deciros lo que he dicho, pues, por seguir a ella, dejó de seguir el camino que traía, fiándose de mí como de hermana. Ya habéis entendido, pastoras, a lo que vengo; decidme do está Rosaura para decírselo o decídselo vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto no consiente que un punto más aquí me detenga.

En tanto que la pastora esto decía, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle y las tristes nuevas que habían de llegar a los oídos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no excusaba de darlas y que era peor detenerla, luego le contó todo lo que a Rosaura había sucedido, y cómo Artandro la llevaba, de que quedó maravillada Maurisa, y al instante quisiera dar la vuelta a avisar a Grisaldo si Galatea no la detuviera, preguntándole qué se habían hecho las dos pastoras que con ella y con Galercio se habían ido, a lo que respondió Maurisa:

—Cosas te pudiera contar dellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiración que no es la en que a mí me ha puesto el suceso de Rosaura; pero el tiempo no me da lugar a ello: sólo te digo que la que se llamaba Leonarda se ha desposado con mi hermano Artidoro por el más sutil engaño que jamás se ha

visto, y Teolinda, la otra, está en término de acabar la vida o de perder el juicio, y sólo la entretiene la vista de Galercio, que, como se parece tanto a la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañía, cosa que es a Galercio tan pesada y enojosa cuanto le es dulce y agradable la compañía de la cruel Gelasia. El modo como esto pasó te contaré más despacio, cuando otra vez nos veamos, porque no será razón que por mi tardanza se impida el remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible, porque, si no ha más que esta mañana que Artandro robó a Rosaura no se podrá haber alejado tanto destas riberas que quite la esperanza a Grisaldo de cobrarla, y más si yo aguijo los pies como pienso.

Parecióle bien a Galatea lo que Maurisa decía, y así, no quiso más detenerla; sólo le rogó que fuese servida de tomarla a ver lo más presto que pudiese para contarle el suceso de Teolinda y lo que haría en el hecho de Rosaura. La pastora se lo prometió, y, sin más detenerse, despidiéndose de los que allí estaban, se volvió a su aldea, dejando a todos satisfechos de su donaire y hermosura; pero quien más sintió su partida fué el anciano Arsindo, el cual, por no dar claras muestras de su deseo, se hubo de quedar tan solo sin Maurisa cuanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron también las pastoras suspensas de lo que de Teolinda habían oído, y en extremo deseaban saber su suceso. Y estando en esto oyeron el claro son de una bocina que a su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos a aquella parte

vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores que en medio tenían un antiguo sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Telesio; y habiendo uno de los pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto y se encaminaron hacia otro que allí junto estaba, donde, subidos, de nuevo tornaron a tocarla, a cuyo son de diferentes partes se comenzaron a mover muchos pastores para venir a ver lo que Telesio quería, porque con aquella señal solía él convocar todos los pastores de aquella ribera cuando quería hacerles algún provechoso razonamiento o decirles la muerte de algún conocido pastor de aquellos contornos o para traerles a la memoria el día de alguna solemne fiesta o el de algunas tristes exequias. Teniendo, pues, Aurelio, y casi los más pastores que allí venían, conocida la costumbre y condición de Telesio, todos se fueron acercando adonde él estaba, y cuando llegaron ya se habían juntado; pero como Telesio vió venir tantas gentes y conoció cuán principales todos eran, bajando de la cuesta, los fué a recibir con mucho amor y cortesía, y con la misma fué de todos rescibido, y llegándose Aurelio a Telesio le dijo:

—Cuéntanos, si fueres servido, honrado y venerable Telesio, qué nueva causa te mueve a querer juntar los pastores destos prados. ¿Es, por ventura, de alegres fiestas o de tristes y fúnebres sucesos? ¿O quiéresnos mostrar alguna cosa pertenesciente al mejoramiento de nuestras vidas? Dinos, Telesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere.

—Págueos el Cielo, pastores—respondió Telesio—, la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel que sólo vuestro bien y provecho pretende. Mas, por satisfacer al deseo que tenéis de saber lo que quiero, quiéroos traer a la memoria la que debéis tener perpetuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas exequias se renuevan y se irán renovando de año en año tal día como mañana, en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe a la bondad y valor de Meliso. A lo menos, de mí os sé decir que en tanto que la vida me durare no dejaré de acordaros a su tiempo la obligación en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso, y así agora os la acuerdo, y os advierto que mañana es el día en que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fué perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso. Por lo que a la bondad suya debéis y por lo que a la intención que tengo de serviros estáis obligados, os ruego, pastores, que mañana, al romper del día, os halléis todos en el valle de los Cipreses, donde esta el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, pará que allí, con tristes cantos y piadosos sacrificios, procuremos aligerar la pena, si alguna padece, a aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado.

Y diciendo esto, con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lágrimas, acompañándole

en ellas casi los más de los circunstantes, los cuales, todos de una mesma conformidad, se ofrecieron de acudir otro día adonde Telesio les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nísida y Blanca, por parecerles que no sería bien dejar de hallarse en ocasión tan piadosa y en junta de tan célebres pastores como allí imaginaron que se juntarían. Con esto se despidieron de Telesio y tornaron a seguir el comenzado camino de la aldea; mas no se habían apartado mucho de aquel lugar, cuando vieron venir hacia ellos al desamorado Lenio, con semblante tan triste y pensativo que puso admiración en todos; y tan transportado en sus imaginaciones venía, que pasó lado con lado de los pastores sin que los viese; antes, torciendo el camino a la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos cuando se arrojó al pie de un verde sauce, y, dando un recio y profundo suspiro, levantó la mano y poniéndola por el collar del pellico, tiró tan recio que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zurrón del lado, y, sacando dél un pulido rabel, con grande atención y sosiego se le puso a templar, y, a cabo de poco espacio, con lastimada y concertada voz, comenzó a cantar de manera que forzó a todos los que le habían visto a que se parasen a escucharle hasta el fin de su canto, que fué éste:

LENIO

¡Dulce Amor, ya me arrepiento
de mis pasadas porfías;
ya de hoy más confieso y siento
que fué sobre burlerías
levantado su cimientó;

ya el rebelde cuello erguido
humilde pongo y rendido
al yugo de tu obediencia;
ya conozco la potencia
de tu valor extendido!

Sé que puedes cuanto quieres,
y que quieres lo imposible;
sé que muestras bien quién eres
en tu condición terrible,
en tus penas y placeres,
y sé, en fin, que yo soy quien
tuvo siempre a mal tu bien,
tu engaño por desengaño,
tus certezas por engaño,
por caricias tu desdén.

Estas cosas bien sabidas,
han agora descubierto
en mis entrañas rendidas
que tú solo eres el puerto
do descansan nuestras vidas;
tú la implacable tormenta
que al alma más atormenta
vuelves en serena calma;
tú eres gusto y luz del alma,
y manjar que la sustenta.

Pues esto juzgo y confieso,
aunque tarde vengo en ello,
tiempla tu rigor y exceso,
Amor, y del flaco cuello
aligera un poco el peso.
Al ya rendido enemigo
no se ha de dar el castigo
como a aquel que se defiende;
cuanto más que aquí se ofende
quien ya quiere ser tu amigo.

Salgo de la pertinacia
do me tuvo mi malicia,
y el estar en tu desgracia,
y apelo de tu justicia
ante el rostro de tu gracia.

Q: e, si a mi poco valor
no le quillata en favor
de tu gracia conocida,
presto dejaré la vida
en las manos del dolor.

Las de Gelasia me han puesto
en tan extraña agonía,
que, si más porfía en esto,
mi dolor y su porfía
sé que acabarán bien presto.
¡Oh, dura Gelasia, esquiva,
zahareña, dura, altiva!
¿Por qué gustas, di, pastora,
que el corazón que te adora
en tantos tormentos viva?

Poco fué lo que cantó Lenio; pero lo que lloró fué tanto, que allí quedara deshecho en lágrimas si los pastores no acudieran a consolarle. Mas como él los vió venir y conoció entre ellos a Tirsi, sin más detenerse, se levantó y se fué a arrojar a sus pies, abrazándole estrechamente las rodillas, y, sin dejar las lágrimas, le dijo:

—Agora puedes, famoso pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponía. Agora digo que puedes levantar el brazo, y con algún agudo cuchillo traspasar este corazón donde cupo tan notoria simpleza como era no tener al Amor por universal señor del mundo. Pero de una cosa te quiero advertir: que, si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dejes con la vida que sostengo, que es tal que no hay muerte que se le compare.

Había ya Tirsi levantado del suelo al lastimado

Lenio, y, teniéndole abrazado, con discretas y amorosas palabras procuraba consolarle diciéndole:

—La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estar pertinaces en ellas; porque es de condición de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos, y, asimesmo, una de las principales causas que mueve y fuerza a perdonar las ofensas es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende y más cuando está el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues su noble condición le tira y compele a que lo haga, quedando más rico y satisfecho con el perdón que con la venganza, como se ve esto a cada paso en los grandes señores y reyes, que más gloria granjean en perdonar las injurias que en vengarlas. Y pues tú, Lenio, confiesas el error en que has estado y conoces ahora las poderosas fuerzas del Amor y entiendes dél que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento y por el arrepentimiento que tienes, puedes estar confiado y vivir seguro que el generoso y blando Amor te reducirá presto a sosegada y amorosa vida; que si ahora te castiga con darte la penosa que tienes, hácelo porque le conozcas y porque después tengas y estimes en más la alegre que sin duda piensa darte.

A estas razones añadieron otras muchas Elicio y los demás pastores que allí estaban, con las cuales pareció que quedó Lenio algo más consolado, y luego les contó cómo moría por la cruel pastora Gelasia, exagerándoles la esquiva y desamorada condición suya y cuán libre y exenta estaba de pensar en ningún efecto amoroso, encareciéndoles también el insu-

frible tormento que por ella el gentil pastor Galercio padecía, de quien ella hacía tan poco caso, que mil veces le había puesto en términos de desesperarse. Mas después que por un rato en estas cosas hubieron razonado, tomaron a seguir su camino, llevando consigo a Lenio, y, sin sucederles otra cosa, llegaron al aldea, llevándose consigo Elicio a Tirsi, Damón, Erastro, Lauso y Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orfenio, Marsilio y Orompo. Florisa y las otras pastoras se fueron con Galatea y con su padre, Aurelio, quedando primero concertado que otro día, al salir del alba, se juntasen para ir al valle de los Cipreses, como Telesio les había mandado, para celebrar las exequias de Meliso, en las cuales, como ya está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

FIN DEL LIBRO QUINTO

SEXTO Y ULTIMO LIBRO DE GALATEA

Apenas habían los rayos del dorado Febo comenzado a despuntar por la más baja línea de nuestro horizonte, cuando el anciano y venerable Telesio hizo llegar a los oídos de todos los que en el aldea estaban el lastimero son de su bocina, señal que movió a los que le escucharon a dejar el reposo de los pastorales lechos y acudir a lo que Telesio pedía. Pero los primeros que en esto tomaron la mano fueron Elicio, Aurelio, Daranio y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nísida y Blanca y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras que a ellos se juntaron y al número de treinta llegarían, entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recién desposada Silveria, la cual llevaba consigo a la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilio tan amorosas y mortales angustias padecía. Había venido Belisa a visitar a Silveria y darle el parabién del nuevo rescibido estado, y quiso asimesmo hallarse en tan célebres exequias como esperaban serían las que tantos y tan famosos pastores celebraban. Salieron,

pues, todos juntos de la aldea, fuera de la cual hallaron a Telesio con otros muchos pastores que le acompañaban, todos vestidos y adornados de manera que bien mostraban que para triste y lamentable negocio habían sido juntados. Ordenó luego Telesio, porque con intenciones más puras y pensamientos más reposados se hiciesen aquel día los solemnes sacrificios, que todos los pastores fuesen juntos por su parte y desviados de las pastoras, y que ellas lo mismo hiciesen, de que los menos quedaron contentos, y los más no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilio, que ya había visto a la desamorado Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí y tan suspenso, cual lo conocieron bien sus amigos Orompo, Crisio y Orfenio, los cuales, viéndole tal, se llegaron a él, y Orompo le dijo:

—Esfuerza, amigo Marsilio, esfuerza y no des ocasión con tu desmayo a que se descubra el poco valor de tu pecho; ¿qué sabes si el Cielo, movido a compasión de tu pena, ha traído a tal tiempo a estas riberas a la pastora Belisa para que las remedie?

—Antes para más acabarme, a lo que yo creo—respondió Marsilio—, habrá ella venido a este lugar, que de mi ventura esto y más se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandas, si acaso puede conmigo en este duro trance más la razón que mi sentimiento.

Y con esto volvió algo más en sí Marsilio, y luego los pastores por una parte, y las pastoras por otra, como de Telesio estaba ordenado, se comenzaron a encaminar al valle de los Cipreses, llevando todos un

maravilloso silencio, hasta que, admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo, por do caminaban, vuelto a Elicio, que al lado le venía, le dijo:

—No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza destas frescas riberas, y no sin razón, porque quien ha visto, como yo, las espaciosas del nombrado Betis, y las que visten y adornan el famoso Ebro, y al conocido Pisuerga, y en las apartadas tierras ha paseado las del santo Tíber y las amenas del Po, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apascible Sebeto, grande ocasión había de ser la que a maravilla me moviese de ver otras algunas.

—No vas tan fuera de camino en lo que dices, según yo creo, discreto Timbrio—respondió Elicio—, que con los ojos no veas la razón que de decirlo tienes; porque, sin duda, puedes creer que la amenidad y frescura de las riberas deste río hacen notoria y conocida ventaja a todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Janto, y del conocido Anfriso, y el enamorado Alpheo; porque tiene y ha hecho cierto la experiencia que, casi por derecha línea, encima de la mayor parte destas riberas, se muestra un Cielo luciente y claro, que, con un largo movimiento y con vivo resplandor, parece que convida a regocijo y gusto al corazón que dél está más ajeno. Y si ello es verdad que las estrellas y el Sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá bajo, creo firmemente que las deste río sean en gran parte ocasión de causar la belleza del Cielo que le cubre, o creeré que Dios, por la misma razón

que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo más de su habitación. La tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiesta y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable, y el dorado río, como en cambio, en los abrazos della dulcemente entretejiéndose, forma como de industria mil entradas y salidas, que a cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso, de donde nasce que, aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces a mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricas caserías que por ellas se ven fundadas. Aquí se ve en cualquiera sazón del año andar la risueña Primavera con la hermosa Venus en hábito sucinto y amoroso, y Céfiro, que la acompaña, con la madre Flora delante; esparciendo a manos llenas varias y odoríferas flores. Y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la Naturaleza, encorporada con el Arte, es hecha artífice y connatural del Arte, y de entrambas a dos se ha hecho una tercia Naturaleza, a la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Espérides y de Alcino pueden callar; de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos; de sus abundosos pastos, alegres valles y vestidos collados, arroyos y fuentes que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga más, sino que, si en alguna parte de la Tierra los campos Elíseos tienen asiento, es, sin duda, en ésta. ¿Qué diré de la industria de las altas

ruedas, con cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo río y humedecen abundantamente las eras que por largo espacio están apartadas? Añádese a todo esto criarse en estas riberas las más hermosas y discretas pastoras que en la redondez del suelo pueden hallarse, para cuyo testimonio, dejando aparte el que la experiencia nos muestra y lo que tú, Timbrio, ha que estás en ellas y has visto, bastará traer, por ejemplo, a aquella pastora que allí ves, joh, Timbriol

Y, diciendo esto, señaló con el cayado a Galatea, y, sin decir más, dejó admirado a Timbrio de ver la discreción y palabras con que había alabado las riberas del Tajo y la hermosura de Galatea. Y respondiéndole que no se le podía contradecir ninguna cosa de las dichas, en aquéllas y en otras entretenían la pesadumbre del camino, hasta que, llegados a vista del valle de los Cipreses, vieron que dél salían casi otros tantos pastores y pastoras como los que con ellos iban. Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron a entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan extraño y maravilloso, que, aun a los mismos que muchas veces le habían visto, causaba nueva admiración y gusto. Levántanse en una parte de la ribera del famoso Tajo, en cuatro diferentes y contrapuestas partes, cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida, los cuales mismos collados estrechan de modo, que vienen a formar cuatro largas y apacibles calles, a quien hacen pared de

todos lados altos e infinitos cipreses, puestos por tal orden y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve a pasar ni salir un punto más de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretejidos como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas y puntuosas cambroneras. De trecho en trecho destas apacibles entradas se ven correr, por entre la verde y menuda yerba, claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin destas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman, en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente de blanco y precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tíbuli y las soberbias de la antigua Tinachria no le pueden ser comparadas. Con el agua desta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deleitosa plaza; y lo que más hace a este agradable sitio digno de estimación y reverencia es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado: que sólo sirve de guardador y tesorero de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que, por general decreto de todos los que quedan vivos en el contorno de aquellas riberas, se determina y ordena ser dignos y mercedores de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se

veían entre los muchos y diversos árboles que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que había dellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe y cuál de mármol fabricadas, en cuyas blancas piedras se leían los nombres de los que en ellas estaban sepultados. Pero la que más sobre todas resplandecía, y la que más a los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual, apartada de las otras, a un lado de la ancha plaza, de lisas y negras pizarras y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecía. Y, en el mismo punto que los ojos de Telesio la miraron, volviendo el rostro a toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos les dijo:

—Veis allí, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras; veis allí, digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas. Comenzad, pues, a levantar al Cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lágrimas y profundos sospiros, entonad los santos himnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace.

Y, en diciendo esto, se llegó a un ciprés de aquellos, y, cortando algunas ramas, hizo dellas una funesta guirnalda, con que coronó sus blancas y veneradas sienas, haciendo señal a los demás que lo mismo hiciesen, de cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas, y, guiados de Telesio, llegaron a la sepultura, donde lo pri-

mero que Telesio hizo fué inclinar las rodillas y besar la dura piedra del sepulcro. Hicieron todos lo mismo, y algunos hubo que, tiernos con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban. Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento alrededor de la sepultura se hicieron muchas, aunque pequeñas, hogueras, en las cuales solas ramas de ciprés se quemaban, y el venerable Telesio, con graves y sossegados pasos, comenzó a rodear la pira y a echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcía alguna breve y devota oración a rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la cual levantaba la tremante voz, y todos los circunstantes, con triste y piadoso acento, respondían: «Amén, amén», tres veces, a cuyo lamentable sonido resonaban los cercados collados y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses y de los otros muchos árboles, de que el valle estaba lleno, heridas de un manso céfiro que soplabá, hacían y formaban un sordo y tristísimo susurro, casi como en señal de que por su parte ayudaban a la tristeza del funesto sacrificio. Tres veces rodeó Telesio la sepultura, y tres veces dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del «amén», que los pastores repetían. Acabada esta ceremonia, el anciano Telesio se arrió a un subido ciprés que a la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro a una y otra parte hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos a lo que decir quería, y luego, le-

vantando la voz todo lo que pudo conceder la anti-
güedad de sus años, con maravillosa elocuencia co-
menzó a alabar las virtudes de Meliso, la integridad
de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la en-
tereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plá-
tica y la excelencia de su poesía, y, sobre todo, la
solicitud de su pecho en guardar y cumplir la santa
religión que profesado había, juntando a éstas otras
tantas y tales virtudes de Meliso, que, aunque el
pastor no fuera tan conocido de todos los que a Te-
lesio escuchaban, sólo por lo que él decía quedarán
aficionados a amarle si fuera vivo, y a reverenciarle
después de muerto. Concluyó, pues, el viejo su plá-
tica diciendo:

—Si a do llegaron, famosos pastores, las bondades
de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de ala-
barlas, llegara la bajeza de mi corto entendimiento,
y las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos
y tan cansados años no me acortaran la voz y el
aliento, primero este Sol que nos alumbra le viérades
bañar una y otra vez en el grande Océano, que yo
cesara de la comenzada plática; mas, pues esto en
mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi
falta, y mostraos agradecidos a las frías cenizas
de Meliso, celebrándolas en la muerte como os obli-
ga el amor que él os tuvo en la vida. Y puesto que
a todos en general nos toca y cabe parte desta obli-
gación, a quien en particular más obliga es a los
famosos Tirsi y Damón, como a tan conocidos ami-
gos y familiares suyos, y así les ruego, cuan encare-
cidamente puedo, correspondan a esta deuda suplien-

do y cantando ellos, con más reposada y sonora voz, lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mía.

No dijo más Telesio, ni aun fuera menester decirlo para que los pastores se moviesen a hacer lo que se les rogaba; porque luego, sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel, e hizo señal a Damón que lo mesmo hiciese, a quien acompañaron luego Elicio y Lauso y todos los pastores que allí instrumentos tenían, y a poco espacio formaron una tan triste y agradable música, que, aunque regalaba los oídos, movía los corazones a dar señales de tristeza, con lágrimas que los ojos derramaban. Juntábase a esto la dulce armonía de los pintados y muchos pajarillos que por los aires cruzaban, y algunos sollozos que las pastoras, ya tiernas y movidas con el razonamiento de Telesio y con lo que los pastores hacían, de cuando en cuando de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte que, concordándose el son de la triste música y el de la alegre armonía de los jilguerillos, calandrias y rui-señores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan extraño y lastimoso concepto, que no hay lengua que encarecerlo pueda. De allí a poco espacio, cesando los demás instrumentos, solos los cuatro de Tirsi, Damón, Elicio y de Lauso se escucharon, los cuales, llegándose al sepulcro de Meliso, a los cuatro lados del sepulcro, señal por donde todos los presentes entendieron que alguna cosa cantar querían, y así les prestaron un maravilloso y sosegado silencio, y luego el famoso Tirsi, con levantada, triste y sonora voz, ayudándole Elicio, Damón y Lauso, desta manera comenzó a cantar:

TIRSI

Tal cual es la ocasión de nuestro llanto,
no sólo nuestro, mas de todo el suelo,
pastores, entonad el triste canto.

DAMÓN

El aire rompan, lleguen hasta el cielo
los suspiros dolientes, fabricados
entre justa piedad y justo duelo.

ELICIO

Serán de tierno humor siempre bañados
mis ojos, mientras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.

LAUSO

Meliso, digno de inmortal historia,
digno que goces en el Cielo santo
de alegre vida y de perpetua gloria

TIRSI

Mientras que a las grandezas me levanto
de cantar sus hazañas, como pienso,
pastores, entonad el triste canto.

DAMÓN

Como puedo, Meliso, recompenso
a tu amistad: con lágrimas vertidas,
con ruegos píos y sagrado incienso.

ELICIO

Tu muerte tiene en llanto convertidas
nuestras dulces pasadas alegrías,
y a tierno sentimiento reducidas.

LAUSO

Aquellos claros, venturosos días,
donde el mundo gozó de tu presencia,
se han vuelto en noches miserables, frías.

TIRSI

¡Oh, muerte, que con presta violencia
tal vida en poca tierra reducistel
¿A quién no alcanzará tu diligencia?

DAMÓN

Después, ¡oh, muertel, que aquel golpe diste
que echó por tierra nuestro fuerte arrimo,
de yerba el prado ni de flor se viste.

ELICIO

Con la memoria deste mal reprimo
el bien, si alguno llega a mi sentido,
y con nueva aspereza me lastimo.

LAUSO

¿Cuándo suele cobrarse el bien perdido?
¿Cuándo el mal sin buscarle no se halla?
¿Cuándo hay quietud en el mortal ruido?

TIRSI

¿Cuándo de la mortal fiera batalla
triunfó la vida, y cuándo, contra el tiempo,
se opuso o fuerte arnés o dura malla?

DAMÓN

Es nuestra vida un sueño, un pasatiempo,
un vano encanto, que desaparece
cuando más firme pareció en su tiempo.

ELICIO

Día que al medio curso se oscurece,
y le sucede noche tenebrosa,
envuelta en sombras que el temor ofrece.

LAUSO

Mas tú, pastor famoso, en venturosa
hora pasaste deste mar insano
a la dulce región maravillosa.

TIRSI

Después que en el aprisco veneciano
las causas y demandas decidiste
del gran pastor del ancho suelo hispano;

DAMÓN

Después también que con valor sufriste
el trance de fortuna acelerado,
que a Italia hizo, y aun a España, triste;

ELICIO

Y después que, en sosiego reposado,
con las nueve doncellas solamente
tanto tiempo estuviste retirado,

LAUSO

Sin que las fieras armas del oriente
ni la francesa furia inquietase
tu levantada y sosegada mente,

TIRSI

Entonces quiso el Cielo que llegase
la fría mano de la muerte airada,
y en tu vida el bien nuestro arrebatase.

DAMÓN

Quedó tu suerte entonces mejorada,
 quedó la nuestra a un triste amargo lloro
 perpetua, eternamente condenada.

ELICIO

Vióse, el sacro virgíneo hermoso coro
 de aquellas moradoras de Parnaso
 romper llorando sus cabellos de oro.

LAUSO

A lágrimas movió el doliente caso
 al gran competidor del niño ciego,
 que entonces de dar luz se mostró escaso.

TIRSI

No entre las armas y el ardiente fuego
 los tristes teucros tanto se afligieron
 con el engaño del astuto griego,

como lloraron, como repitieron
 el nombre de Meliso los pastores,
 cuando informados de su muerte fueron.

DAMÓN

No de olorosas variadas flores
 adornaron sus frentes, ni cantaron
 con voz suave algún cantar de amores.

De funesto ciprés se coronaron,
 y en triste repetido amargo llanto
 lamentables canciones entonaron.

ELICIO

Y así, pues, hoy el áspero quebranto
 y la memoria amarga se renueva,
 pastores, entonad el triste canto,

qu'el duro caso que a doler nos lleva
es tal, que será pecho de diamante
el que a llorar en él no se conmueva.

LAUSO

El firme pecho, el ánimo constante
qu'en las adversidades siempre tuvo
este pastor por mil lenguas se canfe,

como al desdén que de contino hubo
en el pecho de Filis indignado
cual firme roca contra el mar estuvo.

TIRSI

Repítanse los versos que ha cantado,
queden en la memoria de las gentes
por muestras de su ingenio levantado.

DAMÓN

Por tierras de las nuestras diferentes
lleve su nombre la parlera fama
con pasos prestos y alas diligentes.

ELICIO

Y de su casta y amorosa llama
ejemplo tome el más lascivo pecho
y el que en ardor menos cabal se inflama.

LAUSO

¡Venturoso Meliso, que, a despecho
de mil contrastes fieros de fortuna,
vives ahora alegre y satisfecho!

TIRSI

Poco te cansa, poco te importuna
esta mortal bajeza que dejaste,
llena de más mudanzas que la Luna.

DAMÓN

Por firme alteza la humildad trocaste,
por bien el mal, la muerte por la vida:
tan seguro temiste y esperaste.

ELICIO

Desta mortal, al parecer, caída,
quien vive bien, al cabo se levanta,
cual tú, Meliso, a la región florida,

donde por más de una inmortal garganta
se despide la voz, que gloria suena,
gloria repite, dulce gloria canta;

donde la hermosa clara faz serena
se ve, en cuya visión se goza y mira
la suma gloria más perfecta y buena.

Mi flaca voz a tu alabanza aspira,
y tanto cuanto más crece el deseo,
tanto, Meliso, el miedo le retira.

Que aquello que contemplo agora, y veo
con el entendimiento levantado,
del sacro tuyo sobrehumano arreo,

tiene mi entendimiento acobardado,
y sólo pare en levantar las cejas
y en recoger los labios de admirado.

LAUSO

Con tu partida, en triste llanto dejás
cuantos con tu presencia se alegraban,
y el mal se acerca, porque tú te alejas.

TIRSI

En tu sabiduría se enseñaban
los rústicos pastores, y, en un punto,
con nuevo ingenio y discreción quedaban.

Pero llegóse aquel forzoso punto
donde tú te partiste y do quedamos
con poco ingenio y corazón difunto.

Esta amarga memoria celebramos
los que en la vida te quisimos tanto,
cuanto ahora en la muerte te lloramos.

Por esto, al son de tan confuso llanto,
cobrando de contino nuevo aliento,
pastores, entonad el triste canto.

Lleguen do llega el duro sentimiento
las lágrimas vertidas y sospiros,
con quien se aumenta el presuroso viento.

Poco os encargo, poco sé pedirlos;
más habéis de sentir que cuanto agora
puede mi atada lengua referiros.

Mas, pues Febo se ausenta, y descolora
la Tierra, que se cubre en negro manto,
hasta que venga la esperada aurora,
pastores, cesad ya del triste canto.

Tirsi, que comenzado había la triste y dolorosa elegía, fué el que puso fin, sin que le pusiesen por un buen espacio a las lágrimas todos los que el lamentable canto escuchado habían. Mas, a esta sazón, el venerable Telesio les dijo:

—Pues habemos cumplido en parte, gallardos y comedidos pastores, con la obligación que al venturoso Meliso tenemos, poned por agora silencio a vuestras tiernas lágrimas, y dad algún vado a vuestros dolientes sospiros, pues ni por ellas ni ellos podemos cobrar la pérdida que lloramos; y puesto que el humano sentimiento no pueda dejar de mostrarle en los adversos acaecimientos todavía es menester

templar la demasía de sus accidentes con la razón que al discreto acompaña; y, aunque las lágrimas y suspiros sean señales del amor que se tiene al que se llora, más provecho consiguen las almas por quien se derraman con los píos sacrificios y devotas oraciones que por ellas se hacen, que si todo el mar Océano por los ojos de todo el mundo hecho lágrimas se destilase. Y por esta razón, y por la que tenemos de dar algún alivio a nuestros cansados cuerpos, será bien que, dejando lo que nos resta de hacer para el venidero día, por agora, visitéis vuestros zurrone, y cumpláis con lo que Naturaleza os obliga.

Y, en diciendo esto, dió orden como todas las pastoras estuviesen a una parte del valle, junto a la sepultura de Meliso, dejando con ellas seis de los más ancianos pastores que allí había, y los demás, poco desviados dellas, en otra parte se estuvieron; y luego, con lo que en los zurrone traían, y con el agua de la clara fuente, satisficieron a la común necesidad de la hambre, acabando a tiempo que ya la noche vestía de una mesma color todas las cosas debajo de nuestro horizonte contenidas, y la luciente Luna mostraba su rostro hermoso y claro en toda la entereza que tiene cuando más el rubio hermano sus rayos le comunica. Pero, de allí a poco rato, levantándose un alterado viento, se comenzaron a ver algunas negras nubes, que algún tanto la luz de la casta diosa encubrían, haciendo sombras en la Tierra, señales por donde algunos pastores que allí estaban, en la rústica astrología maestros, algún venidero turbión y borrasca esperaban; mas todo paró en no más de

quedar la noche parda y serena, y en acomodarse ellos a descansar sobre la fresca yerba, entregando los ojos al dulce y reposado sueño, como lo hicieron todos, si no algunos que repartieron como en centinelas la guarda de las pastoras, y la de algunas antorchas que alrededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedaban. Pero ya que el sosegado silencio se extendió por todo aquel sagrado valle, y ya que el perezoso Morfeo había con el bañado ramo tocado las sienes y párpados de todos los presentes, a tiempo que a la redonda de nuestro polo buena parte las errantes estrellas andado habían, señalando los puntuales cursos de la noche, en aquel instante, de la misma sepultura de Meliso se levantó un grande y maravilloso fuego, tan luciente y claro, que en un momento todo el oscuro valle quedó con tanta claridad como si el mismo Sol le alumbrara; por la cual improvisa maravilla, los pastores que despiertos junto a la sepultura estaban cayeron atónitos en el suelo, deslumbrados y ciegos con la luz del transparente fuego, el cual hizo contrario efecto en los demás que durmiendo estaban, porque, heridos de sus rayos, huyó dellos el pesado sueño, y, aunque con dificultad alguna, abrieron los dormidos ojos, y, viendo la extrañeza de la luz que se les mostraba, confusos y admirados quedaron; y así, cuál en pie, cuál recostado, y cuál sobre las rodillas puesto, cada uno, con admiración y espanto, el claro fuego miraba, todo lo cual visto por Telesio, adornándose en un punto de las sacras vestiduras, acompañado de Elicio, Tirsi, Damón, Lauso y de otros animosos pas-

tores, poco a poco se comenzó a llegar al fuego, con intención de, con algunos lícitos y acomodados exorcismos, procurar deshacer o entender de do procedía la extraña visión que se les mostraba. Pero, ya que llegaban cerca de las encendidas llamas, vieron que, dividiéndose en dos partes, en medio dellas parecía una tan hermosa y agraciada ninfa que en mayor admiración les puso que la vista del ardiente fuego. Mostraba estar vestida de una rica y sutil tela de plata, recogida y retirada a la cintura, de modo que la mitad de las piernas se descubrían, adornadas con unos coturnos o calzado justo dorados, llenos de infinitos lazos de listones de diferentes colores; sobre la tela de plata traía otra vestidura de verde y delicado cendal, que, llevado a una y a otra parte por un ventecillo que mansamente soplabá, extremadamente parecía; por las espaldas traía esparcidos los más luengos y rubios cabellos que jamás ojos humanos vieron, y sobre ellos una guirnalda sólo de verde laurel compuesta; la mano derecha ocupaba con un alto ramo de amarilla y vencedora palma, y la izquierda con otro de verde y pacífica oliva, con los cuales ornamentos tan hermosa y admirable se mostraba, que a todos los que la miraban tenía colgados de su vista; de tal manera, que, desechando de sí el temor primero, con seguros pasos alrededor del fuego se llegaron, persuadiéndose que de tan hermosa visión ningún daño podía sucederles. Y estando, como se ha dicho, todos transportados en mirarla, la bella ninfa abrió los brazos a una y a otra parte, e hizo que las apartadas llamas más se apartasen y di-

vidiesen, para dar lugar a que mejor pudiese ser mirada, y luego, levantando el sereno rostro, con gracia y gravedad extrañas a semejantes razones dió principio:

—Por los efectos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones, discreta y agradable compañía, podéis considerar que no en virtud de malignos espíritus ha sido formada esta figura mía que aquí se os representa, porque una de las razones por do se conoce ser una visión buena o mala es por los efectos que hace en el ánimo de quien la mira; porque la buena, aunque cause en él admiración y sobresalto, el tal sobresalto y admiración vienen mezclados con un gustoso alboroto, que a poco rato le sosiega y satisface; al revés de lo que causa la visión perversa, la cual sobresalta, descontenta, atemoriza y jamás asegura. Esta verdad os aclarará la experiencia cuando me conozcáis y yo os diga quién soy y la ocasión que me ha movido a venir de mis remotas moradas a visitaros. Y porque no quiero teneros colgados del deseo que tenéis de saber quién yo sea, sabed, discretos pastores y bellas pastoras, que yo soy una de las nueve doncellas que en las altas y sagradas cumbres de Parnaso tienen su propia y conocida morada. Mi nombre es Calíope; mi oficio y condición es favorecer y ayudar a los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa y jamás como debe alabada ciencia de la Poesía: yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo ciego natural de Esmirna, por él solamente famosa: la que hará vivir el mantuano Titiro por todos los

siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe; y la que hace que se tengan en cuenta, desde la pasada hasta la edad presente, los escritos tan ásperos como discretos del antiquísimo Enio. En fin, soy quien favoreció a Cátulo, la que nombró a Horacio, eternizó a Propercio, y soy la que con immortal fama tiene conservada la memoria del conocido Petrarca, y la que hizo bajar a los oscuros infiernos y subir a los claros cielos al famoso Dante; soy la que ayudó a tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso; la que en esta patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscán y con el famoso Garcilaso, con el doctor y sabio Castillejo y el artificioso Torres Naharro, con cuyos ingenios, y con los frutos dellos, quedó vuestra patria enriquecida y yo satisfecha; yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana, y la que no dejó jamás el lado de D. Fernando de Acuña, y la que me precie de la estrecha amistad y conversación que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace, cuyas exequias, por vosotros celebradas, no sólo han alegrado su espíritu, que ya por la región eterna se pasea, sino que a mí me han satisfecho de suerte que, forzada, he venido a agradecer tan loable y piadosa costumbre como es la que entre vosotros se usa; y así, os prometo, con las veras que de mi virtud pueden esperarse, que, en pago del beneficio que a las cenizas de mi querido y amado Meliso habéis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamás falten pastores que en la alegre ciencia de la Poesía a todos los de las otras riberas se aven-

tajen; favoreceré asimesmo siempre vuestros consejos, y guiaré vuestros entendimientos, de manera que nunca déis torcido voto cuando decretéis quién es merescedor de enterrarse en este sagrado valle: porque no será bien que, de honra tan particular y señalada, y que sólo es merescida de los blancos y canoros cisnes, la vengan a gozar los negros y roncocuernos. Y así, me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias a ella sujetas, los cuales, si todos o alguno dellos su buena ventura le trujere a acabar el curso de sus días en estas riberas, sin duda alguna le podéis conceder sepultura en este famoso sitio. Junto con esto, os quiero advertir que no entendáis que los primeros que nombrare son dignos de más honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar orden alguna: que, puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al otro y los otros a los otros hacen, quiero dejar esta declaración en duda, porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos tengan en qué ejercitarse, de los cuales darán testimonio sus obras. Irélos nombrando como se me vinieren a la memoria, sin que ninguno se atribuya a que ha sido favor que yo le he hecho en haberme acordado dél primero que de otro, porque, como digo, a vosotros, discretos pastores, dejo que después les déis el lugar que os pareciere que de justicia se les debe. Y para que con menos pesadumbre y trabajo a mi larga relación estéis atentos, haréla de suerte que sólo sintáis disgusto por la brevedad della.

Calló diciendo esto la bella ninfa, y luego tomó una arpa que junto a sí tenía, que hasta entonces de ninguno había sido vista, y, en comenzándola a tocar, parece que comenzó a esclarecerse el Cielo, y que la Luna, con nuevo y no usado resplandor, alumbraba la Tierra; los árboles, a despecho de un blando céfiro que soplabá, tuvieron quedas las ramas; y los ojos de todos los que allí estaban no se atrevían a bajar los párpados, porque, aquel breve punto que se tardaban en alzarlos, no se privasen de la gloria que en mirar la hermosura de la ninfa gozaban; y aun quisieran todos que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el de oír solamente: con tal extrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad toçaba la arpa la bella musa, la cual, después de haber tañido un poco, con la más sonora voz que imaginarse puede, en semejantes versos dió principio:

CANTO DE CALÍOPE

Al dulce son de mi templada lira
 prestad, pastores, el oído atento:
 oiréis cómo en mi voz y en él respira
 de mis hermanas el sagrado aliento.
 Veréis cómo os suspende, y os admira,
 y colma vuestras almas de contento,
 cuando os dé relación, aquí en el suelo,
 de los ingenios que ya son del Cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente
 a quien la Parca el hilo aun no ha cortado,
 de aquellos que son dignos justamente
 d'en tal lugar tener señalado,
 donde, a pesar del tiempo diligente,

por el laudable oficio acostumbrado
vuestro, vivan mil siglos sus renombres,
sus claras obras, sus famosos nombres.

Y el que con justo título meresce
gozar de alta y honrosa preeminencia,
un don Alonso es, en quien floresce
del sacro Apolo la divina ciencia;
y en quien con alta lumbré resplandece
de Marte el brío y sin igual potencia,
de Leyva tiene el sobrenombre ilustre,
que a Italia ha dado, y aun a España, lustre.

Otro del mesmo nombre, que de Arauco
cantó las guerras y el valor de España,
el cual los reinos donde habita Glauco
pasó y sintió la embravescida saña,
no fué su voz, no fué su acento rauco,
que uno y otro fué de gracia extraña,
y tal, que Ercilla, en este hermoso asiento,
meresce eterno y sacro monumento.

Del famoso don Juan de Silva os digo
que toda gloria y todo honor meresce,
así por serle Febo tan amigo,
como por el valor que en él florece.
Serán desto sus obras buen testigo,
en las cuales su ingenio resplandece
con claridad que al ignorante alumbrá
y al sabio agudo a veces le deslumbra.

Crezca el número rico desta cuenta
aquel con quien la tiene tal el Cielo,
que con febeo aliento le sustenta,
y con valor de Marte acá en el suelo.
A Homero iguala si a escrebir intenta,
y a tanto llega de su pluma el vuelo,
cuanto es verdad que a todos es notorio
el alto ingenio de don Diego Osorio.

Por quantas vías la parlera fama
puede loar un caballero ilustre,
por tantas su valor claro derrama,
dando sus hechos a su nombre lustre.

Su vivo ingenio, su virtud inflama
 más de una lengua a que, de lustre en lustre
 sin que cursos de tiempos las espanten,
 de don Francisco de Mendoza canten.

¡Feliz don Diego de Sarmiento, ilustre,
 y Carvajal famoso, producido
 de nuestro coro y de Ipocrene lustre,
 mozo en la edad, anciano en el sentido,
 de siglo en siglo irá, de lustre en lustre,
 a pesar de las aguas del olvido,
 tu nombre, con tus obras excelentes,
 de lengua en lengua y de gente en gentes!

Quiéroos mostrar por cosa soberana,
 en tierna edad, maduro entendimiento,
 destreza y gallardía sobrehumana,
 cortesía, valor, comedimiento,
 y quien puede mostrar en la toscana
 como en su propia lengua aquel talento
 que mostró el que cantó la casa d'Este:
 un don Gutierre Carvajal es éste.

Tú, don Luis de Vargas, en quien veo
 maduro ingenio en verdes pocos días,
 procura de alcanzar aquel trofeo
 que te prometen las hermanas más;
 mas tan cerca estás dél, que, a lo que creo,
 ya triunfas, pues procuras por mil vías
 virtuosas y sabias que tu fama
 resplandezca con viva y clara llama.

Del claro Tajo la ribera hermosa
 adornan mil espíritus divinos,
 que hacen nuestra edad más venturosa
 que aquella de los griegos y latinos.
 Dellos pienso decir sola una cosa:
 que son de vuestro valle y honra dignos
 tanto cuanto sus obras nos lo muestran,
 que al camino del Cielo nos adiestran.

Dos famosos doctores, presidentes
 en las ciencias de Apolo, se me ofrecen

que no más que en la edad son diferentes,
 y en el trato e ingenio se parecen.
 Admíranlos ausentes y presentes,
 y entre unos y otros tanto resplandecen
 con su saber altísimo y profundo,
 que presto han de admirar a todo el mundo.

Y el nombre que me viene más a mano
 destos dos que a loar aquí me atrevo
 es del doctor famoso Campuzano,
 a quien podéis llamar segundo Febo.
 El alto ingenio suyo, el sobrehumano
 discurso nos descubre un mundo nuevo,
 de tan mejores Indias y excelencias,
 cuánto mejor qu'el oro son las ciencias.

Es el doctor Suárez, que de Sosa
 el sobrenombre tiene, el que se sigue,
 que de una y otra lengua artificiosa
 lo más cendrado y lo mejor consigue.
 Cualquiera que en la fuente milagrosa,
 cual él la mitigó, la sed mitigue,
 no tendrá que envidiar al docto griego,
 ni a aquel que nos cantó el troyano fuego.

Del doctor Baca, si decir pudiera
 lo que yo siento dél, sin duda creo
 que cuantos aquí estáis os suspendiera:
 tal es su ciencia, su virtud y arreo.
 Yo he sido en ensalzarle la primera
 del sacro coro, y soy la que deseo
 eternizar su nombre en cuanto al suelo
 diere su luz el gran señor de Delo.

Si la fama os trujere a los oídos,
 de algún famoso ingenio maravillas,
 conceptos bien dispuestos y subidos,
 y ciencias que os asombren en ofllas,
 cosas que paran sólo en los sentidos
 y la lengua no puede referillas,
 el dar salida a todo dubio y traza,
 sabed que es el licenciado Daza.

Del maestro Garay las dulces obras
 me incitan sobre todos a alabarle;
 tú, Fama, que al ligero tiempo sobras,
 ten por heroica empresa el celebrarle.
 Verás cómo en él más fama cobras,
 Fama, que está la tuya en ensalzarle,
 que hablando desta fama, en verdadera
 has de trocar la fama de parlera.

Aquel ingenio que al mayor humano
 se deja atrás, y aspira al que es divino,
 y, dejando a una parte el castellano,
 sigue el heroico verso del latino;
 el nuevo Homero, el nuevo mantuano,
 es el maestro Córdoba, que es digno
 de celebrarse en la dichosa España,
 y en cuanto el Sol alumbraba y el mar baña.

De ti, el doctor Francisco Díaz, puedo
 asegurar a estos mis pastores
 que, con seguro corazón y ledo,
 pueden aventajarse en tus loores.
 Y si en ellos yo agora corta quedo,
 debiéndose a tu ingenio los mayores,
 es porque el tiempo es breve, y no me atrevo
 a poderte pagar lo que te debo.

Luján, que con la toga merescida
 honras el propio y el ajeno suelo,
 y con tu dulce musa conocida
 subes tu fama hasta el más alto Cielo,
 yo te daré después de muerto vida,
 haciendo que, en ligero y presto vuelo,
 la fama de tu ingenio único, solo,
 vaya del nuestro hasta el contrario polo.

El alto ingenio y su valor declara
 un licenciado tan amigo vuestro
 cuanto ya sabéis que es Juan de Vergara,
 honra del siglo venturoso nuestro.
 Por la senda que él sigue, abierta y clara,
 yo mesma el paso y el ingenio adiestro,
 y, adonde él llega, de llegar me pago,
 y en su ingenio y virtud me satisfago.

Otros os quiero nombrar, porque se estime
 y tenga en precio mi atrevido canto,
 el cual hará que agora más le anime,
 y llegue allí donde el deseo levanto.
 Y es éste que me fuerza y que me oprime
 a decir sólo dél y cantar cuanto
 canto de los ingenios más cabaes:
 el licenciado Alonso de Morales.

Por la difícil cumbre va subiendo
 al templo de la Fama, y se adelanta,
 un generoso mozo, el cual, rompiendo
 por la dificultad que más espanta,
 tan presto ha de llegar allá, que entiendo
 que en profecía ya la fama canta
 del lauro que le tiene aparejado
 al licenciado Hernando Maldonado

La sabia frente de laurel honroso
 adornada veréis de aquel que ha sido
 en todas ciencias y artes tan famoso,
 que es ya por todo el orbe conocido.
 Edad dorada, siglo venturoso,
 que gozar de tal hombre has merecido:
 ¿cuál siglo, cuál edad agora te llega,
 si en ti está Marco Antonio de la Vega?

Un Diego se me viene a la memoria,
 que de Mendoza es cierto que se llama,
 digno que sólo dél se hiciera historia
 tal, que llegara allí donde su fama.
 Su ciencia y su virtud, que es tan notoria,
 que ya por todo el orbe se derrama,
 admira los ausentes y presentes
 de las remotas y cercanas gentes.

Un conocido el alto Febo tiene,
 ¿qué digo un conocido?, un verdadero
 amigo, con quien sólo se entretiene,
 que es de toda ciencia tesorero.
 Y es este que de industria se detiene
 a no comunicar su bien entero,
 Diego Durán, en quien contino dura
 y durará el valor, ser y cordura.

¿Quién pensáis que es aquel que en voz sonora
 sus ansias canta regaladamente,
 aquel en cuyo pecho Febo mora,
 el docto Orfeo y Arión prudente?
 Aquel que, de los reinos del aurora
 hasta los apartados de Occidente,
 es conocido, amado y estimado
 por el famoso López Maldonado.

¿Quién pudiera loaros, mis pastores,
 un pastor vuestro amado y conocido,
 pastor mejor de cuantos son mejores,
 que de Filida tiene el apellido?
 La habilidad, la ciencia, los primores,
 el raro ingenio y el valor subido
 de Luis de Montalvo, le aseguran
 gloria y honor mientras los cielos duran.

El sacro Ibero, de dorado acanto,
 de siempre verde yedra y blanca oliva
 su frente adorne, y en alegre canto
 su gloria y fama para siempre viva,
 pues su antiguo valor ensalza tanto,
 que al fértil Nilo de su nombre priva,
 de Pedro de Liñán la sutil pluma,
 de todo el bien de Apolo cifra y suma.

De Alonso de Baldés me está incitando
 el raro y alto ingenio a que dél cante,
 y que os vaya, pastores, declarando
 que a los más raros pasa, y va adelante.
 Halo mostrado ya, y lo va mostrando
 en el fácil estilo y elegante
 con que descubre el lastimado pecho
 y alaba el mal qu'el fiero amor l'ha hecho.

Admíreos un ingenio en quien se encierra
 todo cuanto pedir puede el deseo,
 ingenio que, aunque vive acá en la tierra,
 del alto cielo es su caudal y arreo.
 Ora trate de paz, ora de guerra,
 todo cuanto yo miro, escucho y leo
 del celebrado Pedro de Padilla,
 me causa nuevo gusto y maravilla.

Tú, famoso Gaspar Alfonso, ordenas,
según aspiras a inmortal subida,
que yo no pueda celebrarte apenas,
si te he de dar loor a tu medida.
Las plantas fertilísimas amenas
que nuestro celebrado monte anida,
todas ofrescen ricas laureolas
para ceñir y honrar tus sienes solas.

De Cristóbal de Mesa os digo cierto
que puede honrar vuestro sagrado valle;
no sólo en vida, mas después de muerto
podéis con justo título alaballe.
De sus heroicos versos el concierto,
su grave y alto estilo, pueden dalle
alto y honroso nombre, aunque callara
la fama dél, y yo no me acordara.

Pues sabéis cuánto adorna y enriquece
vuestras riberas Pedro de Ribera,
dadle el honor, pastores, que meresce,
que yo seré en honrarle la primera.
Su dulce musa, su virtud, ofresce
un sujeto cabal donde pudiera
la fama y cien mil famas ocuparse,
y en solos sus loores extremarse.

Tú, que de Luso el sin igual tesoro
trujiste en nueva forma a la ribera
del fértil río a quien el lecho de oro
tan famoso le hace adonde quiera:
con el debido aplauso y el decoro
debido a ti, Benito de Caldera,
y a tu ingenio sin par, prometo honrarte,
y de lauro y de yedra coronarte.

De aquel que la cristiana poesía
tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
hagan la fama y la memoria mía
famosa para siempre su memoria.
De donde nasce adonde muere el día,
la ciencia sea y la bondad notoria
del gran Francisco de Guzmán, qu'el arte
de Febo sabe, así como el de Marte.

Del capitán Salcedo está bien claro
 que llega su divino entendimiento
 al punto más subido, agudo y raro
 que puede imaginar el pensamiento
 Si le comparo, a él mesmo le comparo,
 que no hay comparación que llegue a cuento
 de tamaño valor, que la medida
 ha de mostrar ser falta o ser torcida.

Por la curiosidad y entendimiento
 de Tomás de Gracián, dadme licencia
 que yo le escoja en este valle asiento
 igual a su virtud, valor y ciencia,
 el cual, si llega a su merescimiento,
 será de tanto grado y preeminencia,
 que, a lo que creo, pocos se le igualen:
 tanto su ingenio y sus virtudes valen.

Ahora, hermanas bellas, de improviso.
 Bautista de Bivar quiere alabaros
 con tanta discreción, gala y aviso,
 que podáis, siendo musas, admiraros.
 No cantará desdenes de Narciso,
 que a Eco solitaria cuestan caros,
 sino cuidados suyos, que han nacido
 entre alegre esperanza y triste olvido.

Un nuevo espanto, un nuevo asombro y miedo
 me acude y sobresalta en este punto,
 sólo por ver que quiero y que no puedo
 subir de honor al más subido punto
 al grave Baltasar, que de Toledo
 el sobrenombre tiene, aunque barrunto
 que de su docta pluma el alto vuelo
 le ha de subir hasta el empíreo Cielo.

Muestra en un ingenio la experiencia,
 que en años verdes y en edad temprana
 hace su habitación así la ciencia,
 como en la edad madura, antigua y cana.
 No entraré con alguno en competencia
 que contradiga una verdad tan llana,
 y más si acaso a sus oídos llega
 que lo digo por vos, Lope de Vega.

De pacífica oliva coronado,
 ante mi entendimiento se presenta
 agora el sacro Betis, indignado,
 y de mi inadvertencia se lamenta.
 Pide que, en el discurso comenzado,
 de los raros ingenios os dé cuenta
 que en sus riberas moran, y yo agora
 harélo con la voz muy más sonora.

Mas ¿qué haré, que en los primeros pasos
 que doy descubro mil extrañas cosas,
 otros mil nuevos Pindos y Parnasos,
 otros coros de hermanas más hermosas,
 con que mis altos bríos quedan lasos,
 y más cuando, por causas milagrosas,
 oigo cualquier sonido servir de Eco,
 cuando se nombra el nombre de Pacheco?

Pacheco es este con quien tiene Febo
 y las hermanas tan discretas mías
 nueva amistad, discreto trato y nuevo
 desde sus tiernos y pequeños días.
 Yo desde entonces hasta agora llevo
 por tan extrañas desusadas vías
 su ingenio y sus escritos, que han llegado
 al título de honor más encumbrado.

En punto estoy donde, por más que diga
 en alabanza del divino Herrera,
 será de poco fruto mi fatiga,
 aunque le suba hasta la cuarta esfera.
 Mas, si soy sospechosa por amiga,
 sus obras y su fama verdadera
 dirán que en ciencias es Hernando solo
 del Ganges al Nilo, y de uno al otro polo.

De otro Fernando quiero daros cuenta,
 que de Cangas se nombra, en quien se admira
 el suelo, y por quien vive y se sustenta
 la ciencia en quien al sacro lauro aspira.
 Si al alto Cielo algún ingenio intenta
 de levantar y de poner la mira,
 póngala en este sólo, y dará al punto
 en el más ingenioso y alto punto.

De don Cristóbal, cuyo sobrenombre
 es de Villarroel, tened creído
 que bien meresce que jamás su nombre
 toque las aguas negras del olvido.
 Su ingenio admire, su valor asombre,
 y el ingenio y valor sea conocido
 por el mayor extremo que descubre
 en cuanto mira el Sol o el suelo encubre.

Los ríos de elocuencia que del pecho
 del grave antiguo Cicerón manaron;
 los que al pueblo de Atenas satisfecho
 tuvieron, y a Demóstenes honraron;
 los ingenios que el tiempo ha ya deshecho
 que tanto en los pasados se estimaron,
 humíllense a la ciencia alta y divina
 del maestro Francisco de Medina.

Puedes, famoso Betis, dignamente,
 al Mincio, al Arno, al Tibre aventajarte,
 y alzar contento la sagrada frente
 y en nuevos anchos senos dilatarte,
 pues quiso el cielo, que en tu bien consiente,
 tal gloria, tal honor, tal fama darte,
 cual te la adquiere a tus riberas bellas
 Baltasar de Alcázar, que está en ellas.

Otro veréis en quien veréis cifrada
 del sacro Apolo la más rara ciencia,
 que, en otros mil sujetos derramada,
 hace en todos de sí grave apariencia.
 Mas, en este sujeto mejorada,
 asiste en tantos grados de excelencia,
 que bien puede Mosquera, el licenciado,
 ser como el mesmo Apolo celebrado.

No se desdeña aquel varón prudente,
 que de ciencias adorna y enriquece
 su limpio pecho, de mirar la fuente
 que en nuestro monte en sabias aguas cresce;
 antes, en la sin par clara corriente
 tanto la sed mitiga, que floresce
 por ello el claro nombre acá en la tierra
 del gran doctor Domingo de Becerra.

Del famoso Espinel cosas diría
 que exceden al humano entendimiento,
 de aquellas ciencias que en su pecho cría
 el divino de Febo sacro aliento;
 mas, pues no puede de la lengua mía
 decir lo menos de lo más que siento,
 no diga más sino que al Cielo aspira,
 ora tome la pluma, ora la lira.

Si queréis ver en una igual balanza
 al rubio Febo y colorado Marte,
 procurad de mirar al gran Carranza,
 de quien el uno y otro no se parte.
 En él veréis, amigas, pluma y lanza
 con tanta discreción, destreza y arte,
 que la destreza, en partes dividida,
 la tiene a ciencia y arte reducida.

De Lázaro Luis Iranzo, lira
 templada había de ser más que la mía,
 a cuyo son cantase el bien que inspira
 en él el Cielo, y el valor que cría.
 Por las sendas de Marte y Febo aspira
 a subir de la humana fantasía
 apenas llega, y él, sin duda alguna,
 llegará contra el hado y la fortuna.

Baltasar de Escobar, que agora adorna
 del Tíber las riberas tan famosas,
 y con su larga ausencia desadorna
 las del sagrado Betis espaciosas;
 fértil ingenio, si por dicha torna
 al patrio amado suelo, a sus honrosas
 y juveniles sienes les ofrezco
 el lauro y el honor que yo merezco.

¿Qué título, qué honor, qué palma o lauro
 se le debe a Juan Sanz, que de Zumeta
 se nombra, si del indo al rojo mauro
 cual su musa no hay otra tan perfecta?
 Su fama aquí de nuevo le restauro
 con deciros, pastores, cuán acepta
 será de Apolo cualquier honra y lustre
 que a Zumeta hagáis que más le lustre

Dad a Juan de las Cuevas el debido
 lugar, cuando se ofrezca en este asiento,
 pastores, pues lo tiene merecido
 su dulce musa y raro entendimiento.
 Sé que sus obras del eterno olvido,
 a despecho y pesar del violento
 curso del tiempo, librarán su nombre,
 quedando con un claro alto renombre.

Pastores, si le viéredes, honraldo
 al famoso varón que os diré agora,
 y en graves dulces versos celebraldo,
 como a quien tanto en ellos se mejora.
 El sobrenombre tiene de Bivaldo;
 de Adam el nombre, el cual ilustra y dora
 con su florido ingenio y excelente
 la venturosa nuestra edad presente.

Cual suele estar de variadas flores
 adorno y rico el más florido Mayo,
 tal de mil varias ciencias y primores
 está el ingenio de don Juan Aguayo.
 Y, aunque más me detenga en sus loores,
 sólo sabré deciros que me ensayo
 agora, y que otra vez os diré cosas
 tales que las tengáis por milagrosas.

De Juan Gutiérrez Rufo el claro nombre
 quiero que viva en la inmortal memoria,
 y que al sabio y al simple admire, asombre
 la heroica que compuso ilustre historia.
 Dele el sagrado Bétis el renombre
 que su estilo meresce; denle gloria
 los que pueden y saben; déle el Cielo
 igual la fama a su encumbrado vuelo.

En don Luis de Góngora os ofrezco
 un vivo raro ingenio sin segundo;
 con sus obras me alegro y enriquezco
 no sólo yo, mas todo el ancho mundo.
 Y si, por lo que os quiero, algo merezco,
 haced que su saber alto y profundo
 en vuestras alabanzas siempre viva,
 contra el ligero tiempo y muerte esquiva.

Cifia el verde laurel, la verde yedra,
 y aun la robusta encina, aquella frente
 de Gonzalo Cervantes Saavedra,
 pues la deben ceñir tan justamente.
 Por él la ciencia más de Apolo medra;
 en él Marte nos muestra el brío ardiente
 de su furor, con tal razón medido,
 que por él es amado y es temido.

Tú, que de Celidón, con dulce plectro,
 heciste resonar el nombre y fama,
 cuyo admirable y bien limado metro
 a lauro y triunfo te convida y llama,
 rescibe el mando, la corona y cetro,
 Gonzalo Gómez, desta que te ama,
 en señal que meresce tu persona
 el justo señorío de Elicona.

Tú, Dauro (1), de oro conocido río,
 cual bien agora puedes señalarte,
 y con nueva corriente y nuevo brío
 al apartado Idaspe aventajarte,
 pues Gonzalo Mateo de Berrío
 tanto procura con su ingenio honrarte,
 que ya tu nombre la parlera fama,
 por él, por todo el mundo le derrama.

Tejed de verde lauro una corona,
 pastores, para honrar la digna frente
 del licenciado Soto Barahona,
 varón insigne, sabio y elocuente.
 En él el licor santo de Elicona,
 si se perdiera en la sagrada fuente,
 se pudiera hallar, ¡oh, extraño casol,
 como en las altas cumbres de Parnaso.

De la región antártica podría
 eternizar ingenios soberanos,
 que si riquezas hoy sustenta y cría,
 también entendimientos sobrehumanos.
 Mostrarlo puedo en muchos este día,

(1) El río Darro, en Granada.

y en dos os quiero dar llenas las manos:
 uno, de Nueva España y nuevo Apolo;
 del Perú el otro: un sol único y solo.

Francisco, el uno, de Terrazas, tiene
 el nombre acá y allá tan conosciado,
 cuya vena caudal nueva Ipocrene
 ha dado al patrio venturoso nido.
 La mesma gloria al otro igual le viene,
 pues su divino ingenio ha producido
 en Arequipa eterna primavera,
 que este es Diego Martínez de Ribera.

Aquí debajo de felice estrella,
 un resplandor salió tan señalado,
 que de su lumbre la menor centella
 nombre de Oriente al Occidente ha dado.
 Cuando esta luz nació, nació con ella
 todo el valor; nació Alonso Picado;
 nació mi hermano y el de Palas junto,
 que ambas vimos en el vivo trasunto.

Pues si he de dar la gloria a ti debida,
 gran Alonso de Estrada, hoy eres digno
 que no se cante así tan de corrida
 tu ser y entendimiento peregrino.
 Contigo está la Tierra enriquecida
 que al Betis mil tesoros da contino,
 y aun no da el cambio igual: que no hay tal paga
 que a tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,
 claro don Juan, te nos ha dado el Cielo,
 de Avalos gloria y de Ribera lustre,
 honra del propio y del ajeno suelo.
 Dichosa España, do por más de un lustre
 muestra serán tus obras y modelo
 de cuanto puede dar Naturaleza
 de ingenio claro y singular nobleza.

El que en la dulce patria está contento,
 las puras aguas de Limar gozando,
 la famosa ribera, el fresco viento
 con sus divinos versos alegrando,

venga, y veréis por suma deste cuento,
 su heroico brío y discreción mirando,
 que es Sancho de Ribera en toda parte
 Febo primero, y sin segundo Marte.

Este mesmo famoso insigne valle
 un tiempo al Betis usurpar solía
 un nuevo Homero, a quien podemos dalle
 la corona de ingenio y gallardía.
 Las gracias le cortaron a su talle,
 y el Cielo en todas lo mejor le envía:
 este ya en vuestro Tajo conocido,
 Pedro de Montesdoca es su apellido.

En todo cuanto pedirá el deseo,
 un Diego ilustre de Aguilar admira,
 un águila real que en vuelo veo
 alzarse a do llegar ninguno aspira.
 Su pluma entre cien mil gana trofeo,
 que, ante ella, la más alta se retira;
 su estilo y su valor tan celebrado
 Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado

Un Gonzalo Fernández se me ofresce,
 gran capitán del escuadrón de Apolo,
 que hoy de Sotomayor ensoberbece
 el nombre, con su nombre heroico y solo.
 En verso admira, y en saber floresce
 en cuanto mira el uno y otro polo,
 y, si en la pluma en tanto grado agrada,
 no menos es famoso por la espada.

De un Enrique Garcés, que al piruano
 reino enriquece, pues con dulce rima,
 con sutil, ingeniosa y fácil mano,
 a la más ardua empresa en él dió cima,
 pues en dulce español al gran toscano
 nuevo lenguaje ha dado y nueva estima,
 ¿quién será tal que la mayor le quite,
 aunque el mesmo Petrarca resuscite?

Un Rodrigo Fernández de Pineda,
 cuya vena inmortal, cuya excelente
 y rara habilidad gran parte hereda

del licor sacro de la equina fuente,
 pues cuanto quiere dél no se le veda,
 pues de tal gloria goza en Occidente,
 tenga también aquí tan larga parte,
 cual la merecen hoy su ingenio y arte.

Y tú, que al patrio Betis has tenido
 lleno de envidia y, con razón, quejoso
 de que otro cielo y otra tierra han sido
 testigos de tu canto numeroso,
 alégrate, que el nombre esclarecido
 tuyo, Juan de Mestanza, generoso,
 sin segundo será por todo el suelo
 mientras diere su luz el cuarto cielo.

Toda la suavidad que en dulce vena
 se puede ver, veréis en uno solo,
 que al son sabroso de su musa enfrena
 la furia al mar, el curso al dios Eolo.
 El nombre deste es Baltasar de Orena,
 cuya fama del uno al otro polo
 corre ligera, y del Oriente a ocaso,
 por honra verdadera de Parnaso.

Pues de una fértil y preciosa planta,
 de allá traspuesta en el mayor collado
 que en toda la Tesalia se levanta,
 planta que ya dichoso fruto ha dado,
 callaré yo lo que la fama canta
 del ilustre don Pedro de Alvarado,
 ilustre, pero ya no menos claro,
 por su divino ingenio, al mundo raro.

Tú, que con nueva musa extraordinaria,
 Cairasco, cantas del amor el ánimo
 y aquella condición del vulgo varia
 donde se opone al fuerte el pusilánimo;
 si a este sitio de la Gran Canaria
 vinieres, con ardor vivo y magnánimo
 mis pastores ofrecen a tus méritos
 mil lauros, mil loores beneméritos.

¿Quién es, ¡oh, anciano Tormes!, el que niega
 que no puedes al Nilo aventajarte,

si puede sólo el licenciado Vega
 más que Títilo al Mincio celebrarte?
 Bien sé, Damián, que vuestro ingenio llega
 do alcanza deste honor la mayor parte,
 pues sé, por muchos años de experiencia,
 vuestra tan sin igual virtud y ciencia.

Aunque el ingenio y la elegancia vuestra,
 Francisco Sánchez, se me concediera,
 por torpe me juzgara y poco diestra,
 si a querer alabaros me pusiera.
 Lengua del Cielo única y maestra
 tiene de ser la que por la carrera
 de vuestras alabanzas se dilate,
 que hacerlo humana lengua es disparate.

Las raras cosas y en estilo nuevas
 que un espíritu muestran levantado,
 en cien mil ingeniosas, arduas pruebas,
 por sabio conocido y estimado,
 hacen que don Francisco de las Cuevas
 por mí sea dignamente celebrado,
 en tanto que la fama pregonera
 no detuviere su veloz carrera.

Quisiera rematar mi dulce canto
 en tal sazón, pastores, con loaros
 un ingenio que al mundo pone espanto
 y que pudiera en éxtasis robaros.
 En él cifro y recojo todo cuanto
 he mostrado hasta aquí y he de mostraros:
 Fray Luis de León es el que digo,
 a quien yo reverencio, adoro y sigo.

¿Qué modos, qué caminos o qué vías
 de alabar buscaré para que el nombre
 viva mil siglos de aquel gran Matías
 que de Zúñiga tiene el sobrenombre?
 A él se den las alabanzas mías,
 que, aunque yo soy divina y él es hombre,
 por ser su ingenio, como lo es, divino,
 de mayor honra y alabanza es digno.

Volved el presuroso pensamiento
 a las riberas de Pisuerga bellas:
 veréis que aumentan este rico cuento
 claros ingenios con quien se honran ellas.
 Ellas no sólo, sino el firmamento,
 do lucen las claríficas estrellas,
 honrarse puede bien cuando consigo
 tenga allá los varones que aquí digo.

Vos, Damasio de Frías, podéis solo
 loaros a vos mismo, pues no puede
 hacer, aunque os alabe el mesmo Apolo,
 que en tan justo loor corto no quede.
 Vos sois el cierto y el seguro polo
 por quien se guía aquel que le sucede
 en el mar de las ciencias buen pasaje,
 propicio viento y puerto en su viaje.

Andrés Sanz de Portillo, tú, me envía
 aquel aliento con que Febo mueve
 tu sabia pluma y alta fantasía,
 porque te dé el loor que se te debe.
 Que no podrá la ruda lengua mía,
 por más caminos que aquí tienta y pruebe,
 hallar alguno así cual le deseo
 para loar lo que en ti siento y veo.

Felicitísimo ingenio, que te encumbras
 sobre el que más Apolo ha levantado,
 y con tus claros rayos nos alumbras
 y sacas del camino más errado:
 y aunque agora con ella me deslumbras,
 y tienes a mi ingenio alborotado,
 yo te doy sobre muchos palma y gloria,
 pues a mí me la has dado, doctor Soria.

Si vuestras obras son tan estimadas,
 famoso Cantoral, en toda parte,
 serán mis alabanzas excusadas,
 si en nuevo modo no os alabo y arte.
 Con las palabras más calificadas,
 con cuanto ingenio el Cielo en mí reparte,
 os admiro y alabo aquí callando,
 y luego do llegar no puedo hablando.

Tú, Hierónimo Baca y de Quifones,
 si tanto me he tardado en celebrarte,
 mi pasado descuido es bien perdone,
 con la enmienda que ofrezco de mi parte.
 De hoy más en claras voces y pregones,
 en la cubierta y descubierta parte
 del ancho mundo, haré con clara llama
 lucir tu nombre y extender tu fama.

Tu verde y rico margen, no de nebro,
 ni de ciprés funesto enriquecido,
 claro, abundoso y conocido Ebro,
 sino de lauro y mirto florecido,
 agora como puedo le celebro,
 celebrando aquel bien qu'han concedido
 el Cielo a tus riberas, pues en ellas
 moran ingenios claros más que estrellas

Serán testigos desto dos hermanos,
 dos luceros, dos soles de poesía,
 a quien el Cielo con abiertas manos
 dió cuanto ingenio y arte dar podía.
 Edad temprana, pensamientos canos,
 maduro trato, humilde fantasía,
 labran eterna y digna laureola
 a Lupercio Leonardo de Argensola.

Con santa envidia y competencia santa
 parece qu'el menor hermano aspira
 a igualar al mayor, pues se adelanta
 y sube do no llega humana mira.
 Por esto escribe y mil sucesos canta
 con tan suave y acordada lira,
 que este Bartolomé menor meresce
 lo que al mayor, Lupercio, se le ofresce.

Si el buen principio y medio da esperanza
 que el fin ha de ser raro y excelente,
 en cualquier caso ya mi ingenio alcanza
 qu'el tuyo has de encumbrar, Cosme Pariente.
 Y así puedes con cierta confianza
 prometer a tu sabia honrosa frente
 la corona que tiene merecida
 tu claro ingenio, tu inculpable vida.

En soledad, del Cielo acompañado,
vives, ¡oh, gran Morillo!, y allí muestras
que nunca dejan tu cristiano lado
otras musas más santas y más diestras.
De mis hermanas fuiste alimentado,
y agora, en pago dello, nos adiestras,
y enseñas a cantar divinas cosas,
gratas al Cielo, al suelo provechosas.

Turia, tú que otra vez con voz sonora
cantaste de tus hijos la excelencia,
si gustas de escuchar la mía ahora,
formada no en envidia o competencia,
oirás cuánto tu fama se mejora
con los que yo diré, cuya presencia,
valor, virtud, ingenio, te enriquecen
y sobre el Indo y Ganges te engrandecen.

¡Oh, tú, don Juan Coloma, en cuyo seno
tanta gracia del Cielo se ha encerrado,
que a la envidia pusiste en duro freno
y en la fama mil lenguas has criado,
con que del gentil Tajo al fértil Reno
tu nombre y tu valor va levantadol
Tú, Conde de Elda, en todo tan dichoso,
haces el Turia más qu'el Po famoso.

Aquel en cuyo pecho abunda y llueve
siempre una fuente que es por él divina,
y a quien el coro de sus lumbres nueve
como a señor con gran razón se inclina,
a quien único nombre se le debe
de la etíope hasta la gente austrina,
don Luis Garcerán es sin segundo,
maestro de Montesa y bien del mundo

Meresce bien en este insigne valle,
lugar ilustre, asiento conosciado,
aquel a quien la fama quiere dalle
el nombre que su genio ha merecido.
Tenga cuidado el Cielo de loalle,
pues es del Cielo su valor crecido:
el Cielo alabe lo que yo no puedo
del sabio don Alonso Rebolledo.

Alzas, doctor Falcón, tan alto el vuelo,
 que al águila caudal atrás te dejas,
 pues te remontas con tu ingenio al Cielo
 y deste valle mísero te alejas.
 Por esto temo y con razón recelo
 que, aunque te alabe, formarás mil quejas
 de mí, porque en tu loa noche y día
 no se ocupan la voz y lengua mía.

Si tuviera, cual tiene la fortuna,
 la dulce poesía varia rueda,
 ligera y más movible que la Luna,
 que ni estuvo, ni está, ni estará queda,
 en ella, sin hacer mudanza alguna,
 pusiera sólo a Micez Artieda,
 y el más alto lugar siempre ocupara,
 por ciencias, por ingenio y virtud rara.

Todas cuantas bien dadas alabanzas
 diste a raros ingenios, ¡oh, Gil Polol,
 tú las mereces solo y las alcanzas,
 tú las alcanzas y mereces solo.
 Ten ciertas y seguras esperanzas
 que en este valle un nuevo mauseolo
 te harán estos pastores, do guardadas
 tus cenizas serán y celebradas.

Cristóbal de Virués, pues se adelanta
 tu ciencia y tu valor tan a tus años,
 tu mesmo aquel ingenio y virtud canta
 con que huyes del mundo los engaños.
 Tierna, dichosa y bien nascida planta,
 yo haré que en propios reinos y en extraños
 el fruto de tu ingenio levantado
 se conozca, se admire y sea estimado.

Si conforme al ingenio que nos muestra
 Silvestre de Espinosa, así se hubiera
 de loar, otra voz más viva y diestra,
 más tiempo y más caudal menester fuera.
 Mas pues la mía a su intención adiestra,
 yo le daré por paga verdadera,
 con el bien que del dios de Delo tiene,
 el mayor de las aguas de Ipocrene.

Entre éstos, como Apolo, venir veo,
hermoseando al mundo con su vista,
al discreto galán García Romero,
dignísimo de estar en esta lista.
Si la hija del humido Peneo,
de quien ha sido Ovidio coronista,
en campos de Tesalia le hallara,
en él y no en laurel se transformara.

Rompe el silencio y santo encerramiento,
traspasa el aire, al Cielo se levanta
de fray Pedro de Huete aquel acento
de su divina musa, heroica y santa.
Del alto suyo raro entendimiento
cantó la fama, ha de cantar y canta,
llevando, para dar al mundo espanto,
sus obras por testigos de su canto.

Tiempo es ya de llegar al fin postrero,
dando principio a la mayor hazaña
que jamás emprendí, la cual espero
que ha de mover al blando Apolo a saña,
pues, con ingenio rústico y grosero,
a dos soles que alumbran vuestra España
—no sólo a España, mas al mundo todo—
pienso loar, aunque me falte el modo.

De Febo la sagrada honrosa ciencia,
la cortesana discreción madura,
los bien gastados años, la experiencia,
que mil sanos consejos asegura;
la agudeza de ingenio, el advertencia
en apuntar y en descubrir la oscura
dificultad y duda que se ofrecen,
en estos soles dos sólo florecen.

En ellos un epflogo, pastores,
del largo canto mío ahora hago,
y a ellos enderezo los loores
cuantos habéis oído, y no los pago:
que todos los ingenios son deudores
a estos de quien yo me satisfago;
satisfácese dellos todo el suelo,
y aun los admira, porque son del Cielo.

Estos quiero que den fin a mi canto,
 y a una nueva admiración comienzo;
 y si pensáis que en esto me adelanto,
 cuando os diga quién son, veréis que os venzo.
 Por ellos hasta el Cielo me levanto,
 y sin ellos me corro y me avergüenzo:
 Tal es Láinez, tal es Figueroa,
 dignos de eterna y de incesable loa.

No había aún bien acabado la hermosa ninfa los últimos acentos de su sabroso canto, cuando, tornándose a juntar las llamas, que divididas estaban, la cerraron en medio, y luego poco a poco consumiéndose, en breve espacio desapareció el ardiente fuego y la discreta musa delante de los ojos de todos, a tiempo que ya la clara aurora comenzaba a descubrir sus frescas y rosadas mejillas por el espacioso Cielo, dando alegres muestras del venidero día. Y luego el venerable Telesio, poniéndose encima de la sepultura de Meliso, y rodeado de toda la agradable compañía que allí estaba prestándole todos una agradable atención y extraño silencio, desta manera comenzó a decirles:

—Lo que esta pasada noche en este mesmo lugar y por vuestros mesmos ojos habéis visto, discretos y gallardos pastores y hermosas pastoras, os habrá dado a entender cuán acepta es al Cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos anales sacrificios y honrosas exequias por las felices almas de los cuerpos que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merescieron. Dígoos esto, amigos míos, por que de aquí adelante con más terror y diligencia acudáis a poner en efecto tan santa y famosa obra, pues ya veis de cuán raros y altos espíritus nos ha

dado noticia la bella Calíope, que todos son dignos, no sólo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas. Y no penséis que es pequeño el gusto que he rescibido en saber por tan verdadera relación cuán grande es el número de los divinos ingenios que en nuestra España hoy viven, porque siempre ha estado y está en opinión de todas las naciones extranjeras que no son muchos, sino pocos, los espíritus que en la ciencia de la poesía en ella muestran que le tienen lévantado, siendo tan al revés como se parece, pues cada uno de los que la ninfa ha nombrado al más agudo extranjero se aventaja, y darían claras muestras dello, si en esta nuestra España se estima-se en tanto la poesía como en otras provincias se estima. Y así, por esta causa, los insignes y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimación que dellos los príncipes y el vulgo hacen, con solos sus entendimientos comunican sus altos y extraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo, y tengo para mí que el Cielo debe de ordenarlo desta manera, porque no meresce el mundo ni el mal considerado siglo nuestro gozar de manjares al alma tan gustosos. Mas porque me parece, pastores, que el poco sueño desta pasada noche y las largas ceremonias nuestras os tendrán algún tanto fatigados y deseosos de reposo, será bien que, haciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento, cada uno se vuelva a su cabaña o al aldea, llevando en la memoria lo que la musa nos deja encomendado.

Y, en diciendo esto, se abajó de la sepultura, y tornándose a coronar de nuevas y funestas ramas, tor-

nó a rodear la pira tres veces, siguiéndole todos y acompañándole en algunas devotas oraciones que decía. Esto acabado, teniéndole todos en medio, volvió el grave rostro a una y otra parte, y, bajando la cabeza, y mostrando agradescido semblante y amorosos ojos, se despidió de toda la compañía, la cual, yéndose quién por una y quién por otra parte de las cuatro salidas que aquel sitio tenía, en poco espacio se deshizo y dividió toda, quedando solos los del aldea de Aurelio, y con ellos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, con los famosos pastores Elicio, Tirsi, Damón, Lauso, Erastro, Daranio, Arsindo y los cuatro lastimados, Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con las pastoras Galatea, Florisa, Silveria y su amiga Belisa, por quien Marsilio moría. Juntos, pues, todos éstos, el venerable Aurelio les dijo que sería bien partirse luego de aquel lugar, para llegar a tiempo de pasar la siesta en el arroyo de las Palmas, pues tan acomodado sitio era para ello. A todos pareció bien lo que Aurelio decía, y luego con reposados pasos hacia donde él dijo se encaminaron. Mas como la hermosa vista de la pastora Belisa no dejase reposar los espíritus de Marsilio, quisiera él, si pudiera y le fuera lícito, llegarse a ella y decirle la sin razón que con él usaba; mas, por no perder el decoro que a la honestidad de Belisa se debía, estábase el triste más mudo de lo que había menester su deseo. Los mismos efectos y accidentes hacia Amor en las almas de los enamorados Elicio y Erastro, que cada cual por sí quisiera decir a Galatea lo que ya ella bien sabía. A esta sazón dijo Aurelio:

—No me parece bien, pastores, que os mostréis tan avaros que no queráis corresponder y pagar lo que debéis a las calandrias y ruiseñores y a los otros pintados pajarillos que por entre estos árboles con su no aprendida y maravillosa armonía os van entreteniendo y regocijando; tocad vuestros instrumentos y levantad vuestras sonoras voces, y mostradles que el arte y destreza vuestra en la música a la natural suya se aventajan; y con tal entretenimiento sentiremos menos la pesadumbre del camino y los rayos del Sol, que ya parece que van amenazando el rigor con que esta siesta han de herir la Tierra.

Poco fué menester para ser Aurelio obedecido, porque luego Erastro tocó su zampoña, y Arsindo su rabel, al son de los cuales instrumentos, dando todos la mano a Elicio, él comenzó a cantar desta manera:

ELICIO

Por lo imposible peleo,
y, si quiero retirarme,
ni paso ni senda veo:
que, hasta vencer o acabarme,
tras sí me lleva el deseo.
Y aunque sé que aquí es forzoso
antes morir que vencer,
cuando estoy más peligroso,
entonces vengo a tener
mayor fe en lo más dudoso

El Cielo, que me condena
a no esperar buena andanza,
me da siempre a mano llena,
sin las sombras de esperanza,
mil certidumbres de pena.
Mas mi pecho valeroso,
que se abrasa y se resuelve

en vivo fuego amoroso,
 en contracambio, le vuelve
mayor fe en lo más dudoso.

Inconstancia, firme duda,
 falsa fe, cierto temor,
 voluntad de amor desnuda,
 nunca turban el amor
 que de firme no se muda.
 Vuele el tiempo presuroso,
 suceda ausencia o desdén,
 crezca el mal, mengüe el reposo,
 que yo tendré por mi bien
mayor fe en lo más dudoso.

¿No es conocida locura
 y notable desvarío
 querer yo lo que ventura
 me niega, y el hado mío
 y la suerte no asegura?
 De todo estoy temeroso;
 no hay gusto que me entretenga,
 y, en trance tan peligroso,
 me hace el amor que tenga
mayor fe en lo más dudoso.

Alcanzo de mi dolor
 que está en tal término puesto,
 que llega donde el amor,
 y el imaginar en esto,
 tiembla en parte su rigor
 De pobre y menesteroso,
 doy a la imaginación
 alivio tan congojoso
 porque tenga el corazón
mayor fe en lo más dudoso.

Y más agora, que vienen
 de golpe todos los males;
 y, para que más me penen,
 aunque todos son mortales,
 en la vida me entretienen.
 Mas, en fin, si un fin hermoso
 nuestra vida en honra sube,

el mío me hará famoso,
 porque en muerte y vida tuve
mayor fe en lo más dudoso.

Parecióle a Marsilio que lo que Elicio había cantado tan a su propósito hacía, que quiso seguirle en el mismo concepto; y así, sin esperar que otro le tomase la mano, al son de los mismos instrumentos, desta manera comenzó a cantar:

MARSILIO

¡Cuán fácil cosa es llevarse
 el viento las esperanzas
 que pudieron fabricarse
 de las vanas confianzas
 que suelen imaginarse!
 Todo concluye y fenece:
 las esperanzas de amor,
 los medios que el tiempo ofrece;
 mas en el buen amador
sola la fe permanece.

Ella en mí tal fuerza alcanza
 que, a pesar de aquel desdén,
 lleno de desconfianza,
 siempre me asegura un bien
 que sustenta la esperanza.
 Y aunqu'el amor desfallece
 en el blanco, airado pecho
 que tanto mis males crece,
 en el mío, a su despecho,
sola la fe permanece.

Sabes, Amor, tú, que cobras
 tributo de mi fe cierta,
 y tanto en cobrarle sobras,
 que mi fe nunca fué muerta,
 pues se aviva con mis obras.
 Y sabes bien que descrece
 toda mi gloria y contento

cuanto más tu furia crece,
y que en mi alma de asiento
sola la fe permanece.

Pero si es cosa notoria,
y no hay poner duda en ella,
que la fe no entra en la gloria,
yo, que no estaré sin ella,
¿qué triunfo espero o victoria?
Mi sentido desvanece
con el mal que se figura;
todo el bien desaparece;
y, entre tanta desventura,
sola la fe permanece.

Con un profundo suspiro dió fin a su canto el lastimado Marsilio; y luego Erastro, dando su zampoña, sin más detenerse, desta manera comenzó a cantar:

ERASTRO

En el mal que me lastima
y en el bien de mi dolor,
es mi fe de tanta estima,
que ni huye del temor,
ni a la esperanza se arrima.
No la turba o desconcierta
ver que está mi pena cierta
en su difícil subida,
ni que consumen la vida
fe viva, esperanza muerta.

Milagro es éste en mi mal;
mas eslo porque mi bien,
si viene, venga a ser tal,
que, entre mil bienes, le den
la palma por principal.
La fama, con lengua experta,
dé al mundo noticia cierta
que el firme amor se mantiene
en mi pecho, a donde tiene
fe viva, esperanza muerta.

Vuestro desdén riguroso
 y mi humilde merecer,
 me tienen tan temeroso,
 que, ya que os supe querer,
 ni puedo hablaros, ni oso.
 Veo de continuo abierta
 a mi desdicha la puerta,
 y que acabo poco a poco,
 porque con vos valen poco
fe viva, esperanza muerta.

No llega a mi fantasía
 un tan loco desvanecido,
 como el pensar que podría
 el menor bien que deseo
 alcanzar por la fe mía.
 Podéis, pastora, estar cierta
 que el alma rendida acierta
 a amarnos cual merecéis,
 pues siempre en ella hallaréis
fe viva, esperanza muerta.

Calló Erastro, y luego el ausente Crisio, al son de los mismos instrumentos, desta suerte comenzó a cantar:

CRISIO

Si a las veces desespera
 del bien la firme afición,
 quien desmaya en la carrera
 de la amorosa pasión,
 ¿qué fruto o qué premio espera?
 Yo no sé quién se asegura
 gloria, gustos y ventura
 por un ímpetu amoroso,
 si en él y en el más dichoso
no es fe la fe que no dura.

En mil trances ya sabidos
 se han visto, y en los de amores,
 los soberbios y atrevidos,

al principio vencedores,
y a la fin quedar vencidos.
Sabe el que tiene cordura
que en la firmeza se apura
el triunfo de la batalla,
y sabe que, aunque se halla,
no es fe la fe que no dura.

En el que quisiere amar
no más de por su contento,
es imposible dudar
en su vano pensamiento
la fe que se ha de guardar.
Si en la mayor desventura
mi fe tan firme y segura
como en el bien no estuviera,
yo mismo della dijera:
no es fe la fe que no dura.

El ímpetu y ligereza
de un nuevo amador insano,
los llantos y la tristeza,
son nubes que en el verano
se deshacen con presteza.
No es amor el que le apura,
sino apetito y locura,
pues cuando quiere, no quiere;
no es amante el que no muere,
no es fe la fe que no dura.

A todos pareció bien la orden que los pastores en sus canciones guardaban, y con deseo atendían a que Tirsi o Damón comenzasen; mas presto se le cumplió Damón, pues, en acabando Crisio, al son de su mesmo rabel, cantó desta manera:

DAMÓN

Amarilli, ingrata y bella,
¿quién os podrá enternecer,
si os vienen a endurecer

las ansias de mi querella
 y la fe de mi querer?
 ¡Bien sabéis, pastora, vos
 que, en el amor que mantengo,
 a tan alto extremo vengo,
 que, después de la de Dios,
sola es fe la fe que os tengo!

Y puesto que subo tanto
 en amar cosa mortal,
 tal bien encierra mi mal,
 que al alma por él levanto
 a su patria natural.
 Por esto conozco y sé
 que tal es mi amor tan luengo
 como muero y me entretengo,
 y que, si en amor hay fe,
sola es fe la fe que os tengo.

Los muchos años gastados
 en amorosos servicios,
 del alma los sacrificios,
 de mi fe y de mis cuidados
 dan manifiestos indicios.
 Por esto no os pediré
 remedio al mal que sostengo,
 y si, a pedirosle vengo,
 es, Amarili, porque
sola es fe la fe que os tengo.

En el mar de mi tormenta
 jamás he visto bonanza,
 y aquella alegre esperanza
 con quien la fe se sustenta
 de la mía no se alcanza.
 Del amor y de fortuna
 me quejo; mas no me vengo,
 pues por ellas a tal vengo,
 que, sin esperanza alguna,
sola es fe la fe que os tengo.

El canto de Damón acabó de confirmar en Tim-
 brio y en Silerio la buena opinión que del raro inge-

nio de los pastores que allí estaban habían concebido; y más, cuando, a persuasión de Tirsi y de Elicio, el ya libre y desdeñoso Lauso, al son de la flauta de Arsindo, soltó la voz en semejantes versos:

LAUSO

Rompió el desdén tus cadenas,
falso amor, y a mi memoria
él mesmo ha vuelto la gloria
de la ausencia de tus penas.
Llame mi fe quien quisiere
antojadiza, y no firme,
y en su opinión me confirme
como más le pareciere.

Diga que presto olvidé,
y que de un sutil cabello,
que un soplo pudo rompello,
colgada estaba mi fe.
Digan que fueron fingidos
mis llantos y mis suspiros,
y que del amor los tiros
no pasaron mis vestidos.

Que no el ser llamado vano
y mudable me atormenta,
a trueco de ver exenta
mi cerviz del yugo insano.
Sé yo bien quién es Silena
y su condición extraña,
y que asegura y engaña
su apacible faz serena.

A su extraña gravedad
y a sus bajos bellos ojos,
no es mucho dar los despojos
de cualquiera voluntad.
Esto en la vista primera;
mas, después de conocida,
por no verla, dar la vida,
y más, si más se pudiera.

Silena del Cielo y más
 muchas veces la llamaba,
 porque tan hermosa estaba,
 que del Cielo parecía;
 mas agora, sin recelo,
 mejor la podré llamar
 serena falsa del mar,
 que no Silena del Cielo.

Con los ojos, con la pluma,
 con las veras y los juegos,
 de amantes vanos y ciegos
 prende innumerable suma.
 Siempre es primero el postrero;
 mas el más enamorado
 al cabo es tan mal tratado,
 cuanto querido el primero.

¡Oh, cuánto más se estimara
 de Silena la hermosura,
 si el proceder y cordura
 a su belleza igualara!
 No le falta discreción;
 mas empléala tan mal,
 que le sirve de dogal
 que ahoga su presunción.

Y no hablo de corrido,
 pues sería apasionado;
 pero hablo de engañado
 y sin razón ofendido
 Ni me ciega la pasión,
 ni el deseo de su mengua:
 que siempre siguió mi lengua
 los términos de razón.

Sus muchos antojos varios,
 su mudable pensamiento,
 le vuelven cada momento
 los amigos en contrarios.
 Y pues hay por tantos modos
 enemigos de Silena,
 o ella no es toda buena,
 o son ellos malos todos.

Acabó Lauso su canto, y, aunque él creyó que ninguno le entendía, por ignorar el disfrazado nombre de Silena, más de tres de los que allí iban la conocieron y aun se maravillaron que la modestia de Lauso a ofender alguno se extendiese; principalmente a la disfrazada pastora, de quien tan enamorado le habían visto. Pero en la opinión de Damón, su amigo, quedó bien disculpado, porque conocía el término de Silena y sabía el que con Lauso había usado, y de lo que no dijo se maravillaba. Acabó, como se ha dicho, Lauso, y como Galatea estaba informada del extremo de la voz de Nísida, quiso, por obligarla, cantar ella primero; y por esto, antes que otro pastor comenzase, haciendo señal a Arsindo que en tañer su flauta procediese, al son della, con su extrema voz, cantó desta manera:

GALATEA

Tanto cuanto el amor convida y llama
al alma con sus gustos de apariencia,
tanto más huye su mortal dolencia
quien sabe el nombre que le da la fama.

Y el pecho puesto a su amorosa llama,
armado de una honesta resistencia,
poco puede empecerle su inclemencia,
poco su fuego y su rigor le inflama.

Segura está quien nunca fué querida,
ni supo querer bien, de aquella lengua
que en su deshonra se adelgaza y lima;

mas si el querer y el no querer da mengua,
¿en qué ejercicios pasará la vida
la que más que al vivir la honra estima?

Bien se echó de ver en el canto de Galatea que respondía al malicioso de Lauso, y que no estaba mal con las voluntades libres, sino con las lenguas maliciosas y los ánimos dañados, que, en no alcanzando lo que quieren, convierten el amor que un tiempo mostraron en un odio malicioso y detestable, como ella en Lauso imaginaba; pero quizá saliera deste engaño, si la buena condición de Lauso conociera y la mala de Silena no ignorara. Luego que Galatea acabó de cantar, con corteses palabras rogó a Nísida que lo mismo hiciese; la cual, como era tan comedia como hermosa, sin hacerse de rogar, al son de la zampoña de Florisa, cantó desta suerte:

NÍSIDA

Bien puse yo valor a la defensa
del duro encuentro y amoroso asalto;
bien levanté mi presunción en alto
contra el rigor de la notoria ofensa.

Mas fué tan reforzada y tan intensa
la batería, y mi poder tan falto,
que, sin cogermel Amor de sobresalto,
me dió a entender su potestad inmensa.

Valor, honestidad, recogimiento,
recato, ocupación, esquivo pecho,
Amor con poco premio lo conquista

Así que, para huir el vencimiento,
consejos jamás fueron de provecho:
desta verdad testigo soy de vista.

Cuando Nísida acabó de cantar y acabó de admirar a Galatea y a los que escuchado la habían,

estaban ya bien cerca del lugar adonde tenían determinado de pasar la siesta; pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogó, que fué que algo cantase; la cual, acompañándola el son de la flauta de Arsindo, cantó lo que se sigue:

BELISA

Libre voluntad exenta,
 atendida a la razón
 que nuestro crédito aumenta;
 dejad la vana afición,
 engendradora de afrenta.
 Que, cuando el alma se encarga
 de alguna amorosa carga,
 a su gusto es cualquier cosa
 composición venenosa
 con jugo de adelfa amarga.

Por la mayor cantidad
 de la riqueza subida
 en valor y en calidad,
 no es bien dada ni vendida
 la preciosa libertad.
 ¿Pues quién se pondrá perdella
 por una simple querella
 de un amador porfiado,
 si cuanto bien hay criado
 no se compara con ella?

Si es insufrible dolor
 tener en prisión esquivá
 el cuerpo libre de amor,
 tener el alma cautiva
 ¿no será pena mayor?
 Sí será, y aun de tal suerte,
 que remedio a mal tan fuerte
 no se halla en la paciencia,
 en años, valor o ciencia,
 porque sólo está en la muerte.

Vaya, pues, mi sano intento
lejos deste desvarío;
huya tan falso contento;
rija mi libre albedrío
a su modo el pensamiento;
mi tierna cerviz exenta
no permita ni consienta
sobre sí el yugo amoroso,
por quien se turba el reposo
y la libertad se ausenta.

Al alma del lastimado Marsilio llegaron los libres versos de la pastora, por la poca esperanza que sus palabras prometían de ser mejoradas sus obras; pero, como era tan firme la fe con que la amaba, no pudieron las notorias muestras de libertad que había oído hacer que él no quedase tan sin ella como hasta entonces estaba. Acabóse en esto el camino de llegar al arroyo de las Palmas, y, aunque no llevaran intención de pasar allí la siesta, en llegando a él, y en viendo la comodidad del hermoso sitio, él mismo a no pasar adelante les forzara. Llegados, pues, a él, luego el venerable Aurelio ordenó que todos se sentasen junto al claro y espejado arroyo, que por entre la menuda yerba corría, cuyo nascimiento era al pie de una altísima y antigua palma, que, por no haber en todas las riberas del Tajo sino aquélla, y otra que junto a ella estaba, aquel lugar y arroyo el de las Palmas era llamado; y, después de sentados, con más voluntad y llaneza que de costosos manjares, de los pastores de Aurelio fueron servidos, satisfaciendo la sed con las claras y frescas aguas que el limpio arroyo les ofrecía; y, en acabando la breve y sabrosa comida, algunos de los pastores se dividie-

ron y apartaron a buscar algún apartado y sombrío lugar donde restaurar pudiesen las no dormidas horas de la pasada noche; y sólo se quedaron solos los de la compañía y aldea de Aurelio, con Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, Tirsi y Damón, a quien les pareció ser mejor gustar de la buena conversación que allí se esperaba, que de cualquier otro gusto que el sueño ofrecerles podía. Adivinada, pues, y casi conocida esta su intención de Aurelio, les dijo:

—Bien será, señores, que los que aquí estamos, ya que entregarnos al dulce sueño no habemos querido, que este tiempo que le hurtamos no dejemos de aprovecharle en cosa que más de nuestro gusto sea; y la que a mí me parece que no podrá dejar de darnosle es que cada cual, como mejor supiere, muestre aquí la agudeza de su ingenio, proponiendo alguna pregunta o enigma, a quien esté obligado a responder el compañero que a su lado estuviere; pues con este ejercicio se granjearán dos cosas: la una, pasar con menos enfado las horas que aquí estuviéremos; la otra, no cansar tanto nuestros oídos con oír siempre lamentaciones de amor y endechas enamoradas.

Conformáronse todos luego con la voluntad de Aurelio, y, sin mudarse del lugar do estaban, el primero que comenzó a preguntar fué el mismo Aurelio, diciendo desta manera:

AURELIO

¿Cuál es aquel poderoso
que desde Oriente a Occidente,
es conocido y famoso?
A veces, fuerte y valiente;

otras, flaco y temeroso;
 quita y pone la salud,
 muestra y cubre la virtud
 en muchos más de una vez,
 es más fuerte en la vejez
 que en la alegre juventud.

Múdase en quien no se muda
 por extraña preeminencia;
 hace temblar al que suda,
 y a la más rara elocuencia
 suele tornar torpe y muda;
 con diferentes medidas
 anchas, cortas y extendidas,
 mide su ser y su nombre,
 y suele tomar renombre
 de mil tierras conocidas.

Sin armas vence al armado,
 y es forzoso que le venza,
 y, aquel que más le ha tratado,
 mostrando tener vergüenza,
 es el más desvergonzado,
 y es cosa de maravilla
 que, en el campo y en la villa,
 a capitán de tal prueba
 cualquier hombre se le atreva,
 aunque pierda en la rencilla.

Tocó la respuesta desta pregunta al anciano Ar-
 sendo, que junto a Aurelio estaba; y, habiendo un
 poco considerado lo que significar podía, al fin le
 dijo:

—Paréceme, Aurelio, que la edad nuestra nos fuer-
 za a andar más enamorados de lo que significa tu
 pregunta que no de la más gallarda pastora que se
 nos pueda ofrecer, porque, si no me engaño, el po-
 deroso y conocido que dices es el vino, y en él cua-
 dran todos los atributos que le has dado.

—Verdad dices, Arsindo—respondió Aurelio—, y estoy para decir que me pesa de haber propuesto pregunta que con tanta facilidad haya sido declarada; mas di tú la tuya, que al lado tienes quien te la sabrá desatar, por más afudada que venga.

—Que me place—dijo Arsindo.

Luego propuso la siguiente:

ARSINDO

¿Quién es quien pierde el color
 donde se suele avivar,
 y luego torna a cobrar
 otro más vivo y mejor?
 Es pardo en su nacimiento,
 y después negro atezado,
 y al cabo, tan colorado,
 que su vista da contento.

No guarda fueros ni leyes,
 tiene amistad con las llamas,
 visita a tiempo las camas
 de señores y de reyes.
 Muerto, se llama varón,
 y vivo, hembra se nombra;
 tiene el aspecto de sombra;
 de fuego la condición.

Era Damón el que al lado de Arsindo estaba, el cual, apenas había acabado Arsindó su pregunta, cuando le dijo:

—Paréceme, Arsindo, que no es tan oscura tu demanda como lo que significa, porque, si mal no estoy en ella, el carbón es por quien dices que muerto se llama varón, y encendido y vivo brasa, que es nombre de hembra, y todas las demás partes le convienen en todo como ésta; y si quedas con la misma pena

que Aurelio, por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida, yo os quiero tener compañía en ella, pues Tirsi, a quien toca responderme, nos hará iguales.

Y luego dijo la suya

DAMÓN

¿Cuál es la dama polida,
aseada y bien compuesta,
temerosa y atrevida,
vergonzosa y deshonesto,
y gustosa y desabrida?
Si son muchas—porque asombre—,
mudan de mujer el nombre
en varón; y es cierta ley
que va con ellas el rey
y las lleva cualquier hombre.

—Bien es, amigo Damón—dijo luego Tirsi—, que salga verdadera tu porfía, y que quedes con la pena de Aurelio y Arsindo, si alguna tienen, porque te hago saber que sé que lo que encubre tu pregunta es la carta y el pliego de cartas.

Concedió Damón lo que Tirsi dijo, y luego Tirsi propuso desta manera:

TIRSI

¿Quién es la que es toda ojos
de la cabeza a los pies,
y a veces, sin su interés,
causa amorosos enojos?
También suele aplacar riñas,
y no le va ni le viene,
y, aunque tantos ojos tiene,
se descubren pocas niñas;
tiene nombre de un dolor
que se tiene por mortal,
hace bien y hace mal,
enciende y tiembla el amor.

En confusión puso a Elicio la pregunta de Tirsi, porque a él tocaba responder a ella, y casi estuvo por darse, como dicen, por vencido; pero, a cabo de poco, vino a decir que era la celosía, y, concediéndolo Tirsi, luego Elicio preguntó lo siguiente:

ELICIO

Es muy oscura, y es clara;
tiene mil contrariedades,
encúbrenos las verdades,
y al cabo nos las declara.
Nasce a veces de donaire;
otras, de altas fantasías,
y suele engendrar porfías
aunque trate cosas de aire.

Sabe su nombre cualquiera,
hasta los niños pequeños;
son muchas y tienen dueños
de diferente manera.
No hay vieja que no se abrace
con una de estas señoras;
son de gusto algunas horas:
cuál cansa, cuál satisface.

Sabios hay que se desvelan
por sacarles los sentidos,
y algunos quedan corridos
cuanto más sobre ello velan.
Cuál es nescia, cuál curiosa,
cuál fácil, cuál intricada,
pero sea o no sea nada,
decidme qué es cosa y cosa.

No podía Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio, y casi comenzó a correrse de ver que más que otro alguno se tardaba en la respuesta; mas ni aun por eso venía en el sentido della; y tanto

se detuvo, que Galatea, que estaba después de Nísida, dijo:

—Si vale a romper la orden que está dada, y puede responder el que primero supiere, yo por mí digo que sé lo que significa la propuesta enigma, y estoy por declararla, si el señor Timbrio me da licencia.

—Por cierto, hermosa Galatea—respondió Timbrio—, que conozco yo que, así como a mí me falta, os sobra a vos ingenio para aclarar mayores dificultades; pero, con todo eso, quiero que tengáis paciencia hasta que Elicio la torne a decir, y, si desta vez no la acertare, confirmarse ha con más veras la opinión que de mi ingenio y del vuestro tengo.

Tornó Elicio a decir su pregunta, y luego Timbrio declaró lo que era, diciendo:

—Con lo mesmo que yo pensé que tu demanda, Elicio, se escurecía, con eso mesmo me parece que se declara, pues el último verso dice que te digan qué es cosa y cosa, y así yo te respondo a lo que me dices, y digo que tu pregunta es el qué es cosa y cosa, y no te maravilles haberme tardado en la respuesta, porque más me maravillara yo de mi ingenio si más presto respondiera, el cual mostrará quién es en el poco artificio de mi pregunta, que es esta:

TIMBRIO

¿Quién es el que, a su pesar,
mete sus pies por los ojos,
y, sin causarles enojos,
les hace luego cantar?
El sacarlos es de gusto,
aunque, a veces, quien los saca,
no sólo su mal no aplaca,
mas cobra mayor disgusto.

A Nísida tocaba responder a la pregunta de Timbrio; mas no fué posible que la adivinasen ella ni Galatea, que se le seguían; y viendo Orompo que las pastoras se fatigaban en pensar lo que significaba, les dijo: .

—No os canséis, señoras, ni fatiguéis vuestros entendimientos en la declaración desta enigma, porque podría ser que ninguna de vosotras en toda su vida hubiese visto la figura que la pregunta encubre, y así no es mucho que no deis en ella; que si de otra suerte fuera, bien seguros estábamos de vuestros entendimientos, que, en menos espacio, otras más dificultosas hubiérades declarado; y por esto, con vuestra licencia, quiero yo responder a Timbrio y decirle que su demanda significa un hombre con grillos, pues cuando saca los pies de aquellos ojos que él dice, o es para ser libre, o para llevarle al suplicio: porque veáis, pastoras, si tenía yo razón de imaginar que quizá ninguna de vosotras había visto en toda su vida cárceles ni prisiones.

—Yo por mí sé decir—dijo Galatea—que jamás he visto aprisionado alguno.

Lo mesmo dijeron Nísida y Blanca, y luego Nísida propuso su pregunta en esta forma:

NÍSIDA

Muerde el fuego, y el bocado
es daño y bien del mordido;
no pierde sangre el herido,
aunque se ve acuchillado;
mas, si es profunda la herida,
y de mano que no acierte,
causa al herido la muerte,
y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder a Nísida, por que luego le dijo:

—Bien sé que no me engaño, hermosa Nísida, si digo que a ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma que a las tijeras de despabilar, y a la vela o cirio que despabilan; y si esto es verdad, como lo es, y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha ahora la mía, que no con menos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya.

Y luego la dijo, que fué esta:

GALATEA

Tres hijos que de unã madre
nascieron con ser perfecto,
y de un hermano era nieto
el uno, y el otro padre;
y estos tres tan sin clemencia
a su madre maltrataban,
que mil puñadas la daban,
mostrando en elló su ciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podía significar la enigma de Galatea, cuando vieron atravesar corriendo, por junto al lugar donde estaban, dos gallardos pastores, mostrando en la furia con que corrían que alguna cosa de importancia les forzaba a mover los pasos con tanta ligereza, y luego, en el mismo instante, oyeron unas dolorosas voces, como de personas que socorro pedían; y con este sobresalto, se levantaron todos y siguieron el tino donde las voces sonaban, y a pocos pasos salieron de aquel deleitoso sitio y dieron sobre la ribera del fresco Tajo—que por allí cerca mansamente corría—; y

apenas vieron el río, cuando se les ofreció a la vista la más extraña cosa que imaginar pudieran, porque vieron dos pastoras, al parecer, de gentil donaire, que tenían a un pastor asido de las faldas del pellico con toda la fuerza a ellas posible porque el triste no se ahogase, porque tenía ya el medio cuerpo en el río y la cabeza debajo del agua, forcejeando con los pies por desasirse de las pastoras, que su desesperado intento estorbaban, las cuales ya casi querían soltarle, no pudiendo vencer al tesón de su porfía con las débiles fuerzas suyas. Mas en esto llegaron los dos pastores que corriendo habían venido, y, asiendo al desesperado, le sacaron del agua a tiempo que ya todos los demás llegaban, espantándose del extraño espectáculo, y más lo fueron cuando conocieron que el pastor que quería ahogarse era Galericio, el hermano de Artidoro, y las pastoras eran Maurisa, su hermana, y la hermosa Teolinda, las cuales, como vieron a Galatea y a Florisa, con lágrimas en los ojos, corrió Teolinda a abrazar a Galatea, diciendo:

—¡Ay, Galatea, dulce amiga y señora mía, cómo ha cumplido esta desdichada la palabra que te dió de volver a verte y a decirte las nuevas de su contento!

—De que le tengas, Teolinda—respondió Galatea—, holgaré yo tanto, cuanto te lo asegura la voluntad que de mí para servirte tienes conocida; mas parésceme que no acreditan tus ojos tus palabras, ni aun ellas me satisfacen de modo que imagine buen suceso de tus deseos.

En tanto que Galatea con Teolinda, esto pasaba, Elicio y Arsindo, con los otros pastores, habían desnudado a Galercio, y, al desceñirle el pellico, que, con todo el vestido, mojado estaba, se le cayó un papel del seno, el cual alzó Tirsi, y abriéndole, vió que eran versos, y por no poderlos leer, por estar mojados, encima de una alta rama le puso al rayo del Sol para que se enjugase. Pusieron a Galercio un gabán de Arsindo, y el desdichado mozo estaba como atónito y embelesado, sin hablar palabra alguna, aunque Elicio le preguntaba qué era la causa que a tan extraño término le había conducido; mas por él respondió su hermana Maurisa, diciendo:

—Alzad los ojos, pastores, y veréis quién es la ocasión que al desgraciado de mi hermano en tan extraños y desesperados puntos ha puesto.

Por lo que Maurisa dijo, alzaron los pastores los ojos, y vieron encima de una pendiente roca que sobre el río caía una gallarda y dispuesta pastora, sentada sobre la misma peña, mirando con risueño semblante todo lo que los pastores hacían, la cual fué luego de todos conocida por la cruel Gelasia.

—Aquella desamorada, aquella desconocida—siguió Maurisa—, es, señores, la enemiga mortal deste desventurado hermano mío, el cual, como ya todas estas riberas saben, y vosotros no ignoráis, la ama, la quiere y la adora, y, en cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho, y de las lágrimas que por ella ha derramado, esta mañana, con el más esquivo y desamorado desdén que jamás en la crueldad pudiera hallarse, le mandó que de su presencia

se partiese, y que ahora ni nunca jamás a ella tornase; y quiso tan de veras mi hermano obedecerla, que procuraba quitarse la vida, por excusar la ocasión de nunca traspasar su mandamiento, y si, por dicha, estos pastores tan presto no llegaran, llegado fuera ya el fin de mi alegría y el de los días de mi lastimado hermano.

En admiración puso lo que Maurisa dijo a todos los que la escucharon, y más admirados quedaron cuando vieron que la cruel Gelasia, sin moverse del lugar donde estaba, y sin hacer cuenta de toda aquella compañía que los ojos en ella tenía puestos, con un extraño donaire y desdñoso brío, sacó un pequeño rabel de su zurrón, y, parándosele a templar muy despacio, a cabo de poco rato, con voz en extremo buena, comenzó a cantar desta manera:

GELASIA

¿Quién dejará, del verde prado umbroso
las frescas yerbas y las frescas fuentes?
¿Quién de seguir con pasos diligentes
la suelta liebre o jabalí cerdoso?

¿Quién, con el son amigo y sonoro,
no detendrá las aves inocentes?
¿Quién, en las horas de la siesta ardientes,
no buscará en las selvas el reposo,

por seguir los incendios, los temores,
los celos, iras, rabias, muertes, penas
del falso amor, que tanto aflige al mundo?

Del campo son y han sido mis amores;
rosas son y jazmines mis cadenas;
libre nascí, y en libertad me fundo.

Cantando estaba Gelasia, y, en el movimiento y ademán de su rostro, la desamorada condición suya descubría. Mas apenas hubo llegado al último verso de su canto, cuando se levantó con una extraña ligereza; y, como si de alguna cosa espantable huyera, así comenzó a correr por la peña abajo, dejando a los pastores admirados de su condición y confusos de su corrida; mas luego vieron qué era la causa della con ver al enamorado Lenio, que, con tirante paso, por la misma peña subía, con intención de llegar adonde Gelasia estaba; pero no quiso ella aguardarle, por no faltar de corresponder en un solo punto a la crueldad de su propósito. Llegó el cansado Lenio a lo alto de la peña, cuando ya Gelasia estaba al pie della, y viendo que no detenía el paso, sino que con más presteza por la espaciosa campaña le tendía, con fatigado aliento y laso espíritu se sentó en el mismo lugar donde Gelasia había estado, y allí comenzó con desesperadas razones a maldecir su ventura y la hora en que alzó la vista a mirar a la cruel pastora Gelasia; y, en aquel mismo instante, como arrepentido de lo que decía, tornaba a bendecir sus ojos, y a tener por dichosa y buena la ocasión que en tales términos le tenía; y luego, incitado y movido de un furioso accidente, arrojó lejos de sí el cayado, y, desnudándose el pellico, lo entregó a las aguas del claro Tajo, que junto al pie de la peña corría, lo cual visto por los pastores que mirándole estaban sin duda creyeron que la fuerza de la enamorada pasión le sacaba de juicio, y así Elicio y Erastro comenzaron a subir la peña para estorbarle que no hiciese algún

otro desatino que le costase más caro; y, puesto que Lenio los vió subir, no hizo otro movimiento alguno, sino fué sacar de su zurrón su rabel, y con un nuevo y extraño reposo se tornó a sentar, y vuelto el rostro hacia donde su pastora huía, con voz suave, y de lágrimas acompañada, comenzó a cantar desta suerte:

LENIO

¿Quién te impele, cruel? ¿Quién te desvía?
 ¿Quién te retira del amado intento?
 ¿Quién en tus pies veloces alas cría,
 con que corres ligera más que el viento?
 ¿Por qué tienes en poco la fe mía,
 y desprecias el alto pensamiento?
 ¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué me dejas?
¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!

¿Soy, por ventura, de tan bajo estado
 que no merezca ver tus ojos bellos?
 ¿Soy pobre? ¿Soy avaro? ¿Hasme hallado
 en falsedad desde que supe vellos?
 La condición primera no he mudado.
 ¿No pende del menor de tus cabellos
 mi alma? Pues ¿por qué de mí te alejas?
¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!

Tome escarmiento tu altivez sobrada
 de ver mi libre voluntad rendida;
 mira mi antigua presunción trocada
 y en amoroso intento convertida.
 Mira que contra Amor no puede nada
 la más exenta descuidada vida.
 Detén el paso ya. ¿Por qué le aquejas?
¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!

Vime cual tú te ves, y ahora veo
 que como fuí jamás espero verme:
 tal me tiene la fuerza del deseo;
 tal quiero, que se extrema en no quererme.

Tú has ganado la palma, tú el trofeo
 de que Amor pueda en su prisión tenerme.
 tú me rendiste, y tú ¿de mí te quejas?
¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!

En tanto que el lastimado pastor sus dolorosas quejas entonaba, estaban los demás pastores reprehendiendo a Galercio su mal propósito, afeándole el dañado intento que había mostrado. Mas el desesperado mozo a ninguna cosa respondía, de que no poco Maurisa se fatigaba, creyendo que, en dejándole solo, había de poner en ejecución su mal pensamiento. En este medio, Galatea y Florisa, apartándose con Teolinda, le preguntaron qué era la causa de su tornada, y si, por ventura, había sabido ya de su Artidoro, a lo cual ella respondió llorando:

—No sé qué os diga, amigas y señoras mías, sino que el Cielo quiso que yo hallase a Artidoro, para que enteramente le perdiese; porque habréis de saber que aquella mal considerada y traidora hermana mía, que fué el principio de mi desventura, aquella misma ha sido la ocasión del fin y remate de mi contento, porque sabiendo ella, así como llegamos con Galercio y Maurisa a su aldea, que Artidoro estaba en una montaña no lejos de allí con su ganado, sin decirle nada se partió a buscarle; hallóle, y fingiéndose ser yo—que para sólo este daño ordenó el Cielo que nos pareciésemos—, con poca dificultad le dió a entender que la pastora que en nuestra aldea le había desdeñado era una su hermana que en extremo le parecía; en fin, le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado, y los extremos de dolor que he

padecido; y como las entrañas del pastor estaban tan tiernas y enamoradas, con harto menos que la traidora le dijera fuera dél creída, como la creyó, tan en mi perjuicio, que sin aguardar que la fortuna mezclase en su gusto algún nuevo impedimento, luego en el mismo instante dió la mano a Leonarda de ser su legítimo esposo, creyendo que se la daba a Teolinda. Veis aquí, pastoras, en qué ha parado el fruto de mis lágrimas y suspiros; veis aquí ya arrancada de raíz toda mi esperanza; y, lo que más siento, es que haya sido por la mano que a substentarla estaba más obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y puesto que ya él lo sabe, aunque debe de haber sentido la burla, hala disimulado, como discreto. Llegaron luego al aldea las nuevas de su casamiento, y con ellas las del fin de mi alegría; súpose también el artificio de mi hermana, la cual dió por disculpa ver que Galercio, a quien tanto ella amaba, por la pastora Gelasia se perdía, y que así le pareció más fácil reducir a su voluntad la enamorada de Artidoro, que no la desesperada de Galercio; y que, pues los dos eran uno solo en cuanto a la apariencia y gentileza, que ella se tenía por dichosa y bien afortunada con la compañía de Artidoro. Con esto se disculpa, como he dicho, la enemiga de mi gloria. Y así yo, por no verla gozar de la que de derecho se me debía, dejé el aldea y la presencia de Artidoro, y, acompañada de las más tristes imaginaciones que imaginarse pueden, venía a daros las nuevas de mi desdicha en compañía de Maurisa, que asimesmo viene con intención de con-

taros lo que Grisaldo ha hecho después que supo el hurto de Rosaura. Y esta mañana, al salir del Sol, topamos con Galercio, el cual, con tiernas y enamoradas razones, estaba persuadiendo a Gelasia que bien le quisiese; mas ella, con el más extraño desdén y esquivaza que decirse puede, le mandó que se le quitase delante y que no fuese osado de jamás hallarla, y el desdichado pastor, apretado de tan recio mandamiento y de tan extraña crueldad, quiso cumplirle, haciendo lo que habéis visto. Todo esto es lo que por mí ha pasado, amigas mías, después que de vuestra presencia me partí. Ved ahora si tengo más que llorar que antes, y si se ha aumentado la ocasión para que vosotras os ocupéis en consolarme, si acaso mi mal recibiese consuelo.

No dijo más Teolinda, porque la infinidad de lágrimas que le vinieron a los ojos, y los suspiros que del alma arrancaba, impidieron el oficio a la lengua; y aunque las de Galatea y Florisa quisieron mostrarse expertas y elocuentes en consolarla, fué de poco efecto su trabajo. Y, en el tiempo que entre las pastoras estas razones pasaban, se acabó de enjugar el papel que Tirsi a Galercio del seno sacado había, y, deseoso de leerle, lo tomó, y vió que desta manera decía:

GALERCIO A GELASIA

¡Ángel de humana figura,
 furia con rostro de dama,
 fría y encendida llama
 donde mi alma se apural
 Escucha las sinrazones,
 de tu desamor causadas,

de mi alma trasladadas
en estos tristes renglones.

No escribo por ablandarte,
pues con tu dureza extraña
no valen ruegos ni maña,
ni servicios tienen parte.
Escríbote porque veas
la sinrazón que me haces,
y cuál mal que satisfaces
al valor de que te arreas.

Que alabes la libertad
es muy justo, y razón tienes;
mas mira que la mantienes
sólo con la crueldad,
y no es justo lo que ordenas:
querer sin ser ofendida,
sustentar tu libre vida
con tantas muertes ajenas.

No imagines que es deshonra
que te quieran todos bien,
ni que está en usar desdén
depositada tu honra.
Antes, templando el rigor
de los agravios que haces,
con poco amor satisfaces
y cobras nombre mejor.

Tu crueldad me da a entender
que las sierras te engendraron,
o que los montes formaron
tu duro, indomable ser:
que en ellos es tu recreo,
y en los páramos y valles,
do no es posible que halles
quien te enamore el deseo.

En una fresca espesura
una vez te vi sentada,
y dije: «Estatua es formada
aquella de piedra dura.»
Y aunque el moverte después

contradijo a mi opinión,
 «En fin, en la condición
 —dije—, más que estatua es.»

Y ¡ojalá que estatua fueras
 de piedra, que yo esperara
 qu'el Cielo por mí cambiara
 tu ser, y en mujer volvieras!
 Que Pigmalión no fué
 tanto a la suya rendido,
 como yo te soy y he sido,
 pastora, y siempre seré.

Con razón, y de derecho,
 del mal y bien me das pago:
 pena por el mal que hago,
 gloria por el bien que he hecho
 En el modo que me tratas
 tal verdad es conocida:
 con la vista me das vida,
 con la condición me matas.

Dese pecho que se atreve
 a esquivar de Amor los tiros,
 el fuego de mis suspiros
 deshaga un poco la nieve.
 Concédase al llanto mío,
 y al nunca admitir descanso,
 que vuelva agradable y manso
 un solo punto tu brío.

Bien sé que habrás de decir
 que me alargo, y yo lo creo;
 pero acorta tú el deseo,
 y acortaré yo el pedir.
 Mas, según lo que me das
 en cuantas demandas toco,
 a ti te importa muy poco
 que pida menos o más.

Si de tu extraña dureza
 pudiera reprehenderte,
 y aquella señal ponerte
 que muestra nuestra flaqueza,

dijera, viendo tu ser,
 y no así como se enseña:
 «Acuérdate que eres peña,
 y en peña te has de volver.»

Mas seas peña o acero,
 duro mármol o diamante,
 de un acero soy amante,
 a una peña adoro y quiero.
 Si eres ángel disfrazado,
 o furia, que todo es cierto,
 por tal ángel vivo muerto,
 y por tal furia, penado.

Mejor le parecieron a Tirsi los versos de Galercio que la condición de Gelasia, y quiriéndoselos mostrar a Elicio, vióle tan mudado de color y de semblante, que una imagen de muerto parecía; llegóse a él, y cuando le quiso preguntar si algún dolor le fatigaba, no fué menester esperar su respuesta para entender la causa de su pena, porque luego oyó publicar entre todos los que allí estaban cómo los dos pastores que a Galercio socorrieron eran amigos del pastor lusitano con quien el venerable Aurelio tenía concertado de casar a Galatea, los cuales venían a decirle cómo de allí a tres días el venturoso pastor vendría a su aldea a concluir el felicísimo desposorio, y luego vió Tirsi que estas nuevas más nuevos y extraños accidentes de los causados habían de causar en el alma de Elicio; pero, con todo esto, se llegó a él y le dijo:

—Ahora es menester, buen amigo, que te sepas valer de la discreción que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos; y asegúrote que no sé quién a mí me asegura que ha de tener

mejor fin este negocio de lo que tú piensas. Disimula y calla, que, si la voluntad de Galatea no gusta de corresponder de todo en todo a la de su padre, tú satisfacerás la tuya, aprovechándote de las nuestras, y aun de todo el favor que te puedan ofrecer cuantos pastores hay en las riberas deste río y en las del manso Henares, el cual favor yo te ofrezco, que bien imagino que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles les obligará a hacer que no salga en vano lo que aquí te prometo.

Suspenseo quedó Elicio viendo el gallardo y verdadero ofrecimiento de Tirsi, y no supo ni pudo responderle más que abrazarle estrechamente y decirle:

—El Cielo te pague, discreto Tirsi, el consuelo que me has dado, con el cual, y con la voluntad de Galatea, que, a lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda, entiendo que tan notorio agravio como el que se hace a todas estas riberas en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea no pase adelante.

Y tornándole a abrazar, tornó a su rostro la color perdida; pero no tornó al de Galatea, a quien fué oír la embajada de los pastores como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio, y no lo podía disimular Erastro, ni menos la discreta Florisa, ni aun fué gustosa la nueva a ninguno de cuantos allí estaban. A esta sazón ya el Sol declinaba su acostumbrada carrera, y así, por esto como por ver que el enamorado Lenio había seguido a Gelasia, y que allí no quedaba otra cosa que hacer, trayendo a Galericio y a Maurisa consigo, toda aquella compañía movió los pasos hacia el aldea, y, al llegar junto a ella,

Elicio y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damón, Orompo, Crisio, Marsilio, Arsin-do y Orfenio se quedaron, con otros algunos pastores, y de todos ellos, con corteses palabras y ofrecimientos, se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, diciéndoles que otro día se pensaban partir a la ciudad de Toledo, donde había de ser el fin de su viaje, y, abrazando a todos los que con Elicio quedaban, se fueron con Aurelio, con el cual iban Florisa, Teolinda y Maurisa, y la triste Galatea, tan congojada y pensativa, que, con toda su discreción, no podía dejar de dar muestras de extrañío descontento; con Daranio se fueron su esposa Silveria y la hermosa Belisa. Cerró en esto la noche, y parecióle a Elicio que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto; y si no fuera por agasajar con buen semblante a los huéspedes que tenía aquella noche en su cabaña, él la pasara tan mala, que desesperara de ver el día. La misma pena pasaba el mísero Erastro, aunque con más alivio, porque, sin tener el respeto a nadie, con altas voces y lastimeras palabras maldecía su ventura y la acelerada determinación de Aurelio. Estando en esto, ya que los pastores habían satisfecho a la hambre con algunos rústicos manjares, y algunos dellos entregádose en los brazos del reposado sueño, llegó a la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa, y, hallando a Elicio a la puerta de su cabaña, le apartó y le dió un papel, diciéndole que era de Galatea, y que le leyese luego, que, pues ella a tal hora le traía, entendiese que era de importancia lo que en él debía de venir. Admirado

el pastor de la venida de Maurisa, y más de ver en sus manos papel de su pastora, no pudo sosegar un punto hasta leerle; y, entrándose en su cabaña, a la luz de una raja de teoso pino, le leyó, y vió que así decía:

GALATEA A ELICIO

«En la apresurada determinación de mi padre está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que a mí misma me he hecho hasta llegar a este punto. Bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo; mas si el Cielo quiere que yo quede con esta deuda, quéjate dél, y no de la voluntad mía. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y así, no lo intento. Si algún remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efecto, con el miramiento que a tu crédito debes y a mi honra estás obligado. El que me dan por esposo y el que me ha de dar sepultura viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque a mí me quedará harto para arrepentirme. No digo más, sino que Maurisa es fiel y yo desdichada.»

En extraña confusión pusieron a Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciéndole cosa nueva, así el escribirle, pues hasta entonces jamás lo había hecho, como el mandarle buscar remedio a la sinrazón

que se le hacía; mas, pasando por todas estas cosas, sólo paró en imaginar cómo cumpliría lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera. Y no ofreciéndosele otro algún remedio sino el que de sus amigos esperaba, confiado en ellos, se atrevió a responder a Galatea con una carta que dió a Maurisa, la cual desta manera decía:

ELICIO A GALATEA

«Si las fuerzas de mi poder llegaran al deseo que tengo de servirlos, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo, fueran parte para ofenderos; pero, comoquiera que ello sea, vos veréis ahora, si la sinrazón pasa adelante, cómo yo no me quedo atrás en hacer vuestro mandamiento por la vía mejor que el caso pidiere. Asegúreos esto la fe que de mí tenéis conocida, y haced buen rostro a la fortuna presente, confiada en la bonanza venidera: que el Cielo, que os ha movido a acordaros de mí y a escribirme, me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me habéis hecho: que, como sea obedeceros, ni recelo ni temor serán parte para que yo no ponga en efecto lo que a vuestro gusto conviene y al mío tanto importa. No más, pues lo más que en esto ha de haber sabréis de Maurisa, a quien yo he dado cuenta dello; y si vuestro parecer con el mío no se conforma, sea yo avisado, por que el tiempo no se pase, y con él la sazón de nuestra ventura, la cual os dé el Cielo como puede, y como vuestro valor merescé.»

Dada esta carta a Maurisa, como está dicho, le dijo asimesmo cómo él pensaba juntar todos los más pastores que pudiese, y que todos juntos irían a hablar al padre de Galatea, pidiéndole por merced señalada fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya; y cuando esto no bastase, pensaba poner tales inconvenientes y miedos al lusitano pastor, que él mismo dijese no ser contento de lo concertado; y cuando los ruegos y astucias no fuesen de provecho alguno, determinaba usar la fuerza, y con ella ponerla en su libertad; y esto con el miramiento de su crédito, que se podía esperar de quien tanto la amaba. Con esta resolución se fué Maurisa, y ésta mesma tomaron luego los pastores que con Elicio estaban; a quien él dió cuenta de sus pensamientos y pidió favor y consejo en tan arduo caso. Luego Tirsi y Damón se ofrescieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarían. Lauso, Arsin-do y Erastro, con los cuatro amigos Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, prometieron de buscar y juntar para el día siguiente sus amigos, y poner en obra con ellos cualquiera cosa que por Elicio les fuese mandada. En tratar lo que más al caso convenía y en tomar este apuntamiento se pasó lo más de aquella noche, y, la mañana venida, todos los pastores se partieron a cumplir lo que prometido habían, si no fueron Tirsi y Damón, que con Elicio se quedaron. Y aquel mesmo día tornó a venir Maurisa a decir a Elicio cómo Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer. Despidióla Elicio con nuevas promesas y confianzas, y con alegre semblante

y extraño alborozo estaba esperando el siguiente día, por ver la buena o mala salida que la fortuna daba a su hecho. Llegó en esto la noche, y, recogíendose con Damón y Tirsi a su cabaña, casi todo el tiempo della pasaron en tantear y advertir las dificultades que en aquel negocio podían suceder, si acaso no movían a Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio, por dar lugar a los pastores que reposasen, se salió de su cabaña y se subió en una verde cuesta que frontera de ella se levantaba, y allí, con el aparejo de la soledad, revolvía en su memoria todo lo que por Galatea había padecido y lo que temía padecer, si el Cielo a sus intentos no favorecía; y sin salir desta imaginación, al son de un blando céfiro, que mansamente soplabá, con voz suave y baja, comenzó a cantar desta manera:

ELICIO

Si deste hirviente mar y golfo insano,
 donde tanto amenaza la tormenta,
 libro la vida de tan dura afrenta
 y toco el suelo venturoso y sano,

al aire alzadas una y otra mano,
 con alma humilde y voluntad contenta,
 haré que Amor conozca, el Cielo sienta
 qu'el bien les agradezco soberano.

Llamaré venturosos mis suspiros,
 mis lágrimas tendré por agradables,
 por refrigerio el fuego en que me quemó

Diré que son de Amor los recios tiros
 dulces al alma, al cuerpo saludable,
 y que en su bien no hay medio, sino extremo.

Cuando Elicio acabó su canto, comenzaba a descubrirse por las orientales puertas la fresca aurora, con sus hermosas y variadas mejillas, alegrando el suelo, aljofarando las yerbas y pintando los prados, cuya deseada venida comenzaron luego a saludar las parleras aves con mil suertes de concertadas cantilenas. Levantóse en esto Elicio, y tendió los ojos por la espaciosa campaña; descubrió no lejos dos escuadras de pastores, los cuales, según le pareció, hacia su cabaña se encaminaban, como era la verdad, porque luego conoció que eran sus amigos Arsinde y Lauso, con otros que consigo traían, y los otros, Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con todos los más amigos que juntar pudieron. Conocidos, pues, de Elicio, bajó de la cuesta para ir a recibirlos, y, cuando ellos llegaron junto de la cabaña, ya estaban fuera della Tirsi y Damón, que a buscar a Elicio iban. Llegaron en esto todos los pastores, y con alegre semblante unos a otros se recibieron. Y luego Lauso, volviéndose a Elicio, le dijo:

—En la compañía que traemos puedes ver, amigo Elicio, si comenzamos a dar muestras de querer cumplir la palabra que te dimos; todos los que aquí ves vienen con deseo de servirte, aunque en ello aventuren las vidas; lo que falta es que tú no la hagas en lo que más conviniere.

Elicio, con las mejores razones que supo, agradeció a Lauso y a los demás la merced que le hacían, y luego les contó todo lo que con Tirsi y Damón estaba concertado de hacerse para salir bien con aquella empresa. Parecióles bien a los pastores lo que Eli-

cio decía, y así, sin más detenerse, hacia el aldea se encaminaron, yendo delante Tirsi y Damón, siguiéndoles todos los demás, que hasta veinte pastores serían, los más gallardos y bien dispuestos que en todas las riberas del Tajo hallarse pudieran, y todos llevaban intención de que, si las razones de Tirsi no movían a que Aurelio la hiciese en lo que le pedían, de usar en su lugar la fuerza, y no consentir que Galatea al forastero pastor se entregase, de que iba tan contento Erastro, como si el buen suceso de aquella demanda en sólo su contento de redundar hubiera; porque, a trueco de no ver a Galatea ausente y descontenta, tenía por bien empleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, pues tanto Galatea le había de quedar obligada.

El fin deste amoroso cuento e historia, con los sucesos de Galercio, Lenio y Gelasia, Arsindo y Maurisa, Grisaldo, Artandro y Rosaura, Marsilio y Belisa, con otras cosas sucedidas a los pastores hasta aquí nombrados, en la segunda parte desta historia se prometen, la cual, si con apacibles voluntades esta primera viere rescibida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad a ser vista y juzgada de los ojos y entendimiento de las gentes.

FIN

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	<u>Páginas</u>
Cuarto libro de GALATEA.	
Quinto libro de GALATEA.	88
Sexto y último libro de GALATEA.	167

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número

FOR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 570 números publicados desde julio de 1919
— — a febrero de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHADO,
MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNILLA,
PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEI (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13